



CÓDIGO NEXUS

REVISTA DIGITAL ESPECIALIZADA

EL REACOMODO MUNDIAL

TRANSICIONES Y
PODER EN EL
SIGLO XXI



EDICIÓN
OCTUBRE - DICIEMBRE
2025 · AÑO 3

10

Las instituciones internacionales frente al nuevo mundo

20

Historia, ciclos y la geopolítica interna de Irán

32

Ejércitos políticos y ejércitos profesionales

40

Quiénes somos

Somos una revista digital especializada mexicana con enfoque internacional específicamente geopolítico. Somos un proyecto autónomo con el propósito de conectar a México con el mundo y viceversa.

Qué hacemos

Hacemos investigaciones exhaustivas, metódicas, teóricas, objetivas, críticas e imparciales sobre distintos sucesos de carácter nacional e internacional utilizando elementos de diversas áreas de conocimiento como geografía, economía, sociedad, cultura, las relaciones internacionales, etc., para generar artículos de análisis, reportes especiales, reportajes analíticos y artículos de opinión sobre diferentes regiones, países y el mundo en general. Todo ello lo presentamos a través de nuestros productos digitales: Ediciones trimestrales, ediciones especiales, ediciones complemento, pronósticos anuales y notas semanales.

Cómo lo hacemos

Utilizamos un modelo de análisis propio basado en la geopolítica que nos guía a la comprensión objetiva de los sucesos en el mundo, que nos permite tener presente la neutralidad, sin posturas ideológicas o paradigmas comunes. Priorizamos el uso de los elementos como geografía, cultura, política, economía, demografía entre otros. Buscamos ser imparciales para ofrecer a nuestros lectores información clara y fidedigna.

CREANDO *UN MÉXICO GLOBALIZADO*

CÓDIGO NEXUS REVISTA DIGITAL ESPECIALIZADA, año 3, N. 10, Octubre-Diciembre 2025, es una publicación trimestral digital editada por Grupo Empresarial EDAJ, S. de R.L. de C.V., Centro de Negocios Concentro, Av. Vallarta Eje Poniente 6503, Local F-18, Col. Ciudad Granja, Zapopan, Jalisco, C.P. 45019, México. Tel. +52 (33) 4200-9752. www.codigonexus.com Correo electrónico informes@codigonexus.com. Editada por Grupo Empresarial EDAJ, S. de R.L. de C.V. Reserva de Derechos al Uso Exclusivo No. 04-2024-082013082500-102, ISSN: En trámite, ambos otorgados por el Instituto Nacional del Derecho de Autor. Responsable de la última actualización de este número, Grupo Empresarial EDAJ, S. de R.L. de C.V., Centro de Negocios Concentro, Av. Vallarta Eje Poniente 6503, Local F-18, Col. Ciudad Granja, Zapopan, Jalisco, C.P. 45019, México.

Directorio

Fundador y Director Ejecutivo
Andrés Alejandro Araujo Bermúdez

Asistentes Ejecutivas
Marcela Osuna Lara
Susie Sáinz

Diseño
Tania Guadalupe Navarrete Ochoa

Corrección de estilo
Denise Moreno
María de Lourdes Durán

Analista
Patricia Monserrat González de la Torre
Dámaris Vega

Código Nexus
Edición Trimestral
Año 3
Octubre - Diciembre 2025
Distribución Digital

informes@codigonexus.com

www.codigonexus.com



Guadalajara, Jalisco, México.

Carta de la edición

Queridos lectores,

Es un privilegio presentarles la décima edición trimestral de *Código Nexus*, en la que exploramos las transformaciones más recientes del Sistema Internacional.

A esta edición la hemos titulado “El reacomodo mundial: Transiciones y poder en el siglo XXI”.

El mundo atraviesa una transición decisiva, donde las disputas entre grandes potencias pasan a un segundo plano, y un reajuste más amplio entre grandes, medianos y pequeños países está redefiniendo el tablero geopolítico mundial. Así lo explora nuestro artículo principal, *El reacomodo mundial: Transiciones y poder en el siglo XXI*, que analiza cómo Estados Unidos, pese a seguir siendo un actor central, ya no es el único referente inevitable, y de qué manera actores como India, Brasil, México, Nueva Zelanda o Kazajistán trazan nuevas estrategias para equilibrar sus intereses en medio de crisis militares, económicas y sociales. Lejos de ser el fin de un orden, estamos presenciando el inicio de múltiples transiciones que delinearán el siglo XXI.

En complemento, presentamos el artículo *Las instituciones internacionales frente al nuevo mundo*, que examina la crisis de las organizaciones multilaterales creadas durante la Guerra Fría —desde la ONU hasta la OMC— y cómo su dificultad para adaptarse refleja no solo un desgaste institucional, sino también el impacto del surgimiento de un orden multipolar. La pregunta ya no es si estas instituciones podrán reformarse, sino cómo evolucionarán para sobrevivir en una etapa donde la geopolítica vuelve a imponerse con fuerza.

Con esta décima edición, les invitamos a reflexionar sobre un mundo en plena transformación, donde cada cambio institucional y cada reacomodo estratégico son piezas de un mismo tablero. Estamos ante el inicio de una nueva era, y comprender sus dinámicas será clave para anticipar lo que está por venir.

Atentamente,
Código Nexus

Equipo Código Nexus



Andrés Araujo / Fundador y Director Ejecutivo
Egresado de la licenciatura de Relaciones Internacionales de la Universidad Del Valle de Atemajac, Zapopan, Jalisco. Cursa actualmente el diplomado en Análisis Internacional de Lisa Institute y cuenta con un Diplomado de Coursera de la Historia del Poder en México. Es autor del artículo ‘Polonia y su lugar en el nuevo panorama geopolítico europeo, posterior a la invasión rusa de Ucrania en 2022: repercusiones del surgimiento de una nueva potencia militar’ en la revista Internaciones de la Universidad de Guadalajara y es coautor de artículos como ‘In Myanmar, China Considers a New Strategy’ y autor del artículo ‘Mexico Considers a New Foreign Policy Path’ ambos publicados por la empresa de inteligencia geopolítica estadounidense Geopolitical Futures. Sus temas de especialidad son Geopolítica, Geohistoria, Seguridad Internacional, Ciencias Políticas, análisis en Ciclos Sistémicos, Historia y Estudios Regionales de América Latina.
aaraujo@codigonexus.com



Patricia Monserrat González de la Torre / Analista
Licenciada en Historia por la Universidad de Guadalajara. Ha participado como representante juvenil de México en eventos tales como el Helsinki Workshop on Youth, Peace and Security Agenda, así como en el 4th Annual Knowledge for Prevention Symposium. Sus principales líneas de investigación son los temas de Diplomacia y Política exterior mexicana.



Denise Moreno / Correctora de estilo
Estudió la licenciatura en Letras Hispánicas en la Universidad de Guadalajara, durante la cual realizó un intercambio académico en la Universidad de Córdoba, España. Participó como ponente en distintos coloquios internacionales de lingüística, con enfoque en pragmática y análisis del discurso político. Después de dedicarse a la docencia del español por casi ocho años, adquirió experiencia en marketing digital político. Su pasión por la Geopolítica nace a partir de ser la rara avis en una materia que no corresponde a su carrera y donde aprendió a ver el mundo y lo que sucede en él más allá de la superficie.



María de Lourdes Durán Herández / Correctora de estiloRealizó trabajo como editora en la Revista del Consumidor, Revista de Opinión Pública de la Facultad de Ciencias Políticas de la UNAM. También fue subdirectora en Información de la UNAM y en la Gaceta UNAM y colaboró en la editorial Santillana. También ha sido profesora de redacción y de corrección de originales en la carrera de Comunicación.



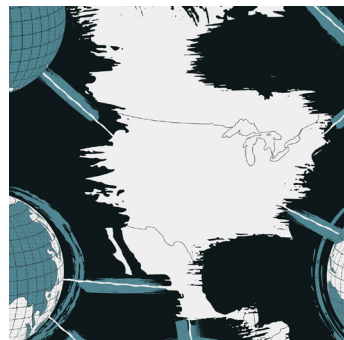
Dámaris Vega / Analista
Es escritora, editora e investigadora con trayectoria en medios públicos como Canal Once y Radio UNAM, donde ha desarrollado contenidos vinculados a la política y la vida social de México. Su formación en la UNAM y en el Centro de Capacitación Cinematográfica le ha permitido abordar, desde la escritura audiovisual y editorial, temas de justicia social, migración y procesos políticos en América Latina, con particular interés en Sudamérica.



Tania Navarrete / Diseño Editorial
Egresada del CUAAD de la carrera de Diseño para la Comunicación gráfica. Con 24 años de experiencia en la creación y gestión de marcas, diseño editorial para varias revistas de circulación local y proyectos de publicidad. Su trayectoria se ha centrado en comprender que cada proyecto tiene necesidades únicas, buscando siempre la claridad del mensaje y ayudando a construir marcas memorables y soluciones efectivas.



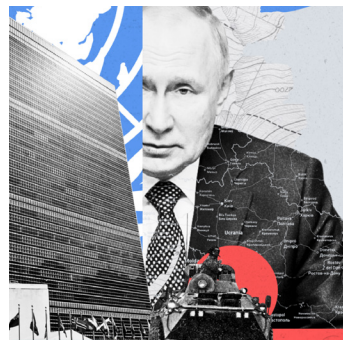
Contenido



EL REACOMODO MUNDIAL

08

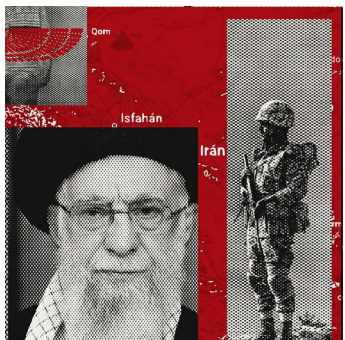
El reacomodo mundial
Transiciones y poder
en el siglo XXI



Las instituciones internacionales frente al nuevo mundo

20

Las instituciones internacionales frente al nuevo mundo
Multilateralismo y
multipolaridad



GEOPOLÍTICA

32

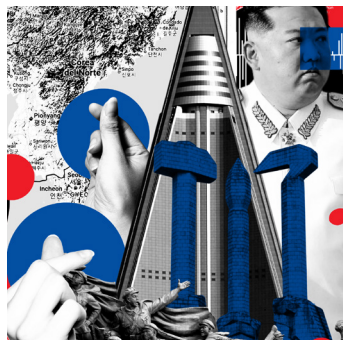
Historia, ciclos y la geopolítica interna de Irán
El desafío político iraní
del siglo XXI



SEGURIDAD INTERNACIONAL

40

Ejércitos políticos y ejércitos profesionales
Mismas instituciones,
propósitos diferentes



POLÍTICA Y SOCIEDAD

54

El hallyu, Corea del Norte y la reconfiguración geopolítica en Asia del Este
Una revolución a escondidas



64

Referencias

EL REACOMODO MUNDIAL

TRANSICIONES Y PODER EN EL SIGLO XXI

PATRICIA MONSERRAT GONZÁLEZ DE LA TORRE

Resumen:

El presente artículo analiza el reacomodo mundial ante la erosión del orden bipolar liderado por Estados Unidos y Rusia, destacando cómo grandes, medianas y pequeñas potencias redefinen sus alineaciones estratégicas en medio de crisis militares, económicas y sociopolíticas. Casos como India y Brasil muestran estrategias diferenciadas frente a Washington, mientras que países como Nueva Zelanda, Kazajistán y Azerbaiyán evidencian que incluso actores menores están pasando por cambios domésticos intensos y buscan aprovechar el fin del Orden Global Bipolar. Asimismo, la transición se explica por los cambios en los ciclos económicos, el declive de China como potencia económica y el auge de nuevos centros económicos. Frente a ello emergen escenarios de distintos realineamientos condicionados, diversificación o cambio de alianzas e incluso fragmentación competitiva. Por ende, el fin del actual orden global fusiona el desarrollo de múltiples transiciones que apuntan no solo a un nuevo orden, sino a una nueva realidad geopolítica que definirá el siglo XXI.

Palabras clave:

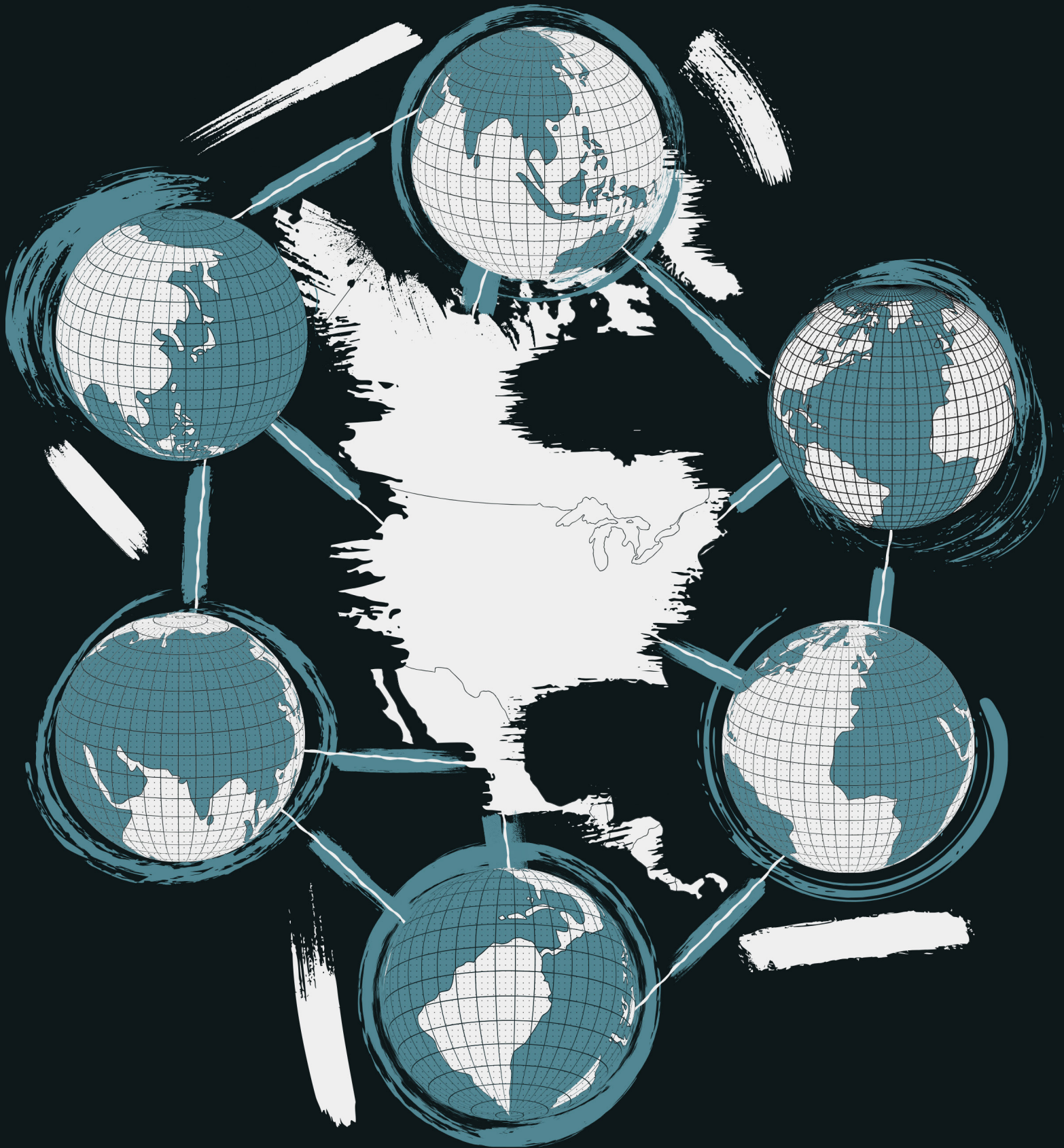
Reacomodo mundial, Estados Unidos, Rusia, multipolaridad, realidad geopolítica y ciclos económicos.

Abstract:

The article examines the global rearrangement amid the erosion of the U.S.-Russia-led bipolar order, highlighting how great, middle, and small powers are redefining their strategic alignments in the face of military, economic, and sociopolitical crises. Cases such as India and Brazil illustrate different strategies toward Washington, while New Zealand, Kazakhstan, and Azerbaijan show that even smaller actors are going through deep internal changes and are looking to take advantage of the declining Global Bipolar Order. The transition is also driven by shifts in economic cycles, the end of China as an economic power, and the rise of new economic centers. From this, three possible paths emerge: conditional realignment, alliance diversification or changes, or competitive fragmentation. Thus, the end of the current world order fuses overlapping transitions that don't only point to the end of a global order but a new geopolitical reality that will shape the 21st century.

Keywords:

Global realignment, United States, Russia, multipolarity, geopolitical reality, and economic cycles.



Diseño por Código Nexus



Unidades de infantería junto con un vehículo de combate de las Fuerzas de Defensa de Israel se mueven por la zona ribereña de la Franja de Gaza en enero de 2024. (Crédito: Portavoz de las Fuerzas de Defensa de Israel)

Es inevitable la reestructuración que está experimentando el orden internacional, pues no solo hablamos del establecimiento de nuevas alianzas circunstanciales —como el diálogo diplomático entre el Reino Unido y Argentina¹— o cambios de gobiernos —como la pasada toma de poder de Javier Milei en Argentina² y el retorno de Donald Trump a la Casa Blanca—, sino de un reacomodo estructural, sobre todo en el modo en el cual los países entienden sus relaciones económicas, su seguridad e, igualmente importante, su papel en el sistema global. Si bien Estados Unidos sigue y seguirá siendo por gran parte del siglo XXI el referente inevitable para la mayoría de los países, la posición que estos han tomado respecto a Washington ya no responde necesariamente a una lógica unidireccional.

Autores como George Friedman, reconocido por la comprensión de la geopolítica internacional, sostiene que el gigante americano posee ventajas tecnológicas, militares y geográficas que le permiten seguir manteniendo su centralidad en el Sistema Internacional, incluso frente a cuestionamientos que señalan su debacle (Friedman, 2009); lo mismo afirma Araujo al establecer que el presente siglo será el norteamericano y no el asiático (Araujo, 2024). Aunado a estas posturas geopolíticas, en una de sus obras relativamente recientes, Friedman señala de qué manera la historia avanza en oleadas y cómo las sociedades deben atravesar por momentos de inestabilidad que les

permitan alcanzar posteriormente un nuevo equilibrio. Esta tormenta, según su libro *The Storm Before the Calm* (2020) se caracteriza por la incertidumbre en la economía global y la diversificación de alianzas, alejándose de la estabilidad preexistente.

Según el informe de perspectivas de julio de 2025, el Fondo Monetario Internacional proyectó un crecimiento global del 3 % para este año y 3.1 % para el siguiente, sin embargo, no descuidó la existencia de tensiones comerciales —sobre todo frente a las tarifas promovidas por Estados Unidos—, las cuales se prevén como un riesgo considerable a las proyecciones (FMI, 2025). Esto nos habla de cómo, en buena medida, los países siguen atentos a las decisiones emanadas de Washington, reajustando sus posiciones a la vez que comienzan a dar señales de transiciones hacia nuevos modos de entender su relación con los Estados Unidos.

El momento actual llama a un reacomodo ocasionado por una combinación de crisis que se retroalimentan: conflictos militares, con las aún vigentes guerras en Ucrania y Gaza; la cada vez más probable crisis económica derivada de la inflación, una lenta recuperación y el incremento de la deuda de cada país —especialmente de China, la segunda economía más grande a nivel mundial—; e incluso crisis sociopolíticas, a partir de las que cada país comienza a hacer un replanteamiento de su papel tanto en el contexto regional como internacional. El entrelazamiento de estas

¹ Para comprender más sobre el trasfondo de las negociaciones entre Londres y Buenos Aires, consultar a Araujo, A. A. (2025e, 25 de agosto). “El cambio de 180° grados en el Cono Sur ¿Cambios ideológicos o geopolíticos?” *Código Nexus*. <https://codigonexus.com/el-cambio-de-180o-grados-en-el-cono-sur/>

² Para comprender más sobre el cambio de rumbo de Argentina, consultar a Araujo Bermúdez, A.A. (2025b, 27 enero). “Comprendiendo el fenómeno ‘libertario’ argentino”. *Código Nexus*. <https://codigonexus.com/comprendiendo-el-fenomeno-libertario-argentino/>

crisis potencia el carácter cada vez más incierto de la transición y el cómo cada uno de los países líderes, así como las potencias medias y pequeñas, están realineándose.

Algunos países optarán por fortalecer o continuar fortaleciendo sus vínculos con Washington, como es el caso de México, impulsados por los beneficios económicos y geopolíticos que esto conlleva. En cambio, países como India y Brasil, debido a sus respectivos posicionamientos internacionales, que reflejan cierta rivalidad con Estados Unidos, buscan promover una dependencia más equilibrada —e incluso mayor autonomía— al anteponer la exploración de alternativas diplomáticas, comerciales, militares y estratégicas. Esto es posible dado que, por ahora, los márgenes de acción de los países no se limitan a una o dos opciones, sino que tienden a ampliarse, en la medida en que el orden internacional futuro se perfila como multipolar. En ese contexto, cada nación tenderá a alinearse según los costos y beneficios que dicha decisión implique.

El ‘posicionamiento relativo’ frente a Estados Unidos

Uno de los puntos clave en la rearticulación del orden mundial consiste en cuestionar la posición relativa de cada país respecto a Estados Unidos. No se trata de una ‘alineación’ o ‘desalineación’ absoluta y tajante; por el contrario, el debate gira en torno a qué incentivos tiene cada nación al replantearse su papel tanto en relación con EE. UU. como dentro del entorno global. Además, hay que tomar en cuenta cómo los contextos geopolíticos y los imperativos de cada país condicionan su comportamiento y posicionamiento frente al nuevo orden mundial. Estas cuestiones son genuinamente más complejas, pues dependen de costos concretos en materia de seguridad,

tecnología, comercio y financiamiento, entre otros aspectos esenciales para cualquier nación. Si bien no cabe duda de que Estados Unidos continúa marcando las reglas, será la estructura interna de cada Estado la que defina su respuesta final.

India: Entre la espada y la pared

El crecimiento continuo y acelerado de la India es innegable —prueba de ello es la proyección del FMI, que estima un aumento del 6.4 % para 2025—. En un contexto ‘normal’ este dinamismo implicaría un mayor margen de maniobra económica; no obstante, el país aún enfrenta diversos problemas y mantiene vulnerabilidades en el ámbito comercial. A pesar de su impresionante desempeño, el crecimiento económico no ha logrado reducir los niveles de pobreza de forma significativa. Sobre esto, Bokhari (2025a) señala que “el aparente declive de la ideología [...] del Bharatiya Janata Party y la razón por la que] perdió tanto terreno [en las elecciones de 2024 fue] porque el crecimiento económico, que por lo demás fue fenomenal, no logró que se [redistribuyera la riqueza] hacia los ciudadanos indios promedio”.

Por otro lado, en el ámbito comercial, India también presenta cierta vulnerabilidad frente a Estados Unidos. El comercio representa el 45 % de su PIB, y de este, las exportaciones de bienes y servicios equivalen al 21.2 % del producto interno bruto (Banco Mundial, 2024a; Banco Mundial, 2024b). A ello hay que añadir que Estados Unidos es, con amplia diferencia, su principal socio comercial y que Nueva Delhi cuenta con significativas fuentes de capital en el país norteamericano (Oficina de Información Diplomática, 2025).



El primer ministro indio, Narendra Modi, estrecha la mano del presidente de la República Popular de China, Xi Jinping, durante una reunión en el marco de la cumbre de la Organización de Cooperación de Shanghai en Tianjin, China, en 2025. (Crédito: Oficina de Información del Gobierno de India)

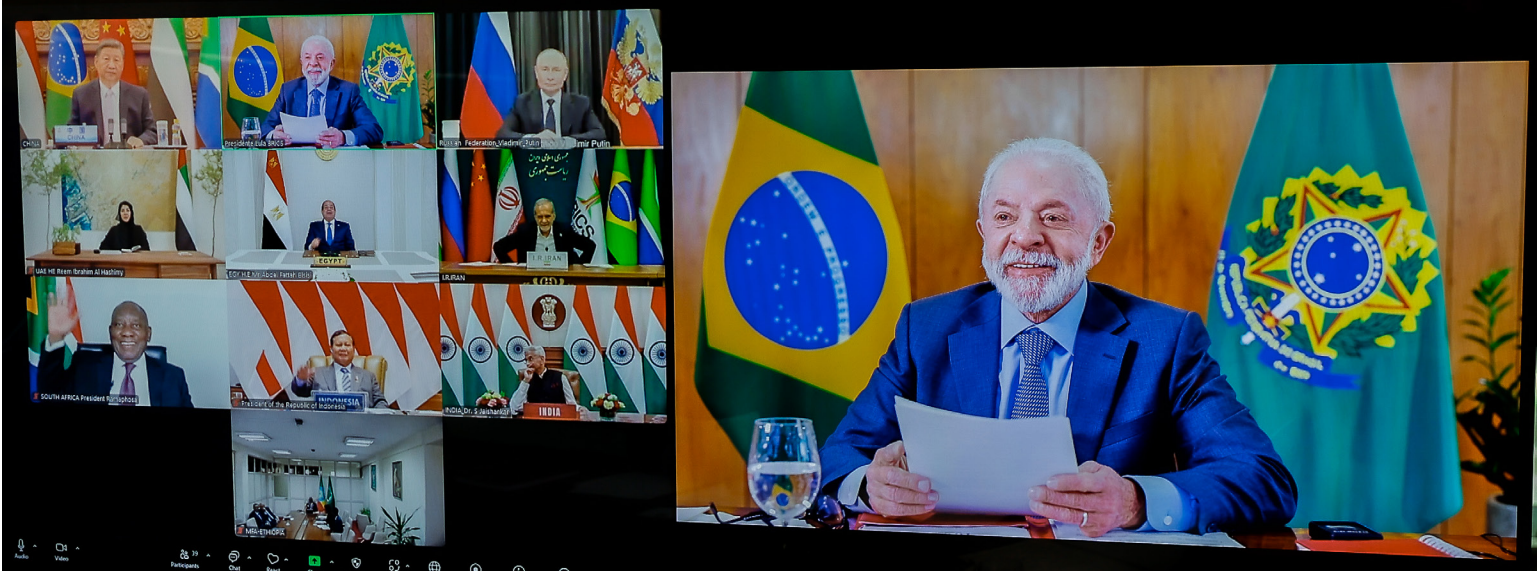
A este panorama hay que sumar que India pretendía beneficiarse de la reconfiguración económica mundial; sin embargo, no podrá hacerlo, ya que México estará mejor posicionado para aprovechar la situación. Esto desembocará en diversas restricciones económicas al país asiático y podría derivar en problemas sociales y políticos internos, producto de la percepción de haber ‘perdido’ una oportunidad. En este sentido, aunque India conserve cierto margen de autonomía, sigue enfrentando limitaciones importantes.

La compleja situación comercial ha llevado a que India priorice, de forma constante, mantener cierta distancia frente a Estados Unidos, lo cual se debe a que Washington implementa una estrategia de equilibrios regionales, mediante la que ha procurado mantener un balance militar entre India y Pakistán. En términos diplomáticos, esto se ha traducido en un historial de relaciones con diversas potencias, cuyo objetivo es poder negociar con Estados Unidos sin estar totalmente subordinado a ellos (Bokhari, 2025b). Ejemplo de ello son sus vínculos con Rusia y China, su pertenencia a los BRICS y su participación en espacios como la Organización de Cooperación de Shanghái.

En el marco del reacomodo mundial, India es uno de los países que enfrentará un deterioro en sus relaciones con Estados Unidos. Tras la guerra contra los yihadistas, Washington buscará reconstruir los equilibrios regionales. Al mismo tiempo, el intento del gobierno estadounidense por reconfigurar la economía global para convertir a México en la próxima fábrica del mundo implica una confrontación comercial con India, particularmente a través del uso de aranceles para facilitar esa transición hacia México.

Con el incremento arancelario del 50 % impuesto en agosto de este año a los productos provenientes de India para ingresar al mercado estadounidense, Washington empujó a Nueva Delhi a recalibrar sus opciones con un enfoque más pragmático. Como resultado, India ha adoptado una especie de modelo de multialineamiento (Pande, 2025), que reconoce la necesidad de cooperar con Estados Unidos en áreas como tecnología y defensa; no obstante, también ha decidido mantener vínculos activos con China y Rusia en frentes como las compras energéticas, lo que le permite conservar una independencia estratégica en sectores clave como el energético.

Ahora bien, surge la interrogante: ¿es acaso posible buscar y alcanzar una autonomía estratégica duradera cuando la economía global aún tiende a polarizarse en dos bloques? Aunque el avance económico de India es innegable, es necesario reconocer que su estructura productiva todavía requiere una mayor integración a las cadenas globales de alto valor, lo que en el futuro podría permitirle aprovechar su ventaja demográfica para consolidar un poder económico sostenido. No obstante, en la actualidad, su posición sigue dependiendo del acceso a tecnologías clave, inversión extranjera y carece de la capacidad económica, social, cultural, militar y política para reconfigurar por completo su economía nacional con ese objetivo.



El presidente de la República de Brasil, Luiz Inácio Lula da Silva, durante una videoconferencia con los países miembros del BRICS en el Palácio do Planalto, en Brasilia. (Crédito: Ricardo Stuckert de Palácio do Planalto vía Flickr)

Brasil: la nueva potencia regional a contener en el sur

Un patrón similar al de India se observa en Brasil. Si bien el país es reconocido internacionalmente por su tamaño y abundancia de recursos, también son evidentes las limitaciones que ha enfrentado en el ámbito económico. Uno de los pasos más significativos ha sido la puesta en marcha de la iniciativa *Nova Indústria Brasil*, concebida como un esfuerzo a largo plazo orientado a recuperar capacidades industriales y promover la innovación (Presidência da República, 2024). Esta visión de una ‘neoindustrialización’ de la economía no solo representa un objetivo de crecimiento, sino también un paso hacia una mayor autonomía productiva que permita al país protegerse de *shocks* externos y reducir su vulnerabilidad frente a ellos.

Las presiones fiscales y una proyección económica poco alentadora han condicionado el ritmo de la neoindustrialización, limitando no solo su velocidad, sino también —desde una perspectiva más pesimista— el alcance de su posible éxito. Además, la presencia de inversiones tanto de Estados Unidos como de China plantea interrogantes sobre la capacidad de Brasil para resistir la influencia de actores externos en su territorio. ¿Podrá sobreponerse a esa presencia o, por el contrario, quedará comprometido y, en consecuencia, sujeto a una doble dependencia? Esto reduciría de forma considerable su margen de maniobra (Deloitte, 2025). La respuesta dependerá de la capacidad institucional del país para articular una política industrial que le permita asumir el control y no quedar subordinado a la influencia de estas dos potencias ni a las dinámicas impuestas por las tendencias geopolíticas y geoeconómicas globales.

Al mismo tiempo, el país necesitará comprometerse con una serie de reformas y dependerá de un ambiente económico internacional favorable para acceder al capital, la tecnología y el conocimiento necesarios para su neoindustrialización. Sin embargo, este objetivo será difícil

de alcanzar, dado que Estados Unidos reevaluará sus lazos estratégicos con el fin de favorecer a Argentina y contener el ascenso de Brasil. Por esta razón, Brasilia ha impulsado durante dos décadas un modelo económico mundial multilateral, independiente del dólar y de la hegemonía económica y financiera estadounidense.

México: El nacimiento de una alianza estratégica y una mayor diversificación

El caso de México refleja una relación económica y estratégica estrechamente vinculada con Estados Unidos, principalmente debido a factores geográficos, históricos y a los acuerdos preexistentes entre ambos países. Aunque México es el principal socio comercial de Washington, existen elementos que fomentan la percepción de que busca una mayor autonomía, especialmente porque la política económica sostenida por el presidente Donald Trump ha puesto en tela de juicio —en opinión de muchos— el costo-beneficio de la relación bilateral. Para diversos analistas, el creciente peso de China en las importaciones mexicanas es indicio de una estrategia de diversificación económica que avanza en esa dirección (Data Mexico, 2025).

Con todo, es importante señalar que la presencia económica de China en México no ha sido suficiente para generar un contrapeso significativo frente a Estados Unidos. De hecho, hay que reconocer que Pekín no podrá establecer lazos estratégicos con México, pues en términos geopolíticos y geoeconómicos, la trayectoria de las dos naciones norteamericanas apunta hacia una integración estratégica más profunda, que incluso podría trascender el ámbito económico para extenderse al militar y político (Quevedo, 2023). México y Estados Unidos, contrario a su relación bilateral tradicional, están encaminados a una integración económica-industrial y tecnológica de grandes dimensiones (Correa, 2024), producto de la tendencia de los ciclos económicos mundiales y cómo estos están ligados a cuestiones de geopolítica mundial. Lo anterior no implica que México deba concentrar

exclusivamente sus esfuerzos en la relación con Estados Unidos, lo cual resultaría inapropiado desde varias dimensiones, ya sea geopolítica, económica, comercial y militar, entre otras. El país tendrá que priorizar la diversificación comercial, una meta factible en función del proceso de desarrollo económico que se prevé para los próximos años. Ello permitiría fortalecer su autonomía —e incluso su independencia— económica, sentando las bases para una nación más resiliente y menos expuesta a crisis o acontecimientos políticos y económicos originados en Estados Unidos.

Bajo esta lógica, México ha establecido una compleja y extensa red de acuerdos y tratados comerciales que aún no ha sido plenamente aprovechada. La creciente cooperación comercial con Brasil es una muestra de ello (Secretaría de Energía, 2025). No obstante, al igual que el país sudamericano, México enfrenta importantes limitaciones internas, tales como la inseguridad, la incertidumbre regulatoria —que genera desconfianza entre los inversionistas extranjeros—, la falta de mano de obra calificada y la insuficiencia en infraestructura. Asimismo, el país carece de la inversión necesaria en sectores estratégicos, como el eléctrico-electrónico, así como de una política industrial capaz de establecer prioridades claras y de ejecutar proyectos y reformas con eficacia, en un contexto marcado por la inestabilidad política a nivel doméstico (Correa, 2024; Araujo, 2025a).

En conjunto, estas realidades han obstaculizado la transformación del país hacia una mayor integración en las cadenas de valor. No obstante, el progresivo aumento de las importaciones mexicanas desde Asia ha reforzado su presencia en esa región y revela los indicios de un México cada vez más interconectado con diversos mercados a nivel global, comenzando por el asiático.



El secretario Marco Rubio participa en una conferencia de prensa conjunta con el secretario de Relaciones Exteriores de México, Juan Ramón de la Fuente, en la Ciudad de México, México, el 3 de septiembre de 2025. (Crédito: Freddie Everett del Departamento de Estado vía Flickr)

Un enfoque de escenarios

Aunque estos tres países sean conscientes de los obstáculos internos que enfrentan al intentar impulsar un cambio en sus alineaciones estratégicas, ello no garantiza la implementación de transformaciones estructurales profundas que les permitan concretar sus objetivos. Incluso si una de las naciones declara un giro diplomático, sin capacidades financieras, tecnológicas, educativas o de infraestructura suficientes, corre el riesgo de caer en una suerte de ‘ilusión de independencia’, ya que, en la práctica, continuará dependiendo de insumos externos o de mercados específicos que restrinjan su margen de maniobra. En este sentido, las iniciativas gubernamentales deberán estar sincronizadas tanto con las tendencias geopolíticas y económicas globales como con los intereses e imperativos estratégicos de cada país.

Un ejemplo evidente es el caso de India, cuyo reconocido enfoque de multialineamiento diplomático no ha podido acompañarse de capacidades tecnológicas equivalentes, como lo demuestra su incapacidad para sustituir las importaciones de semiconductores. Esta discrepancia entre el discurso y las capacidades materiales es, quizás, el aspecto al que mayor atención deberían prestar los países que aspiran a una mayor independencia (Van Wyck et al., 2023).

A pesar de que el recurso de una buena diplomacia sigue siendo una herramienta eficaz para Estados Unidos, en realidad su poder económico y militar —junto con el surgimiento de un nuevo orden mundial— son los elementos que funcionan como palancas para definir los mecanismos de control, incentivos y sanciones que Washington podría emplear con el fin de establecer un contrapeso favorable a sus propios intereses. Esto puede entenderse como la lógica de persuasión de ‘la zanahoria o el garrote’: los beneficios que Estados Unidos ha ofrecido a quienes adoptan una alineación favorable incluyen el acceso a su mercado, inversiones y protección militar; sin embargo, los costos asociados a la desobediencia pueden alcanzar niveles altamente cuestionables.

Una ilustración clara de esta dinámica es que un endurecimiento en la política comercial de Estados Unidos plantea un dilema práctico para países como India y México: aceptar las condiciones impuestas por Washington para asegurar el flujo de capitales, o bien asumir el riesgo de diversificar, buscando nuevas fuentes de inversión y mercados alternativos. En última instancia, como ya se ha señalado, la resolución de dicho dilema dependerá de acontecimientos geopolíticos, sociales y económicos que, en buena medida, escapan al control humano.

Los escenarios que enfrentan India, México y Brasil responden, evidentemente, a circunstancias particulares derivadas tanto de sus contextos internos como de su posición geoestratégica y del entorno internacional. Ante eso, es posible entrever dos posibilidades con ciertas características generales. La primera sería un alineamiento condicionado, basado en esquemas de compensación; por ejemplo, la aceptación del liderazgo estadounidense a cambio de beneficios en términos de acceso a mercados o tecnológica. El Fondo Monetario Internacional (2024) considera viable este escenario, en el que Estados Unidos integraría a socios estratégicos en sus cadenas de suministro, sin abandonar, sin embargo, su política de coerción e incentivos. Este actuar, a su vez, generaría transformaciones profundas en los países que se vean sujetos a dichas presiones y recompensas.

Un segundo escenario es el que actualmente guía la estrategia de India: el *multiactor hedging*, que consiste en mantener vínculos con diversos bloques de poder sin comprometerse plenamente con ninguno. Este modelo, basado en la lógica de diversificación de riesgos, permite a los países apostar en múltiples frentes con el fin de maximizar beneficios y minimizar posibles pérdidas. Se trata de una estrategia necesaria ante las limitaciones geopolíticas, no solo para un país como India —como quedó demostrado durante la Operación Bermellón Rojo contra Pakistán (Araujo, 2025c)—, sino también para otros Estados como Brasil, cuyo panorama geopolítico podría forzar un replanteamiento en su relación con Estados Unidos. No obstante, el éxito de este enfoque dependerá en gran medida de las habilidades diplomáticas de cada país y de su capacidad para formular e implementar políticas industriales efectivas.



Cadetes oficiales de la Escuela de Comando del Ejército, en el Campamento Militar de Waiouru, participando en el ejercicio militar Santici. (Crédito: Fuerza de Defensa de Nueva Zelanda)

Reconfiguraciones inesperadas

En el contexto del actual reacomodo mundial, el cuestionamiento sobre las acciones de los Estados medianos y pequeños ha cobrado cada vez más relevancia, sobre todo debido a la manera en que estas naciones —tradicionalmente consideradas receptoras pasivas de las decisiones de las grandes potencias o de coyunturas políticas fuera de su control— comienzan a manifestarse con un discurso y una actuación renovados. Algunas han adoptado decisiones estratégicas más arriesgadas y con un marcado carácter autónomo, lo que no solo refleja una pérdida de confianza en el sistema, sino que anticipa cambios drásticos en el papel de las potencias regionales, especialmente las tradicionales. Este fenómeno contribuye a la creciente complejidad del escenario global y al aumento de los riesgos geopolíticos.

Nueva Zelanda: El fin de la tradición del neutralismo

La política exterior de Nueva Zelanda ha sido ampliamente reconocida por su orientación pacifista y su compromiso con la cooperación multilateral, siendo particularmente emblemática su declaración de 1987 como país libre de armas nucleares, hecho que contribuye en gran medida a la conformación de su identidad nacional. Sin embargo, en las últimas décadas, su postura en materia de seguridad ha comenzado a experimentar un giro, evidenciado en el reforzamiento de sus vínculos con Australia y en un mayor acercamiento a la red de seguridad liderada por Estados Unidos (DPMC, 2023).

Según el New Zealand Ministry of Defense (2023), la creciente rivalidad entre EE. UU. y China ha contribuido a una mayor inestabilidad en la región del Indo-Pacífico, lo que ha obligado a Nueva Zelanda a replantear progresivamente su papel estratégico en el escenario regional. Actores como la ASEAN también han sido testigos de esta tensión; sin embargo, la red de alianzas entre sus Estados miembros les proporciona una mayor protección y un margen de maniobra más amplio, en claro contraste con la situación que enfrenta Nueva Zelanda.



Esta dinámica trajo como consecuencia un incremento de su gasto militar y una participación más activa en ejercicios regionales, lo cual denota un alejamiento de su histórica neutralidad y una apertura hacia nuevas alianzas en un contexto de creciente incertidumbre.

El caso de Nueva Zelanda resulta especialmente ilustrativo, al tratarse de un país que durante décadas se aferró a una doctrina de política exterior centrada en la neutralidad, lo que influyó directamente en su política de defensa y en su comportamiento geopolítico. Este giro representa un cambio profundo en la mentalidad estratégica del país y podría anticipar transformaciones similares en otras naciones con una tradición igualmente arraigada de neutralidad. Así, el cambio en el Sistema Internacional adquiere un carácter claramente multidimensional, reflejo de cómo potencias y Estados de distintos niveles de poder están comenzando a revisar sus doctrinas de política exterior, dejando atrás principios de neutralidad e identidades pacíficas.

Azerbaiyán: El fin de una parálisis geopolítica

En el Cáucaso, el caso de Azerbaiyán resulta paradigmático, pues mientras su política exterior se había caracterizado históricamente por un enfoque cauteloso —condicionado en gran medida por su compleja geografía y la presencia de potencias regionales como Rusia e Irán—, lo cierto es que ha afianzado un corredor energético sólido hacia Europa tras su victoria militar en Nagorno-Karabaj en 2020, lo que supuso un duro golpe a la hegemonía rusa en la zona.

De acuerdo con Hedlund (2024), el incremento de la influencia de Azerbaiyán en la región del Caspio ha sido posible gracias a un mayor control sobre las rutas de exportación, así como a una política energética marcada por una creciente confianza, a lo cual se suma su estrecha relación estratégica con Turquía, que le ha proporcionado un respaldo significativo en términos militares y políticos. La consolidación de poder resultante colocó al Estado en una posición más firme para desafiar el peso regional de Irán. En palabras de Ellis (2025), Azerbaiyán dejó de comportarse como una nación pequeña y ha comenzado a actuar como un actor seguro de sí.

En consecuencia, puede observarse cómo el poder o las fuerzas que tradicionalmente paralizaban el ambiente geopolítico del Cáucaso y sus alrededores han comenzado a desmoronarse, en particular en lo que respecta al poder ruso. Al mismo tiempo, la crisis interna y el aislamiento de Irán han ampliado el margen de maniobra de Bakú. Así como el colapso de la Unión Soviética desencadenó un terremoto geopolítico que afectó profundamente a los Balcanes y al mundo musulmán, la decadencia de la Federación Rusa y el final definitivo del

El 1er Cuerpo del Ejército de Azerbaiyán en el Desfile de la Victoria de 2020. (Crédito: Oficina de Prensa del Presidente de la República de Azerbaiyán).



El presidente de Kazajistán dando un discurso durante la reunión del Consejo de Jefes de Estado de la Organización de los Estados Turcos en Astaná, Kazajistán. (Crédito: Servicio de Prensa del Presidente de Kazajistán)

Orden Bipolar Global están erosionando progresivamente el panorama político, militar y económico de Eurasia, creando las condiciones que permitirían el surgimiento de fuerzas capaces de activar diversas fallas geopolíticas en la región.

Kazajistán: El resurgimiento de un polo de poder eurasiático

Otro actor a considerar entre las filas de quienes están aprovechando esta transición global es Kazajistán. El gigante centroasiático ha sabido tomar ventaja de las reconfiguraciones de las rutas energéticas y de comercio que ha traído consigo la guerra en Ucrania y las sanciones impuestas a Rusia. El impulso a las exportaciones por parte del país a través del corredor del Caspio le ha permitido disminuir su dependencia de las rutas mayormente controladas por Moscú, cobrando así una relativa independencia que procurará consolidar (Hedlund, 2025). Dicho proceso es paralelo al aumento del nacionalismo kazajo, una fuerza sociopolítica que podría desencadenar diversos acontecimientos políticos, económicos y militares, que si bien podrían fortalecer al país, también propiciarían una serie de riesgos para su integridad y seguridad.

Aunque los primeros beneficios de estos cambios se manifiestan en el ámbito económico, sus efectos se proyectan de manera inmediata en el terreno político, al representar un acto de afirmación de autonomía estratégica. En su búsqueda por diversificar sus corredores, Kazajistán deja entrever que, a pesar de mantener un vínculo con Rusia, está decidido a trazar una ruta propia, una que lo distancie de la subordinación a las dinámicas geopolíticas del Kremlin.

De igual forma, ya hay consecuencias en el ámbito militar, con el gobierno kazajo reduciendo su dependencia tanto de la industria armamentista como del respaldo político-militar ruso (Shahbazov, 2025). Más aún, su estrategia de expansión le ha permitido establecer conexiones estratégicas tanto hacia Europa como hacia Asia, posicionándose como un pivote energético con el potencial de adquirir, eventualmente, un papel de mayor relevancia internacional.

A su vez, es fundamental considerar cómo los macrociclos geopolíticos conllevan transformaciones de tal magnitud que tienden a reactivar potencias que habían estado ‘dormidas’ o contenidas por el predominio de otros centros de poder. Con la conclusión de la segunda fase de la Guerra Fría y el declive de Europa como eje geopolítico global, se prevé el resurgimiento de nuevas potencias en otras zonas de la isla continental eurasiática.

Así, en tal contexto, Rusia podría enfrentar un proceso de desmantelamiento ante presiones provenientes tanto de Occidente como de Oriente. Kazajistán, por su parte, podría fungir como catalizador de un nuevo polo en Asia, mientras que países como Alemania y Polonia emergerían como centros de poder en el flanco occidental.

¿Qué revelan estos cambios?

En primer lugar, es necesario comprender que el reacomodo del orden mundial no se limita únicamente a las grandes potencias previamente mencionadas, sino que constituye una transición generalizada, en la que Estados pequeños y medianos comienzan a identificar oportunidades para fortalecer sus ventajas e, incluso, alcanzar un mayor

protagonismo regional (Vinjamuri & Aydin-Duzgit, 2025). Cabe considerar que esta dinámica podría derivar en un efecto dominó, en el que diversos países, al observar cómo otros transforman sus políticas exteriores, opten por seguir caminos similares en los próximos años, lo que abriría paso a un entorno internacional marcado por una creciente competitividad entre Estados (Araujo, 2025d).

Lo que se observa no es solo una disputa entre grandes potencias sobre el tablero global, sino una transición que obliga a todos los Estados —independientemente de su tamaño— a recalibrar su posición en el escenario internacional. La incógnita reside en cuál será la configuración del orden mundial emergente: si se orientará hacia liderazgos más flexibles y multipolares, con actores regionales ganando protagonismo, o si, por el contrario, se consolidarán bloques cada vez más cerrados. Las decisiones —sobre todo en el ámbito económico— adoptadas por los distintos países no deben interpretarse como hechos aislados, sino como piezas clave para comprender la estabilidad o el posible colapso del orden internacional, así como el modo en que se irá conformando el nuevo orden.

Reacomodos estratégicos y ciclos económicos

La dimensión económica de estos cambios también es crucial para comprender con mayor claridad las transformaciones que se están presenciando. En cierta medida, el desarrollo de los ciclos económicos mundiales ha influido significativamente en los movimientos en materia de política exterior, defensa y diplomacia por parte de las naciones, aunque estos, a su vez, son resultado del panorama geopolítico. El problema radica en cómo se

interpretan dichos ciclos económicos. Hay quienes, como Arrighi (1994), sostienen que los ciclos sistémicos de acumulación —compuestos por fases de expansión, crisis y eventual reemplazo por un nuevo centro de poder— reflejan que la hegemonía de Estados Unidos, consolidada tras la Segunda Guerra Mundial, estaría hoy enfrentando los límites de su propio ciclo.

No obstante, esta teoría resulta incorrecta. A pesar de que un ciclo socioeconómico centrado en la generación de riqueza atraviesa fases de expansión, crisis y eventual reemplazo, esto aplica únicamente al ámbito doméstico. En el plano internacional, esas etapas hacen referencia exclusivamente a la fábrica mundial, no al mercado. Otorgar un peso excesivo al factor económico implica ignorar que es la realidad geopolítica la que da forma a la realidad económica, y no al contrario.

La cuestión radica en que los límites de este ciclo se manifiestan en el ámbito comercial, pero también en las transformaciones de la base misma de la globalización previa, la cual sostenía a China como potencia económica y dominaba el Orden Global Bipolar de la Guerra Fría entre Estados Unidos y Rusia. Hoy, el escenario exige una reestructuración profunda. Desde la crisis de 2008, la dinámica que impulsaba la globalización se ha estancado, ante lo cual la UNCTAD (2023) apunta a una reorientación silenciosa hacia bloques regionales y cadenas de suministro más restringidas.

En términos geopolíticos, este fenómeno obedece a un creciente multipolarismo en la distribución del poder dentro del Sistema Internacional. Aunque podría parecer



Foto de los jefes de Estado y de Gobierno de los países miembros del BRICS, países socios del BRICS y países invitados al programa de divulgación del BRICS en el Museo de Artes Modernas, en Río de Janeiro, Brasil, durante la XVII Cumbre del BRICS. (Crédito: Gobierno de Suráfrica vía Flickr)

que los cambios del orden global están determinados por las rivalidades entre Estados Unidos, China y Rusia, en realidad es la progresiva erosión del modelo bipolar lo que está provocando estos reajustes. No se trata, por tanto, de una regionalización en aumento, sino de una reconfiguración de la forma en que esta se estructuraba durante la etapa que muchos denominan como hiperglobalización. A medida que surgen nuevos y diversos polos de poder, el predominio absoluto de unas cuantas potencias económicas comienza a debilitarse, dando paso a bloques dominados por estos polos geoeconómicos, es decir, por las nuevas potencias del Sistema Internacional.

La tendencia actual de los países apunta hacia un proceso de regionalización productiva, con altas probabilidades de orientarse hacia el nearshoring, con el cual países como México podrían resultar particularmente beneficiados. De acuerdo con el World Economic Forum (2025), se estima que México podría captar hasta un 8 % del mercado manufacturero que está siendo relocalizado desde Asia —de hecho, si se consideran las tendencias de los ciclos económicos globales, este número podría ser mayor—. Sin embargo, como se ha señalado previamente, el reconocimiento de las deficiencias internas, tanto en infraestructura como en términos de vulnerabilidad política, obligará a México —al igual que al resto de los países— a emprender reformas estructurales que le permitan tomar ventaja de las circunstancias del momento.

Un caso similar es el de Vietnam, país que ha sorprendido al duplicar su participación en el comercio global tras haberse consolidado como un centro operativo clave para la diversificación de cadenas de producción en áreas como la de los semiconductores y textiles (Yap, 2025). Esta capitalización progresiva confirma cómo ciertos países medianos han sabido aprovechar el reajuste económico, siempre y cuando logren satisfacer los requerimientos internos necesarios para beneficiarse de dichas oportunidades.

El hecho de que potencias grandes y medianas estén alineándose para construir alternativas frente a un sistema cada vez más fragmentado evidencia un cambio significativo en la geopolítica mundial. Durante aproximadamente quinientos años, el Sistema Internacional tuvo como epicentro a Europa, lo que implicó una concentración de la riqueza en la región, al menos en términos industriales y tecnológicos —cabe señalar que, aunque a inicios del siglo XIX existía mayor riqueza en China, era bajo una lógica económica distinta—. En este sentido, el mundo parece estar regresando a un equilibrio más natural, en el cual la Península Europea ya no concentra la totalidad del poder económico, industrial y tecnológico, sino que se distribuye entre distintas regiones. Así, se observa una dispersión de dicha riqueza hacia polos como China, Europa, Japón y Estados Unidos, extendiéndose también hacia el sudeste asiático —con Indonesia y Vietnam a la cabeza— y hacia Iberoamérica —destacando particularmente México y Brasil—.

La ampliación del BRICS en 2024, con la incorporación de Irán, Egipto, Etiopía, Emiratos Árabes Unidos y Argentina, así como su impulso hacia la construcción de una arquitectura financiera multipolar, refleja cómo la

reconfiguración geopolítica global ha motivado el intento de desafiar el predominio del dólar estadounidense en el sistema financiero internacional. Sin embargo, pese a estos esfuerzos de diversificación, la primacía del dólar continúa siendo sólida (Prasad, 2023). En cualquier caso, estos reajustes financieros son consecuencia directa de los cambios geopolíticos. Mientras que Estados Unidos adopta una postura de contención frente al ascenso de nuevas potencias, la diversificación de la riqueza global y la configuración diplomática del Sistema Internacional posibilitan estos intentos de anticipación ante posibles confrontaciones geopolíticas de carácter financiero, tecnológico y económico, aunque no exentos de limitaciones estructurales.

Lo que hoy se encuentra en disputa no es quién encabezará el próximo macrociclo geopolítico, sino qué tipo de arquitectura internacional prevalecerá tras los reajustes en curso. Como bien señala George Friedman (2020), la política internacional oscila entre dos fases: una de centralización y otra de descentralización o regionalización, en la que múltiples polos de poder intentan establecer sus reglas dentro de los márgenes de acción que les permite su entorno. El desenlace dependerá de varios factores clave: las decisiones de Washington, la resiliencia de las cadenas productivas —y, en consecuencia, de las economías nacionales—, así como de la capacidad de cada país para aprovechar o desaprovechar las oportunidades coyunturales que plantea el contexto actual. De tal forma que el cierre de un macrociclo geopolítico conlleva el surgimiento de una nueva configuración global, cuyo carácter no se ha visto en siglos.

Conclusión: consecuencias de un realineamiento internacional

Si bien el desgaste del orden bipolar se percibe como un fenómeno cada vez más tangible, su disolución o transformación dista de ser inmediata. Se trata, más bien, de un proceso gradual que implicará el ascenso paulatino de nuevas potencias y, sobre todo, transformaciones en las subestructuras que a menudo permanecen invisibles (Araujo, 2025d). La regionalización hacia la cual se encaminan algunos Estados —junto con sus cadenas productivas—, la búsqueda de alternativas financieras al dólar e incluso el debilitamiento de la hiperglobalización son elementos centrales para comprender la reconfiguración geopolítica mundial en desarrollo.

Más allá del fin de un orden, lo que se presencia es el cierre de un macrociclo geopolítico de proporciones geohistóricas, lo cual explica el inicio de múltiples transiciones provenientes de distintos puntos del Sistema Internacional, en un contexto donde los países ya no pueden mantenerse estáticos. Su capacidad para aprovechar las oportunidades emergentes o, por el contrario, caer en sus propias vulnerabilidades —particularmente en el ámbito económico— será determinante para comprender el reajuste que definirá las tres cuartas partes restantes de este siglo. Por su parte, la manera en que los distintos Estados se posicionen frente al nuevo escenario geopolítico y geohistórico podría definir el rumbo de los próximos 500 años, el cual, según Araujo (2024), comenzaría con el siglo norteamericano. 🌐



DESCUBRE LA REVOLUCIÓN
DE LA MOVILIDAD ELÉCTRICA



📍 PLAZA CONCENTRO, AV. VALLARTA, C.P. 6503, LOCAL F7

WWW.DEVILSSCOOTERS.COM



@devilsscootersmx



Devils Scooters Mx



@devilsscooters



+52 (33) 2543-1618



info@devilsscooters.com

LAS INSTITUCIONES INTERNACIONALES FRENTE AL NUEVO MUNDO

MULTILATERALISMO Y MULTIPOLARIDAD

ANDRÉS ALEJANDRO ARAUJO BERMÚDEZ

Resumen:

Dada la amplia variedad de crisis mal gestionadas en el Sistema Internacional y el impacto que estas han tenido en diversas instituciones —como la Organización Mundial de la Salud—, muchos señalan una profunda crisis en la cooperación multilateral por vías institucionales. Asimismo, advierten sobre el peligro que enfrentan las instituciones internacionales si no se adaptan a los cambios y crisis, ante lo cual correrían el riesgo de sucumbir a las pretensiones retóricas de fuerzas nacionalistas y aislacionistas. No obstante, lejos de una crisis del multilateralismo provocada por la actuación de líderes de potencias como Estados Unidos y Rusia, las instituciones internacionales enfrentan las mismas presiones que diversos países y regímenes en el mundo, producto de la transición de un Orden Global Bipolar hacia un mundo multipolar. El presente análisis adoptará una postura contraria a la expresada por la mayoría de los medios, examinando la crisis institucional internacional desde una perspectiva geopolítica y cíclica.

Palabras clave:

Instituciones internacionales, geopolítico, ciclo, Rusia, Estados Unidos, Orden Global Bipolar, multipolarismo y multilateralismo.

Abstract:

Given the mismanagement of many crises in the International System and the way that many international institutions have been impacted, such as the World Health Organization, many point to a serious crisis in international multilateral cooperation through institutional avenues. Many also assess that international institutions are in danger of not adapting to the changes and crises, running the risk of succumbing to the rhetorical pretensions of nationalist and isolationist forces. Nonetheless, far from a crisis of multilateralism as a cause of the actions of the leaders of powers like the United States or Russia, international institutions face the same pressures that various countries and regimes are facing in the world given the change from a Bipolar Global Order towards a multipolar world. Hence, this analysis presents a contrary posture, analyzing the international institutional crisis through a geopolitical and cyclical lens.

Keywords:

International Institutions, Geopolitical, Cycle, Russia, United States, Bipolar World Order, Multipolarity, and Multilateralism.



Diseño por Código Nexus (fuente: Servicio de Prensa de la Presidencia de la Federación Rusa/Casa Blanca/Getty Images/Naciones Unidas/Flickr/Canva Pro).

En julio de este año, en Código Nexus se publicaron dos artículos que analizan la transformación molecular de proporciones históricas que está atravesando el Sistema Internacional (Araujo, 2025c; Araujo, 2025d). Como parte de la primera fase de dicha transición, el mundo se encuentra en un momento de cambios paulatinos marcado por las guerras que comenzaron a derrumbar el viejo orden —es decir, el Orden Global Bipolar—, y por las constantes reevaluaciones de la situación tanto de manera interna en diversos países como a nivel mundial, ambos procesos acompañados de múltiples negociaciones.

Es en esta fase de la transición durante la cual varios problemas empezaron a ser evidentes. Por ejemplo, un reporte especial realizado en conjunto por Foreign Policy Analytics (FP Analytics) y The Open Society Foundations (OSF) abrió de la siguiente forma:

La invasión rusa de Ucrania reveló los límites de la Organización de las Naciones Unidas y otras instituciones multilaterales en lo que respecta a frenar los actos de agresión y responder de manera cohesiva a los crecientes desafíos ambientales, socioeconómicos y de seguridad que enfrenta el mundo (2022).

El mismo problema destacó en la respuesta a la pandemia del COVID-19, durante la cual, en vez de fomentarse la ayuda y cooperación, imperó el unilateralismo y la promoción de respuestas marcadas por cuestiones ideológicas, nacionalistas o intereses estratégicos, como ocurrió con las vacunas. Una situación comparable se observa en el ámbito comercial, donde la Organización Mundial del Comercio ha sido relegada en el contexto de la guerra comercial emprendida por Estados Unidos, que ha dado prioridad a negociaciones y acuerdos bilaterales, desplazando a los foros o espacios multilaterales e institucionales. En casi todos los frentes, los organismos internacionales han fracasado en su objetivo de fomentar la comunicación y la colaboración entre países.

Aun con lo anterior, la segunda fase será todavía más determinante para la transición global. Tal como se expone en “Las fases de la transición global” (Araujo, 2025c), esta etapa traerá consigo una gran transformación del panorama político mundial, reflejada en el colapso de varios regímenes y en la sustitución de distintos modelos en favor de nuevos esquemas en diversos países. Sin embargo, esta transición no se limitará a cambios de régimen a nivel nacional, sino que también supondrá una reconfiguración del orden internacional, incluyendo la transformación significativa de sus múltiples instituciones.

Cada red institucional global refleja una época histórica determinada. A lo largo de la geohistoria, se observa una tendencia constante a construir instituciones para administrar el Sistema Internacional o, en épocas antiguas, los distintos sistemas propios de cada ‘pequeño mundo’, como el indio, el chino o el romano. Bajo esta lógica geohistórica, las instituciones internacionales del siglo XX no son una excepción, sino parte de la norma. No obstante, cada marco institucional responde a una realidad geopolítica específica y, cuando deja de ser funcional, tiende a ser reemplazado. Estos colapsos institucionales pueden ser provocados tanto por fuerzas sociales y políticas como por eventos geopolíticos de gran escala.

La Iglesia Católica es un buen ejemplo de este fenómeno. Durante siglos, el cristianismo logró sustituir al régimen romano como el ente unificador de diversas regiones, funcionando como una alternativa social, política e institucional del desaparecido mundo romano. Como toda institución, su vigencia dependía del contexto geopolítico, y llegó a su fin cuando ese entorno dejó de favorecer la unidad cristiana bajo el catolicismo, particularmente bajo la autoridad de una Iglesia cuya sede estaba en Roma. Esta ubicación no era casual: tenía una carga simbólica que posicionaba a la Iglesia como sucesora del Imperio romano. Aun así, dicho simbolismo condujo a su crisis, especialmente cuando Alemania volvió a enfrentarse con Roma y sus Estados aliados tradicionales, como España. Mientras que Martín Lutero encarnó la fuerza sociocultural que desafiaba la unidad cristiana europea, Carlos V representaba el poder político-militar que intentó resistir el cambio (Goodwin, 2015/2016). El enfrentamiento fracturó el mundo cristiano y dismanteló su marco institucional eclesiástico, a pesar de que desde hacia casi un siglo ya había señales claras de crisis en las estructuras religiosas que, finalmente, no lograron recuperarse.

Lo mismo ocurre con el actual marco institucional multilateral, cuya transición comenzó en 2022. Diseñado en un contexto geopolítico que ya no existe, este entramado institucional ha comenzado a entrar en crisis cada vez más profundas. Por ello, su colapso —o las crisis que atraviesa— no pueden atribuirse únicamente a movimientos sociales y políticos, y mucho menos a figuras específicas como Donald Trump, Vladimir Putin o Benjamín Netanyahu, sino a fuerzas geopolíticas de una escala enorme, en gran medida fuera del control humano.

Para este propósito, el presente análisis se divide en tres partes. La primera, “Instituciones internacionales de la entreguerra”, servirá como base histórica del actual marco institucional. En ella se examinará el fracaso de la diplomacia del Concierto de Europa y del idealismo multilateral de la entreguerra, ofreciendo al mismo tiempo una guía sobre lo que se podría esperar en un futuro.

La segunda parte, “Instituciones de la Guerra Fría: la paz del bipolarismo”, explicará por qué la Organización de las Naciones Unidas (ONU) y otras instituciones internacionales lograron consolidarse durante la Guerra Fría. Asimismo, en la sección titulada “La decadencia del Orden Global Bipolar”, se analizarán las causas de la crisis actual de las mencionadas instituciones internacionales, atribuida a transformaciones geopolíticas y económicas, ambas de carácter cíclico.

Para finalizar, en la última parte, “Multilateralismo ante el renaciente multipolarismo: la verdadera revancha de la geopolítica”, se abordará el motivo por el cual el sistema institucional internacional se encuentra en grave riesgo y qué podría esperarse de él en las próximas décadas. Además, se propondrá un pronóstico más ambicioso que toma en cuenta el impacto de los cambios internacionales desde una perspectiva geohistórica, así como una posible recuperación del aspecto institucional heredado del mundo bipolar.



“Coronación de Carlomagno”, el emperador Carlomagno tiene el rostro de Francisco I de Francia, mientras que el del Papa León III es el de León X. (Fuente: Vatican Museums vía Wikimedia Commons).

Del Concierto de Europa a las instituciones de la entreguerra: Diplomacia en un orden multilateral

El actual sistema institucional internacional tiene sus raíces en los siglos XIX y XX, durante los cuales las potencias europeas buscaron controlar el escenario global mediante la diplomacia. Más adelante se les unirían las dos potencias externas a la Península Europea: Estados Unidos y Rusia —esta última representada por la Unión Soviética a lo largo de buena parte del siglo XX—. Para comprender lo que podría suceder con las instituciones internacionales en el siglo XXI, resulta fundamental analizar los últimos doscientos años y los distintos modelos diplomáticos que los definieron.

Concierto de Europa: Fuerzas incontrolables y diplomacia secreta

Durante el siglo XIX, existió un modelo diplomático y político llamado el Concierto de Europa, el cual fungía como un sistema de equilibrio de poder. Surgió a partir del Congreso de Viena donde se determinó cómo evitar otra gran guerra —o serie de guerras, como las contiendas napoleónicas—, y tenía el propósito de ayudar a estabilizar el *statu quo* político continental, otorgándole un carácter conservador (Haass, 2020; Pi-Suñer et al., 2011).

Así, el modelo buscaba mantener la estabilidad entre las diferentes grandes potencias europeas: Reino Unido, Prusia, Austria, Rusia y Francia. Este equilibrio se mantenía a través de prácticas diplomáticas como la creación de alianzas y contraalianzas para lograr contener las aspiraciones de una potencia en ascenso y evitar otra crisis político-militar. Esto también implicó que el modelo diplomático fuera conservador, para evitar que fuerzas sociales como las de la Revolución Francesa atentaran contra la estabilidad y paz europea. Asimismo, el modelo debía poder administrar el ascenso de diversas potencias mediante expansiones imperiales.

Existieron varios dilemas geopolíticos, como la Cuestión Oriental —relativa a cómo manejar el declive del Imperio otomano, llamado en ese entonces el ‘Hombre enfermo de Europa’ o *Sick man of Europe*— que, de hecho, resaltaban la necesidad del Concierto de Europa, cuyo objetivo era administrarlos diplomáticamente, para así evitar que la situación se saliera de control, en especial por el ascenso de los nacionalismos que atentaban contra imperios multinacionales como el austrohúngaro o el otomano. Problemas similares se manifestaban en otras regiones del mundo, como en África, lo que contribuyó a que el modelo estableciera también las bases diplomáticas e institucionales para gestionar el predominio europeo a escala global.



● Pintura del Congreso de Berlín realizado en julio de 1878, durante el cual se decidió el reparto imperial de África, por Anton von Werner (crédito: Lebendiges Museum Online).

El imperialismo y el colonialismo del siglo XIX fueron gestionados, en gran medida, a través del Concierto de Europa. Un evento clave en este contexto fue el Congreso de Berlín, convocado para administrar la repartición del continente africano (Bruun, 1959/2018). Sin embargo, es importante destacar que tanto el imperialismo como el colonialismo, al igual que su administración diplomática, fueron impulsados por fuerzas sociales, políticas y económicas que, en muchos casos, escapaban al control directo de los propios Estados. Francia, por ejemplo, emprendía campañas coloniales en un intento por alcanzar al Reino Unido y evitar quedar cercada por los británicos en el Mediterráneo; a su vez, el Reino Unido, que no buscaba un imperio en África, se vio obligado a intervenir en el continente para prevenir conflictos entre diversos actores estatales y no estatales, y muchas de sus acciones respondieron a temores ante escenarios geopolíticos hipotéticos. La guerra de los Bóeres —o guerra sudafricana— y la guerra anglo-zulú son ejemplos de fracasos en la gestión de este orden, que llevaron a una expansión forzada del imperio (Quesada, 2019). Estas expansiones, inevitables por razones geopolíticas, dieron pie a varias vulnerabilidades dentro del sistema.

Con el tiempo, el modelo comenzó a evidenciar fallas estructurales, tanto en el ámbito continental como en el internacional (Bruun, 1959/2018), especialmente por su incapacidad para contener fuerzas que escapaban al control de los Estados. A nivel continental, algunos eventos, que autores como Haass (2020) consideran señales del deterioro del sistema, incluyen las guerras de unificación alemanas y la expansión rusa en Europa Oriental, fenómenos que aprovecharon el auge del nacionalismo

y el declive otomano. Asimismo, los movimientos revolucionarios nacionalistas de 1848-1849 —conocidos en ocasiones como la Primavera de las Naciones—, fuertemente influenciados por la Revolución Francesa, también pueden interpretarse como indicadores claros de la decadencia de este modelo (Straehle, 2024).

En el ámbito internacional, el declive del Concierto de Europa se evidenció en su incapacidad para seguir mitigando las tensiones derivadas de las expansiones imperiales y coloniales. Tarde o temprano, las fronteras de los imperios terminaban por chocar. Diversas confrontaciones internacionales expusieron las vulnerabilidades de varias potencias, lo que aceleró el deterioro del modelo diplomático. Ejemplos de ello fueron los fracasos de Francia en México durante la década de 1860 —conocidos como la Cuestión de México— y la derrota de Rusia en Asia-Pacífico a manos del emergente Imperio japonés en 1905 (Pi-Suñer et al., 2011).

Por otro lado, la diplomacia secreta que primaba durante el Concierto de Europa —crucial para las estrategias políticas de figuras como Otto von Bismarck— generó una considerable confusión respecto a los compromisos adquiridos y su aplicación práctica. Esta incertidumbre no solo se daba entre los gobiernos de los países involucrados, sino también dentro de los propios sistemas políticos, tanto nacionales como imperiales. El Imperio alemán, por ejemplo, estableció una alianza con Austria —convertida en el Imperio austrohúngaro a partir de 1867— y con Italia, dos potencias regionales cuyos intereses geopolíticos eran incompatibles. Asimismo, forjó una alianza con el Imperio ruso, cuyos objetivos entraban en conflicto con

los de Austria, especialmente por la Cuestión Oriental, que Rusia buscaba explotar en detrimento de su oponente. El hecho de que la mayoría de estas alianzas y contraalianzas se negociaran en secreto contribuyó a la confusión general sobre las obligaciones reales de cada actor, una situación que se volvió particularmente problemática al momento de renovar las alianzas político-militares.

De este modo, nunca se logró garantizar la estabilidad del sistema europeo; en el mejor de los casos, las alianzas solo consiguieron postergar una crisis sistémica. Sin embargo, al entrelazar a las principales potencias, crearon un escenario en el que un conflicto limitado entre dos actores podía escalar rápidamente y arrastrar al resto del continente. La Primera Guerra Mundial —PGM— evidenció de forma contundente las múltiples fallas del antiguo sistema de equilibrio europeo. El objetivo de evitar una guerra de grandes proporciones terminó en un fracaso rotundo. Como se describió anteriormente, lo más relevante es que dicho colapso no fue consecuencia directa de decisiones individuales —como las de Wilhelm II—, sino resultado de fallas estructurales en la arquitectura diplomática y política europea, así como de los procesos geopolíticos.

El modelo del Concierto de Europa se desmoronó ante una serie de procesos interrelacionados. En el plano sociopolítico, emergió el nacionalismo, cuyas raíces se remontan a la Paz de Westfalia y la Revolución Francesa. En el ámbito económico, la industrialización y el ascenso de la burguesía comercial e industrial desplazaron a la aristocracia terrateniente tradicional (Pi-Suñer et al., 2011; Bruun, 1959/2018). Por último, factores geopolíticos —que a su vez impulsaron los desarrollos anteriores— como el creciente centralismo alemán liderado por Prusia, y el regionalismo francés en ascenso reflejado en la pérdida de su ventaja económica frente a Alemania y su decadencia militar, evidenciada en la derrota frente a Prusia en 1871, también se sumaron (Araujo, 2025b).

Dado que el modelo no estaba diseñado para responder ante esas adversidades, solo logró mantenerse en pie mientras existía un equilibrio relativo entre las potencias y tenía la capacidad de proyectar el poder europeo sobre el mundo, en un esfuerzo constante por adquirir recursos y fortalecerse mutuamente frente a sus rivales. A lo largo de todo el siglo XIX se gestionaron de manera continua diversos asuntos internacionales, como las cuestiones otomana, mexicana y persa. No obstante, en términos estructurales, la diplomacia secreta, la exclusión de otros actores y la inherente complejidad de las alianzas volvieron al sistema vulnerable e incapaz de evitar el estallido de la PGM. De ahí la ironía que plantea Friedman (2009/2010): “Europa dominó al mundo, pero no a sí misma”. Este fracaso dio origen a la Sociedad de Naciones.

Sociedad de Naciones: Idealismo y factores geopolíticos sin atender.

De manera similar a como el Concierto de Europa buscó reivindicar los principios esenciales de la Paz de Westfalia, retomando la importancia de la soberanía y su aplicación en el contexto europeo, la Sociedad de Naciones, también conocida como Liga de Naciones —*League of*

Nations—, intentó nuevamente poner en práctica esos fundamentos. Aun así, su propia existencia reflejaba un cambio en el modelo diplomático; no radical, pero sí lo suficientemente significativo como para sentar las bases de lo que más tarde serían las Naciones Unidas. Puede considerarse como el primer intento de establecer un régimen institucionalizado mediante una organización internacional intergubernamental, cuyo propósito era regir las relaciones entre los Estados en la arena global. Un antecedente comparable —aunque distinto en naturaleza— fue el papel de la Iglesia Católica, que dominó la política y la diplomacia durante la Europa medieval.

Por su parte, la diplomacia secreta —considerada uno de los principales factores que condujeron a la PGM— comenzó a perder relevancia en el ámbito, aunque no desapareció por completo, como señala Nicolson (1939/2018). Este cambio fue representado por el idealismo de Woodrow Wilson, quien, como escribe Haass (2020), “no solo quería que todos los acuerdos diplomáticos fueran hechos públicos, sino también, cuando fuera posible, que se negociaran abiertamente”. Es importante destacar que su visión llegaba incluso al punto de querer internacionalizar los principios de la Paz de Westfalia.

El deseo de Wilson se materializó de forma limitada en 1920 con la fundación de la Sociedad de Naciones, aunque sin cumplirse todos sus postulados. Este modelo diplomático promovía la diplomacia abierta, así como la colaboración política, económica, diplomática y militar para mantener el statu quo, y prohibía el uso de la fuerza para realizar ajustes en beneficio de nadie (Haass, 2020). Más allá de lo anterior, se concedió la independencia a varias naciones y países, lo que implicó el desmantelamiento de los imperios alemán, austrohúngaro y otomano. Solo en el caso de los Balcanes se creó Yugoslavia, un pseudoimperio liderado por Serbia cuyo objetivo era estabilizar una región históricamente inestable. Sin embargo, el elemento verdaderamente innovador fue la creación de una institución internacional.

El problema del modelo diplomático de la entreguerra radicó en que su idealismo se implementó en un contexto geopolítico sumamente volátil. El imperialismo euroatlántico seguía dominando el escenario internacional: en algunas regiones, el dominio europeo alimentaba el nacionalismo, mientras que en otras lo reprimía. Aún más grave fue la situación de Alemania, que resultó devastada y humillada por Francia, la cual recuperó Alsacia y Lorena, ocupó militarmente parte del territorio alemán y tomó el control de zonas económicas mineras durante 15 años (Haass, 2020). Alemania no solo quedó profundamente desmoralizada, sino también colapsada en términos nacionales y económicos.

A pesar de todo, los factores más subversivos fueron de naturaleza geopolítica y cíclica. Cuando Francia inició su propio ciclo de centralismo geopolítico, tres siglos antes, el resultado fue una guerra de treinta años que devastó gran parte de Europa, específicamente el territorio alemán (Araujo, 2025b). Por lo tanto, era difícil esperar que el surgimiento del centralismo geopolítico alemán tuviera consecuencias distintas. Lo único que realmente sostuvo el periodo de



Una de las asambleas de la Sociedad de Naciones en donde se encontraron Austen Chamberlain, representante diplomático del Reino Unido, Aristide Briand, representante diplomático de Francia, y Gustav Stresemann, como Ministro de Asuntos Exteriores alemán, quienes se encuentran en el centro de la fotografía. (Crédito: Fototeca Alemana)

entreguerras fue que la carnicería y destrucción de la PGM fueron tan extremas que, en cierto modo, se impuso una pausa necesaria. En conjunto, la Primera Guerra Mundial, la etapa de entreguerras y la Segunda Guerra Mundial —SGM— abarcaron un total de 31 años.

En la práctica, a lo largo del periodo entre ambos conflictos, ningún país respetaba ni mostraba verdadero interés en aplicar los principios de la Liga de Naciones. De hecho, en cierto sentido, los países carecían de capacidad para hacerlo. La llamada “vieja diplomacia” —como la describe Nicolson— seguía vigente (1939/2018). El único Estado que presentó protestas formales ante la Sociedad de Naciones frente a las invasiones italianas y alemanas —como las de Etiopía y Checoslovaquia— fue México; sin embargo, no contaba con el peso militar, económico ni político necesario para detener a las fuerzas subversivas que estaban desintegrando la organización. Como resultado, durante la década de 1930, la Sociedad de Naciones empezó un proceso de desmantelamiento que culminó con su colapso definitivo en 1939. Al igual que el Concierto de Europa, sucumbió ante el resurgimiento de Alemania, el nacionalismo, las grandes transformaciones del siglo y las crisis derivadas de los ciclos económicos mundiales de producción y crecimiento acelerado.

De ese modo, la SGM marcó el colapso definitivo de las potencias euroatlánticas tradicionales y dejó bajo ocupación a dos de las nuevas: Japón y Alemania. De las cenizas del antiguo orden multipolar surgió un mundo bipolar dominado por la Unión Soviética y Estados Unidos.

Retomando ciertos elementos del Concierto de Europa y de la Liga de Naciones, se construyó un nuevo mundo, acompañado de una transformación profunda del modelo diplomático, esta vez a otro nivel.

Instituciones de la Guerra Fría: La paz del bipolarismo

Las Naciones Unidas, junto con otras instituciones internacionales como el Banco Mundial, el Fondo Monetario Internacional y el Acuerdo General sobre Aranceles Aduaneros y Comercio —mejor conocido por sus siglas en inglés, GATT—, conformaron un modelo diplomático mucho más complejo y sofisticado, que abarcaba diversas áreas: política, diplomática y económica. Paralelamente, surgieron instituciones con un enfoque militar, como la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN) y el Pacto de Varsovia. El bloque comunista también creó sus propias estructuras, como el Consejo de Ayuda Mutua Económica. Lo más relevante fue la magnitud del impacto y la expansión de este modelo, el cual se replicó a nivel continental y regional en distintas partes del mundo, a través de organizaciones como la Comunidad Económica Europea o la Liga Árabe.

Este modelo diplomático logró un notable éxito, a pesar de sufrir algunos tropiezos significativos. En términos generales, las Naciones Unidas consolidaron un foro diplomático internacional de gran relevancia, promoviendo una mayor conciencia global y combatiendo el analfabetismo político-diplomático. La diplomacia secreta quedó relegada al pasado, al menos en lo que

respecta a los temas de interés internacional. No obstante, es fundamental considerar varios elementos que permiten entender por qué el modelo diplomático de la Guerra Fría fue drásticamente distinto —y más exitoso— que el del Concierto de Europa o el de la Sociedad de Naciones.

En primer lugar, se encontraba la nueva distribución del poder en el escenario internacional. Las potencias tradicionales, como el Reino Unido y Francia, habían quedado destrozadas, y su declive geopolítico quedó en evidencia con la Crisis del Canal de Suez, durante la cual tanto la Unión Soviética como los Estados Unidos impusieron la nueva realidad bipolar. Esta configuración permitió una comunicación más directa y eficaz entre las dos potencias dominantes. Además, el desequilibrio de poder a su favor les permitió ejercer una influencia determinante sobre sus respectivas zonas de control, especialmente en regiones clave como la Península Europea. La presión resultante contribuyó a paralizar a diversas regiones y fuerzas sociopolíticas, entre ellas el nacionalismo.

A diferencia del Concierto de Europa y de la Liga de Naciones, que fracasaron en su intento de contener el nacionalismo imperante en la Península Europea, la ocupación político-militar de la región por parte de los estadounidenses y los soviéticos no solo logró controlar, sino también someter por completo estas fuerzas sociales. Parafraseando a George Friedman (2009/2010), Europa conoció la paz porque los europeos no tenían libertad de elegir su destino, como sí lo habían podido hacer durante los siglos anteriores. De igual manera, la rivalidad entre Washington y Moscú puede entenderse “en lo esencial, [como] una disputa por la herencia del maltrecho imperio global europeo” (Friedman, 2009/2010).

Una poderosa Unión Soviética y un poderoso Estados Unidos, en realidad habían estabilizado el Sistema Internacional, creando un equilibrio entre superpotencias. Esto fue particularmente cierto a lo largo de la frontera del imperio soviético, donde ambos bandos estaban posicionados para la guerra. Europa, por ejemplo, se quedó congelada por la Guerra Fría. El movimiento más ligero pudo haber llevado a la guerra, por ello, ni los soviéticos ni los estadounidenses permitieron tales movimientos (Friedman, 2009/2010).

De esta forma, el Orden Global Bipolar resolvió varios de los problemas que habían llevado al colapso de los modelos diplomáticos anteriores: la diplomacia dejó de ser secreta, y desaparecieron las alianzas y contraalianzas contradictorias y confusas. Asimismo, ahora tampoco existía una dispersión del poder que paralizara al Sistema Internacional ante cualquier iniciativa. En momentos clave, tanto Estados Unidos como la Unión Soviética eran capaces de movilizarse para lidiar con las crisis; aunque no lo hicieran de manera cooperativa, sus acciones contribuían a la estabilidad del orden mundial. Incluso con las diversas guerras proxy, el Sistema Internacional se mantuvo bajo control, evitando una guerra convencional entre ambas superpotencias, e incluso una guerra nuclear.

Todos los países del mundo orientaban sus políticas y modelos internos en función de su alineación con uno de los dos polos de poder internacional: Washington o Moscú.



Soldados del Comando de Berlín del Ejército de EE. UU. se enfrentan a la policía de la antigua Alemania del Este durante uno de varios enfrentamientos en el Checkpoint Charlie, en 1961. (Crédito: Ejército de EE. UU.)

Esto permitió que ningún conflicto se desarrollara sin algún grado de supervisión por parte de Estados Unidos o la Unión Soviética, lo cual, a su vez, redujo la dispersión de canales diplomáticos y facilitó la comprensión y el manejo de los procesos en distintas regiones del mundo, ya fuera en el Sudeste Asiático, Oriente Próximo o el Cuerno de África.

Conforme el orden bipolar alcanzó una etapa de madurez, varias regiones se estabilizaron, como el centro de África, en particular el Congo, conocido entonces como la República de Zaire. A la par, esto contribuyó a un aumento de la certidumbre. Si bien, tanto la Unión Soviética como Estados Unidos vivían bajo la constante tensión de lo que pudiera hacer el otro, y hubo momentos de alta inestabilidad —como la Crisis de los Misiles en Cuba o la invasión soviética de Afganistán—, en términos generales, el hecho de no tener que preocuparse por otras potencias fue un factor que favoreció la estabilidad global.

Tanto los acontecimientos políticos de la primera mitad del siglo —en particular las guerras mundiales— como el contexto geopolítico internacional influyeron profundamente en la estructura y el funcionamiento del modelo diplomático de la Guerra Fría. En primer lugar, el trauma provocado por la SGM fue inmenso, en especial para los países europeos y Japón, todos ellos sometidos a una ocupación. Con los nacionalismos que habían desgarrado Europa —de forma similar a como lo hiciera antes el reformismo protestante— ahora subyugados bajo el dominio bipolar de los estadounidenses y los soviéticos, y con las dinámicas económicas, políticas, militares y diplomáticas simplificadas al girar en torno a dos potencias, el mundo experimentó una mayor estabilidad que facilitó el funcionamiento de la Organización de las Naciones Unidas.

Este estatus geopolítico también contribuyó a una gestión más eficaz de los ciclos económicos globales. Ninguna

potencia emergente adicional —como Alemania o Japón— estuvo en condiciones de resurgir durante la década de 1980, lo que permitió que la transición de la fábrica mundial de Japón a China ocurriera de forma menos abrupta que la transición económica de la década de 1920 o la actual. Así, fue posible un fortalecimiento del régimen internacional y de sus instituciones, incluso después del colapso de la Unión Soviética en 1991. Aunque este provocó una considerable conmoción global con un débil resurgimiento del nacionalismo en los Balcanes y del islamismo radical —evidenciado en los atentados del 11 de septiembre—, el Orden Global Bipolar se mantuvo vigente.

En conjunto, todos estos factores implicaron una expansión y complejización del modelo diplomático en la década de 1990, reflejada en la evolución y creación de diversas instituciones internacionales. Algunas fueron regionales, pero tuvieron un impacto significativo en el escenario mundial, como es el caso de la Unión Europea. Otro proceso clave fue la transformación del GATT en la Organización Mundial del Comercio, lo que amplió considerablemente el número de países integrados al régimen comercial global. En 1999, la creación del G-20, un foro internacional que reúne a las veinte principales economías del mundo, representó otro hito.

En cierta forma, las crisis ocurridas durante la década de 1990 no atentaron contra el modelo diplomático del orden bipolar, enmarcado en las Naciones Unidas y en las amplias estructuras diplomáticas de Washington y Moscú. Por el contrario, dichas crisis impulsaron una adaptación del modelo existente, sin que ello implicara su reemplazo por un nuevo esquema.

La decadencia del Orden Global Bipolar

El modelo diplomático de la Guerra Fría logró resolver diversas problemáticas internacionales y resistir múltiples crisis; por ello, calificarlo como un fracaso absoluto no resulta una postura justa. Simplemente, cumplió su función dentro del orden mundial para el cual fue diseñado. No obstante, la segunda etapa de dicho orden parece marcada por una serie de fracasos que evidencian su declive. Esta decadencia obedece, en gran medida, al colapso del sistema bipolar y a la convergencia del cierre de varios ciclos a escala doméstica, regional y global, como el del ciclo económico mundial. También puede considerarse el fin de un macrociclo geopolítico en el que Europa podía dominar el mundo, siendo Rusia —primero como la Unión Soviética y ahora como la Federación Rusa— la última gran superpotencia ‘europea’.

La fusión de tantos ciclos —pertenecientes a distintas dimensiones, todos ellos de naturaleza multifactorial— tuvo un impacto colosal sobre la estructura entera del Sistema Internacional, afectando mucho más que solo el modelo diplomático. Era imposible que tanto este como el propio orden mundial estuvieran preparados para un cambio estructural de tal magnitud. Esto implicó fallas en diversas áreas a lo largo del tiempo. Además, es necesario considerar dos factores cruciales: el papel que desempeñó China en esta etapa del Orden Global Bipolar y la decadencia de Rusia.

En ese momento, China se encontraba al final de su cuarta década dentro del ciclo económico mundial de producción y crecimiento acelerado, lo que generó preocupaciones en el gobierno. Más que cualquier *Think Tank* —conocidos también como centros de análisis económico—, las autoridades chinas comprenden profundamente los problemas estructurales de su sistema bancario y de su modelo económico. Tomar como referencia el caso japonés no ofrecía mayor certidumbre sobre lo que podría ocurrir. En el contexto geopolítico de un ciclo de regionalismo, una crisis similar a la década perdida de Japón tendría consecuencias graves para China, incluyendo inestabilidad social e incluso una posible fragmentación regional.



Una trabajadora de salud hace la prueba del COVID-19 a una mujer en Shenzhen, China. (Crédito: Shengpengpeng Cai de Unsplash vía ONU).

Cando comenzaron a surgir los primeros reportes sobre el COVID-19, el gobierno chino sabía que no podría adoptar la misma estrategia que México en 2009 frente al brote de H1N1 (Araujo, 2023). Seguir ese camino habría dejado al régimen expuesto frente a su propia retórica nacionalista, en especial ante los ya latentes problemas económicos y financieros. Su decisión —probablemente la única viable dadas las circunstancias políticas— fue, de hecho, la contraria a la adoptada por México en el pasado. A su vez, esa respuesta reflejó el deterioro del modelo diplomático institucionalizado durante la Guerra Fría, en particular por el modo en que se vieron afectadas organizaciones clave como la Organización Mundial de la Salud —OMS—.

En un artículo publicado en *Health Management Forum*, Hernández-Ávila y Alpuche-Aranda (2020) destacan las lecciones aprendidas durante la pandemia de H1N1 en México. En su conclusión, citan a la entonces Directora General de la OMS, Margaret Chan, quien afirmó: “México le dio al mundo una alerta temprana, y también le dio al mundo un modelo de informes rápidos y transparentes, medidas de control agresivas y un intercambio generoso

de datos y muestras...”¹. A diferencia de lo ocurrido en 2009, cuando México colaboró estrechamente con la Organización Mundial de la Salud y, en general, prevaleció un alto grado de cooperación y coordinación internacional, la respuesta global frente al COVID-19 estuvo marcada por una serie de fallas que afectaron la gestión de la crisis y evidenciaron debilidades estructurales dentro del marco institucional internacional.

Desde un inicio, los problemas internos que el gobierno chino ya conocía lo llevaron a no compartir información de manera oportuna. La OMS, que además se demoró en declarar al COVID-19 como una pandemia, se convirtió en

un nuevo campo de disputa institucional entre Washington y Pekín (Committee on Oversight and Government Reform [COGR], 2023). Un informe del Panel Independiente de Preparación y Respuesta ante Pandemias —creado por la propia OMS— concluyó que tanto la crisis sanitaria como su impacto podrían haber sido evitables si la organización hubiese contado con mayor capacidad de reacción y si se hubieran coordinado los esfuerzos internacionales, al menos entre actores clave como China y Estados Unidos (BBC News, 2021). Tanto este panel como un Subcomité Selecto sobre la Pandemia del Coronavirus coincidieron en que el marco regulatorio que rige la actuación de la OMS, junto con la presión del Partido Comunista de China para impedir ciertas medidas sanitarias, fueron el epicentro de los problemas que obstaculizaron la respuesta de la organización durante 2020 (BBC News, 2021; COGR, 2023).

¹ Reynoso (2020), asistente analista en el Centro para América Latina de Adrienne Arsht del Atlantic Council, llegó a la misma conclusión respecto al actuar de México, al señalar que su comportamiento “demostró cómo un actor responsable limitó lo que pudo haber sido un mayor impacto humano y económico”.

En otros ámbitos, el papel de China como la fábrica del mundo ha hecho que se convierta también en un acreedor global, otorgando préstamos a numerosos países (Araujo, 2025a). Además, se ha consolidado como el principal socio comercial de diversas regiones, como Sudamérica, e incluso de continentes enteros, como África. Esta posición ha generado una gran vulnerabilidad dentro del sistema financiero internacional y, por extensión, en la economía global. En consecuencia, el declive de China en su rol de fábrica mundial representa un grave riesgo para el crecimiento y desarrollo económico a nivel internacional, específicamente para aquellos países más vulnerables que mantienen estrechos vínculos económicos o financieros con la potencia asiática.

En las últimas décadas, países de bajos ingresos han acumulado una deuda considerable, mientras luchan por lograr una transición energética que abandone las fuentes de combustibles fósiles. Al mismo tiempo, comunidades en gran parte del mundo están enfrentando pobreza energética y aumentos sucesivos en la inseguridad alimentaria en un contexto de creciente desigualdad (2022).

De este modo, es necesario observar cómo los distintos problemas que se están desarrollando afectan gravemente tanto a las instituciones internacionales como al Sistema Internacional en su conjunto. Los desafíos identificados por FP Analytics y la Open Society Foundations se alinean con este modelo:

El hecho de que “las instituciones multilaterales [hayan] logrado pocos avances en coordinar alguna acción global significativa para responder a estas tendencias, permitiendo que se fusionaran en crisis prolongadas y evolutivas” no debe interpretarse como un fracaso absoluto de dichas entidades, sino como un reflejo de la decadencia natural del orden bajo el cual fueron establecidas (FP Analytics & OSF, 2022). Si bien los datos internacionales muestran con claridad que la pobreza y el hambre han disminuido a niveles históricos en los últimos cien años, como señala Schettino (2016/2023), el problema central de estas crisis en ascenso radica en el colapso del orden bipolar y en los efectos que ha tenido sobre su propio modelo diplomático.

El modelo de la Guerra Fría está llegando a su fin, no por figuras políticas como Donald Trump —como afirman *World Politics Review* (WPR) (2019/2024) y otros medios—, ni por líderes como el presidente ruso Vladimir Putin o el presidente chino Xi Jinping. Su declive obedece, más bien, a un proceso geopolítico natural de magnitud geohistórica.

Conforme el orden bipolar llega a su fin, también lo hace su modelo diplomático, el cual siempre ha sido un reflejo del sistema surgido durante la Guerra Fría y de un macrociclo geopolítico en decadencia. Por ello, países como Estados Unidos, Rusia y China —las principales potencias de aquel periodo— son miembros permanentes



Una sesión del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas. (Crédito: Kim Haughton de UN Photo)

del Consejo de Seguridad. El Reino Unido y Francia, los otros dos miembros permanentes, son las potencias tradicionales en declive. Por su parte, Alemania y Japón fueron excluidos debido a su ocupación tras la SGM y a la relativa ‘parálisis’ geopolítica que han experimentado desde 1945. Sin embargo, al igual que el modelo diplomático, su desaparición y el surgimiento de uno nuevo tienden a ser profundamente malinterpretados.

**Multilateralismo ante el renaciente multipolarismo:
La verdadera revancha de la geopolítica**

Cuando Rusia invadió Ucrania en 2022, gran parte del mundo reaccionó con sorpresa. Un buen ejemplo es la portada de la revista Times publicada en marzo de ese año. En ella, con una imagen de un vehículo de combate de infantería BMP-3 ruso en territorio ucraniano, se leía el título: *The Return of History: How Putin Shattered Europe’s Dreams* —“El regreso de la historia: cómo Putin

destrozó los sueños de Europa”—. La expresión ‘el regreso de la historia’ se utilizó para señalar implícitamente que la era de la competencia entre grandes potencias y de las guerras a gran escala, como la que estalló entre Rusia y Ucrania, se creía superada y que ese tipo de conflictos ya no tenían cabida en el mundo contemporáneo.

En ese momento, la invasión representó el mayor shock global, percibida como la revancha de la geopolítica en un mundo que creía haber iniciado una nueva etapa centrada en las negociaciones. No obstante, la verdadera revancha no vendrá de una sola guerra en el marco de un orden global en declive, sino del surgimiento de una nueva realidad geopolítica de magnitud geohistórica. El impacto generado por la guerra de Ucrania será superado cuando empiece a configurarse el nuevo orden mundial, especialmente porque muchos se sorprenderán ante la forma inesperada que este adoptará.

El fin del mundo bipolar marca el comienzo de una etapa multipolar, aunque no en la forma en que comúnmente se imagina. A menudo se señala a China, Rusia y Estados Unidos como las grandes potencias del actual sistema multipolar, pero esta visión resulta imprecisa. China no posee el mismo nivel de poder e influencia internacional que Rusia, y mucho menos que Estados Unidos. Asimismo, este nuevo orden multipolar no estará conformado necesariamente por países considerados potencias emergentes, como India o Brasil. India, por ejemplo, no logra proyectar poder ni siquiera en su entorno inmediato —Myanmar, Sri Lanka o Bangladesh—, mucho menos en Pakistán o a escala global. Por su parte, Brasil enfrenta limitaciones similares, especialmente ante el resurgimiento de Argentina, lo que le impide consolidar su influencia en el Atlántico Sur. A pesar de todo, existen otros actores dentro del Sistema Internacional que sí formarán parte de esta nueva configuración del poder mundial.

Entre los principales candidatos se encuentran Japón, Turquía, Polonia y Alemania, en tanto que México aparece como el actor más rezagado debido a su crisis actual y a lo que muchos consideran ‘graves tropiezos’. Pese a todo, estas cinco potencias formarán parte del emergente sistema internacional multipolar, junto con Estados Unidos, que seguirá ocupando la posición dominante, aunque no necesariamente desde una postura cómoda.

Esta nueva distribución del poder a nivel internacional vuelve a poner en tensión al modelo diplomático vigente, especialmente en su dimensión institucional y multilateral. Será necesario un cambio estructural profundo que modifique el sistema desde sus cimientos, incluyendo su régimen y marco institucional. El Consejo de Seguridad, por ejemplo, ya no podrá incluir a China, Rusia, el Reino Unido o Francia —o al menos no a China como una potencia de primer orden—. Solo de esta forma el modelo podrá representar adecuadamente el nuevo Orden Global Multipolar.

Las Naciones Unidas, junto con sus agencias, diversos foros globales y otras organizaciones internacionales ya enfrentan serios desafíos como resultado del cambio geopolítico en curso. Por un lado, persiste la lógica de la Guerra Fría, como se evidencia en la parálisis de la ONU ante la guerra en Ucrania. Por otro, se manifiesta su incapacidad para responder eficazmente a la transición global, como lo demuestran los conflictos en Oriente Próximo. Finalmente, estas dinámicas también revelan el propio declive del sistema, reflejado en crisis económicas e institucionales. Diversos medios como WPR (2019/2024) y FP Analytics y OSF (2022) interpretan esta situación como una crisis que debe resolverse mediante un nuevo impulso al modelo diplomático actual, aunque con algunas propuestas de reforma que no reconocen la magnitud de los hechos geopolíticos.

Por tal motivo, el nuevo sistema multipolar enfrentará un fuerte shock, pues muchas de esas iniciativas serán finalmente descartadas. Y peor aún, este nuevo escenario representará un desafío todavía mayor para las instituciones internacionales, que volverán a caer bajo las

mismas limitaciones que afectaron a la Liga de Naciones, ya que los nacionalismos han resurgido con fuerza —y lo harán aún más— y el poder estará nuevamente distribuido entre múltiples potencias, no solo entre tres actores principales. Esa será la verdadera revancha de la geopolítica.

El constante aprendizaje que ha habido y seguirá habiendo sobre cómo las distintas crisis afectan a las instituciones multilaterales internacionales, contribuirá a la creación de organismos más preparados y sofisticados. El problema geopolítico de fondo, sin embargo, continuará evolucionando. Es muy probable que las nuevas grandes potencias no busquen eliminar por completo el marco institucional del modelo diplomático actual, pero sí se verán obligadas a transformarlo. Este proceso ocurrirá a través de reformas y, en un sentido más profundo, mediante la destrucción, reconstrucción o creación de nuevas instituciones.

Estados Unidos se encontrará en el epicentro de estos cambios, ya que, como principal potencia del Sistema Internacional, tendrá la responsabilidad de gestionarlos. En este contexto, Washington intentará “librarse de todo el sistema de la Guerra Fría de alianzas e instituciones, incluyendo la OTAN, el Fondo Monetario Internacional y las Naciones Unidas”, según escribió George Friedman (2011/2012). Para él, “estas reliquias de la Guerra Fría son insuficientemente flexibles para enfrentar la adversidad del mundo de hoy, que se redefinió en 1991, haciendo obsoletas a las instituciones viejas” (2011/2012). En este punto es importante señalar que, dado que la Guerra Fría no concluyó en 1991 —algo también revisado por el propio Friedman—, esta reflexión cobra vigencia nuevamente en el contexto actual, pues en 2025 el mundo se redefinió, lo cual volvió obsoletas —ahora de manera definitiva— a las viejas estructuras.

Aun así, no debería sorprender si el multilateralismo internacional e institucional fracasa ante las iniciativas de las nuevas grandes potencias, y menos aún frente a un eventual enfrentamiento político-militar entre ellas. Resulta irreal caer en un pesimismo que anticipe un regreso al caos y la informalidad del Concierto de Europa, pero también lo es adoptar un idealismo que suponga un triunfo rotundo del multilateralismo frente a un renaciente multipolarismo. El mundo se enfrentará a desafíos aún mayores en materia de seguridad y paz internacional que los ya existentes.

Es posible que la cooperación y la coordinación resurjan en un nuevo orden internacional una vez que este logre estabilizarse. En tal escenario, “algunas [instituciones] podrían continuar teniendo valor, pero solo en el contexto de nuevas instituciones que tendrán que emerger” (Friedman, 2011/2012). Sin embargo, resulta poco probable una reconstrucción idealista de los organismos heredados de la Guerra Fría; el cambio deberá ser práctico y realista.

En definitiva, todo el Sistema Internacional —y en particular el modelo diplomático— tendrá que evolucionar y adaptarse al nuevo panorama geopolítico, en un proceso que será complejo, frustrante y doloroso. 🌐



Diseño por Código Nexus. (Fuentes: Gobierno de Irán/pahlavi.org/Daniel Ferreira-Leites Ciccarino/DanFLCreativo/efired/Sina Rezakhani/Pexels/Canva Pro/CGRI/WANA/Getty Images Signature/tostphoto/Wikimedia Commons)

HISTORIA, CICLOS Y LA GEOPOLÍTICA INTERNA DE IRÁN

EL DESAFÍO POLÍTICO IRANÍ DEL SIGLO XXI

PATRICIA MONSERRAT GONZÁLEZ DE LA TORRE

Resumen:

En la historia de Irán hay un elemento geopolítico constante: la pugna entre un poder central fuerte y las diversas fuerzas regionales que moldean su política. La pluralidad étnica, religiosa y cultural ha provocado ciclos de rígida centralización, seguidos por periodos de apertura parcial hacia la autonomía. Este vaivén evidencia tanto los límites del control absoluto como el hecho de que la gobernanza iraní nunca ha seguido una trayectoria lineal. La conclusión apunta a que, aunque la tendencia parece encaminarse hacia un fortalecimiento del centralismo, su sostenibilidad dependerá de la capacidad para integrar sus múltiples diversidades sin que estas se conviertan en fuentes de inestabilidad.

Palabras clave:

Irán, geopolítica, centralismo, regionalismo, legitimidad y diversidad.

Abstract:

In Iran's history, one constant geopolitical factor prevails: the struggle between a strong central power and diverse regional forces that shape its politics. Ethnic, religious, and cultural plurality has produced cycles of strict centralization followed by partial concessions to autonomy, revealing both the limits of absolute control and the non-linear nature of governance. The conclusion highlights that, despite the current tendency pointing towards a strengthening centralism, its permanence depends on how effectively the state integrates its multiple diversities without letting them become sources of instability.

Keywords:

Iran, geopolitics, centralism, regionalism, legitimacy, and diversity.

La historia política de Irán no puede entenderse sin considerar la bifurcación de sus fuerzas: por un lado, el impulso por centralizar el control del territorio; por otro, la presencia de una diversidad regional que ha sido —y continúa siendo— un rasgo cultural del país. Desde el surgimiento del Imperio persa hasta la redefinición de Irán como República Islámica, la unificación ha representado un desafío constante frente a una región caracterizada por múltiples identidades étnicas, lingüísticas e incluso religiosas. Lejos de tratarse únicamente de una cuestión administrativa, son la legitimidad política, el control del territorio y la disputa simbólica los factores que predominan al momento de estructurar la relación entre el centro y la periferia.

El regionalismo en Irán —como expresión de las identidades previamente mencionadas y, por tanto, de sus respectivas demandas políticas— no ha seguido un curso lineal, sino que ha atravesado ciclos marcados por la represión, el reconocimiento limitado e incluso su uso estratégico por parte del Estado. Por su parte, la búsqueda de la centralización ha sido la respuesta predominante

de los regímenes que han gobernado la región, motivada por el temor a una eventual fragmentación territorial, sobre todo en contextos de debilidad estatal o durante situaciones de guerra.

Ahora bien, más allá de la existencia de un régimen centralista único y homogéneo, dentro del territorio iraní han coexistido, paralelamente, algunas prácticas de autonomía regional, lo que demuestra los límites de un modelo rígido en una región tan diversa. Un hecho que resulta previsible en ciclos de centralismo, ya que el carácter geopolítico de cada ciclo se define por la naturaleza de la relación entre el centro y la periferia: puede ser asimétrica, colaborativa y respetuosa, o bien horizontal, confrontativa y desafiante.

En este marco, el presente texto propone analizar los ciclos de regionalismo y centralismo en Irán desde una perspectiva histórica, identificando las diversas transiciones en la relación entre las regiones y el Estado, hasta cuestionar si actualmente el país se encuentra en los márgenes de una nueva etapa de tensión estructural.



Friso de arqueros del Palacio de Darío en Susa. Ladrillos silíceos vidriados, circa 510 a. C. (crédito: Louvre Museum).

Primera etapa: El Imperio Persa

Para comprender las tensiones entre las fuerzas regionalistas y centralistas en la historia iraní, es indispensable remontarse a la formación del Imperio persa y a las grandes dinastías que dominaron el territorio. Los Imperios aqueménida, parto y sasánida no fueron simples eslabones en la cronología imperial, sino auténticas estructuras políticas que instauraron prácticas administrativas y de gobierno capaces de moldear tanto las expectativas del poder central como las aspiraciones de autonomía regional en la zona.

La dinastía aqueménida fue la primera y más extensa del Imperio, vigente entre el 550 a. C. y el 330 a. C. Fundada por Ciro el Grande, alcanzó su mayor esplendor bajo el reinado de Darío I. De acuerdo con Kuhr (2010), este periodo se caracterizó por un proceso de centralización sofisticada, en el que, gracias al poder consolidado en Ciro y Darío, la autoridad absoluta se concentraba en la figura del ‘Rey de reyes’. A ello se sumaba el sistema provincial de gobernadores, conocidos como sátrapas, responsables de administrar cada provincia, recaudar impuestos y aplicar justicia. Esta organización facilitó la gestión ágil y eficaz de la diversidad étnica del imperio, apoyándose en redes de comunicación eficientes, un mecanismo de control ejercido por los inspectores reales y la garantía de la funcionalidad de las instituciones locales (Briant, 2002). Si bien durante la dinastía aqueménida se reconoce una fuerte presencia del poder central, este en realidad se sustentaba en la figura del rey y en la labor de intermediarios regionales, los ya mencionados sátrapas. Para algunos autores, el carácter híbrido del sistema no respondía a una incapacidad de dicho poder central, sino a una estrategia deliberada para gobernar un territorio tan vasto mediante

mecanismos de control estratégicos (Dandamaev, 1989). Sin embargo, tras la conquista macedonia y la inestabilidad que esta generó, surgió el Imperio parto o arsácida (247 a. C.-224 d. C.), considerado por muchos como una etapa marcada por la descentralización, en la que príncipes y élites locales fueron quienes garantizaron la cohesión política.

Las estrategias de control del Imperio se sustentaron en la delegación de amplias facultades militares y fiscales a potentados regionales, práctica muy similar a la empleada por la dinastía aqueménida. Este esquema derivó en el surgimiento de soberanías locales y, en consecuencia, dificultó la consolidación de un control burocrático uniforme, como señala Benjamín (2018). Posteriormente, con el ascenso de los sasánidas (224-651 d. C.), se emprendió un proyecto de reconstrucción imperial que privilegiaba la centralidad del monarca, una mayor cohesión de la burocracia estatal y el uso estratégico de la unidad religiosa basada en el zoroastrismo. En materia fiscal, se reforzaron las instituciones financieras mediante una intervención más directa del poder central sobre regiones que antes gozaban de autonomía (Daryaei, 2009). Estos periodos, considerados fundacionales para las administraciones posteriores en territorio iraní, permiten entender no solo las particularidades socioculturales que lo caracterizan, sino también los distintos sistemas aplicados y cómo sirvieron de base para la conformación de las estructuras administrativas del Estado moderno. Tanto los Imperios aqueménida y sasánida, que evidencian ciclos de centralización estatal, como el periodo parto, que ofrece una visión del regionalismo, resultan indispensables para comprender la aplicación de políticas centralizadoras en la actualidad y su constante tensión con prácticas de autonomía regional.



Pintura de la batalla de Chaldiran (1514) en la sala de audiencias central del palacio Chehel Sotoun en Isfahán, Irán. (Crédito: Amir Pashaei)

Segunda etapa: De la transición imperial a la prenatal

Durante esta etapa, la configuración del orden político en Irán, aunque sustentada en los antiguos imperios, se caracterizó por un aprendizaje constante entre la herencia del pasado histórico y el esfuerzo por incorporar nuevas prácticas que aseguraran la permanencia del poder central. En este contexto destaca la era safávida (1501-1722), reconocida por sus grandes aportes a la construcción de una identidad nacional unificada. Del periodo destacan los centros de poder enfocados en consolidar la autoridad real en un territorio geográficamente fragmentado, con un funcionamiento basado en el equilibrio entre las fuerzas centralizadoras y las fuerzas de las élites periféricas (Zandiyeh, 2022).

Como reminiscencia del pasado imperial, en este periodo destacaron los *valí* o gobernadores locales, quienes ejercían funciones jurídicas,

fiscales y militares con distintos grados de independencia. Como señala Matthee (2015), esta estructura permitía mantener la paz sin imponer una administración directa, respetando las instituciones locales ya existentes. Se trataba, entonces, de un centralismo delegado que, aunque otorgaba legitimidad a través del nombramiento, en la práctica dejaba la ejecución de los mandatos y el poder efectivo en manos de las autoridades regionales. Un ejemplo de ello fue el reinado de Shah ‘Abbás I, quien impulsó reformas para fortalecer la burocracia central, limitando la autoridad de los *Qizilbash* mediante el uso de los *Ghulāms*¹. No obstante, Zandiyeh (2022) sostiene que, finalmente, las reformas centralizadoras solo se lograron a través de concesiones a las prácticas locales.

Un aspecto relevante es que, aunque existía un gobierno central sólido, la forma en que este se manifestaba en cada región variaba entre una y otra, lo que encaja con el panorama de un ciclo de regionalismo. En Lorestán, por ejemplo, la estabilidad dependía de alianzas familiares que reducían la injerencia del centro, mientras que en Kurdistán el gobierno permaneció prácticamente independiente bajo la dinastía de los Ardalan (Kiani, 2014). Con la caída del Imperio safávida se abrió una etapa de fragmentación caracterizada por la presencia de invasores y reconquistadores, durante la cual, Nader Shah Afshar —fundador de la dinastía afsárida— consiguió establecer cierto control central mediante campañas militares, aunque tras su muerte quedó en evidencia la fragilidad del orden imperial.

Con la llegada de la dinastía Qajar —a finales del siglo XVIII y durante el siglo XIX— se abrió la posibilidad de una mayor centralización, al intentar fortalecer un aparato central articulado en ministerios y redes de control. Sin embargo, el dominio total resultó inalcanzable, pues, como señala Meredith (1971), la limitada capacidad del centro para imponer una administración rigurosa lo obligaba a ceder parte de su poder a intermediarios y al clientelismo. Esta persistencia de arreglos híbridos, entre una centralidad más bien simbólica y la resiliencia de las élites locales, ayuda a explicar por qué proyectos contemporáneos de centralización han resultado difíciles de concretar.

¹ Los *Ghulāms*, cuyo nombre en árabe significa ‘sirviente’, fueron empleados para contrarrestar la influencia de los *Qizilbash*, tribus de habla turca que llegaron a desempeñar un papel decisivo en el control local del imperio (Savory, 2025).



Retrato oficial de Shahanshah Mohammad Reza Pahlaví (1919-1980), alrededor de 1973 (crédito: Ghazarians vía Wikimedia Commons).

Tercera etapa: Hacia la nacionalización y las bases de un futuro centralismo

La cristalización del Estado iraní en el siglo XX se vincula en gran medida con la figura de Reza Shah (1878-1944) — también conocido como Reza Pahlaví o Reza Khan— y con su propósito de construir un poder central capaz de transformar, someter e incluso absorber las autonomías que habían persistido durante siglos. Este proceso, lejos de reducirse a una mejora técnica de la infraestructura, se enfocó en la redefinición del pacto político entre las regiones y el centro, lo que, según Sheikholeslami (1982), permitiría consolidar un Estado con el monopolio del poder.

Mediante un ejército profesional y un sistema de reclutamiento obligatorio, Reza Shah convirtió el poder militar en un instrumento coercitivo capaz de desarmar a las fuerzas locales y subordinar la figura del gobernador a la del monarca. A esta estrategia, sostenida en campañas militares, se sumó la implementación de nuevas políticas administrativas que dismantelaron el sistema anterior y exigieron la creación de cargos regulares con perfiles adaptados a las necesidades de la administración (Cronin, 2006). Estas medidas, aunque altamente efectivas, generaron una fuerte resistencia por parte de las élites locales que buscaban preservar su poder.

Si bien el gran acierto de Reza Shah radicó en su política militar, la dimensión cultural y educativa también desempeñó un papel fundamental. En su proyecto de construir una nación persa homogénea, resultaba esencial promover la unificación lingüística y la secularización de la educación. Según Floor (2008), la eliminación de prácticas consideradas sectarias y la creación de escuelas y aldeas bajo una misma lógica de diseño estatal fueron factores clave para establecer las bases uniformes de la nación en formación.

En 1963, el shah Mohammad Reza Pahlaví impulsó un amplio paquete de reformas sociales y económicas conocido como la Revolución Blanca, con el propósito, al igual que su predecesor, de consolidar el apoyo del sector rural a la modernización del país. Aunque se esperaba que estas medidas fortalecieran al régimen, en la práctica generaron descontento entre los campesinos y concentraron los recursos en manos de unos pocos (Abrahamian, 1982).

Es innegable que la era Pahlaví consolidó de manera firme la estructura del Estado, que pasó a desempeñar un papel cada vez más central en el control social y financiero. No obstante, también abrió la puerta a prácticas burocráticas de corte tecnocrático que terminaron por desgastar al régimen hacia 1979. A ello se sumó la asimilación del Estado, ya no mediante el simbolismo característico de otras épocas, sino a través de la coerción como vía de aceptación y legitimación, lo que derivó en lealtades sustentadas en el miedo y en una creciente búsqueda de resistencia.

Cuarta etapa: República Islámica, ¿un paso más cerca?

La Revolución Islámica de 1979 representó un cambio en el orden político, aunque mantuvo la solidez de la estructura central, ahora sostenida en nuevos mecanismos de legitimación y control. Un principio clave es el *Velayat-e faqih*, traducido como ‘la tutela del jurista islámico’, que integra el poder civil y el religioso bajo una misma estructura. A ello se sumó la creación de los Consejos Islámicos Locales o *Shurāhā*, que, en palabras de Keddie (2006), funcionaban como órganos parcialmente autónomos, aunque subordinados a un liderazgo único. Finalmente, se estableció la Guardia Revolucionaria Islámica (IRGC), encargada de ejercer funciones de vigilancia y control social, administrar estructuras económicas y servir de contrapeso al ejército regular.

Los primeros pasos de la República denotan, ante todo, la continuidad de un poder centralizado en un contexto marcado por el regionalismo, al que se añadió el elemento religioso como un nuevo factor de cohesión social. De este modo, el régimen se sostenía no solo en una legitimidad coercitiva, sino también teocrática. Sin embargo, esto no significó el inicio de un régimen centralista, sino más bien regionalista, aunque perfeccionado en sus mecanismos de control periférico.

Autores como Vatanka (2017) y Milani (2012) han sostenido la existencia de un centralismo más organizado, en el que las provincias no ejercen un poder real, sino que funcionan como espacios subordinados al control central. Esto también se refleja en la figura de los gobernadores, nombrados y vigilados directamente por el sistema centralizado, lo que resulta útil para mantener el dominio regional, si bien aún persisten fragmentaciones vinculadas a las minorías étnicas. Ello derivó en una mayor administración de la seguridad por parte de Teherán en las zonas con fuerte presencia de dichas minorías, lo cual, más que resolver un problema histórico, terminó por securitizarlo.

En términos administrativos y fiscales, se reconoce un alto grado de centralización, dado que las provincias dependen de lo que provee el Estado central (Farhi, 2004), a pesar de los intentos fallidos de descentralización. Sin embargo, aunque el sistema muestra ciertos logros en la actualidad, persisten fisuras evidentes, como las protestas de 2009 o las movilizaciones de 2019 y 2022. Las respuestas del régimen, basadas en la represión sistemática y la criminalización de

los manifestantes, han llevado a cuestionar una vez más la desconexión entre las regiones y el centro.

Cabe añadir un punto fundamental: para que exista un ciclo de centralismo, es necesaria una creciente cohesión social, algo que hoy no se refleja en la población iraní. La Revolución Islámica no generó un movimiento unificado, sino que desencadenó una ola de movilizaciones separatistas en las regiones periféricas alrededor del centro persa. Posteriormente, entre las expresiones de mayor intensidad contra el régimen islámico, el movimiento feminista no mostró una identidad social cohesionada: la población civil se movilizó por la muerte de una joven iraní de identidad persa, pero no por la represión que padecen las mujeres pertenecientes a minorías como la azerbaiyana.

Conclusión: ¿El resurgimiento de la primera gran potencia?

Tras esta breve revisión histórica, puede advertirse un patrón de continuidad estructural en el que la centralización del poder aparece como meta constante de la gobernanza en Irán, más allá del régimen político o de las ideologías dominantes. Desde las dinastías antiguas, pasando por las monarquías más recientes, hasta la conformación de la República, la lógica se mantiene clara: concentrar la autoridad y ejercer un control estricto sobre las provincias.

La riqueza de este análisis radica en mostrar cómo, en cada etapa, los mecanismos de control y legitimación han sido creados, reconfigurados y resignificados, adaptándose a



Multitud se manifiesta durante la Revolución iraní en la Plaza Shahyad (crédito: Oficina del Líder Supremo de la República Islámica de Irán).



Ataque de un misil israelí al estudio de transmisión de noticias en vivo de IRIB. (Crédito:Muhammad Berno/Avash Media vía Wikimedia Commons)

las necesidades y problemáticas del momento. La transición de un centralismo basado en la lealtad personal hacia otro sostenido en un entramado ideológico-religioso revela distintos caminos para alcanzar ese objetivo último. En ocasiones, esa oscilación dio lugar a regímenes centralistas como el de la dinastía aqueménida; en otros momentos, se reflejó en dinámicas ‘centralistas’ dentro de ciclos de regionalismo. Desde el siglo XVII, a mediados de la era safávida, Irán ha estado inmerso en un ciclo geopolítico marcado por el regionalismo, lo que ha dificultado consolidar una centralización efectiva comparable con la de los grandes imperios persas.

El resultado actual es un Estado sustentado en la coerción y en el control territorial que, aunque más consolidado, solo logra preservar la unidad nacional mediante el sofocamiento de la disidencia. Sin embargo, la fragilidad estructural persiste en tanto que la legitimidad del régimen sigue siendo cuestionada. Precisamente, la reciente guerra con Israel mostró cómo Irán permanece atrapado en un ciclo de regionalismo, al no lograr proyectar un poder real y duradero hacia el Levante (Araujo, 2025). Del mismo modo, la dinámica de las manifestaciones feministas de 2022, los problemas de seguridad en las fronteras con Pakistán y Afganistán, así como las tensiones en torno al sur del Cáucaso, muestran la existencia de las fuerzas regionalistas.

El país atravesará una nueva etapa de crisis regionalista en la medida en que el régimen islámico continúe debilitándose, como lo reflejan el impacto de la guerra con Israel y las tensiones institucionales y político-militares entre la Guardia Islámica y el ejército regular (Araujo, 2025). Aunque el régimen islamista logró presentarse como una versión mejorada del manejo geopolítico regional en comparación

con la monarquía del Shah, no puede escapar a las presiones ni a los problemas latentes propios de un ciclo de regionalismo. Ello obedece al carácter mismo del sistema islamista, que desde su origen necesitaba consolidar su posición como potencia revisionista.

En primer lugar, el desafío para Irán será encontrar un modelo político capaz de estabilizar al país. Posteriormente, deberá impulsar el desarrollo de una economía nacional y promover la integración de su vasta diversidad cultural, antes de que el desgaste lo conduzca a una fase aún más aguda de inestabilidad geopolítica. Es poco probable que ese nuevo régimen sea religioso; la tendencia apunta, más bien, hacia el secularismo. Sin embargo, poner fin al sistema islamista implicaría dismantelar el entramado geopolítico regional construido sobre los Shurāhā y gran parte del aparato de seguridad política del régimen. Esa posibilidad representa un reto aún mayor, pues obligaría a replantear los cimientos mismos del orden geopolítico, necesarios para que el país pueda volver a centralizar la autoridad en medio de un ciclo de regionalismo. El proceso tomará tiempo, prácticamente el resto del siglo.

Ya desde el siglo XX existen señales de un nuevo ciclo de centralismo en el país, aunque es probable que no logre consolidarse a lo largo del siglo XXI, pues las fuerzas regionalistas continúan siendo sólidas y la economía permanece rezagada debido a las sanciones impuestas al régimen islámico. A esto se suma su expulsión del Levante, que denota su debilidad geopolítica. En paralelo, Turquía se perfila como la potencia regional en ascenso en Oriente Próximo durante las próximas décadas, mientras que el turno de Irán podría no llegar sino hasta el siglo XXII. El país tiene, por tanto, un camino arduo por delante. 🌐



CÓDIGO NEXUS
REVISTA DIGITAL ESPECIALIZADA

¿Quieres colaborar en Código Nexus?

Revisa nuestras bases en
www.codigonexus.com/colaboraciones/

ESCRÍBENOS

informes@codigonexus.com



Soldados de la Guardia Nacional Iraquí (ING) asignados al 405.º Batallón, 50.ª Brigada ING, levantan sus rifles de asalto AK-47 de 7.62 mm en el aire mientras celebran la inauguración de la construcción de sus nuevos cuarteles en An Najaf., Irak, durante la Operación LIBERTAD IRAQUÍ en 2004. (Crédito: USMC vía Wikimedia Commons)

EJÉRCITOS POLÍTICOS Y EJÉRCITOS PROFESIONALES

MISMAS INSTITUCIONES,
PROPÓSITOS DIFERENTES

ANDRÉS ALEJANDRO ARAUJO BERMÚDEZ

Resumen:

Todo ejército tiene el propósito de salvaguardar los imperativos geopolíticos de sus respectivos países. Su interés primordial es asegurar la supervivencia de la entidad político-administrativa a la que pertenecen. Debido a la inmensa influencia que las dinámicas de los ciclos geopolíticos tienen en las sociedades se crean dos tipos de ejércitos: los políticos y los profesionales. Cada uno cuenta con su respectivo propósito, que influye en capacidades técnico-militares y determina el resultado de distintas operaciones militares y jugadas geopolíticas. Esta premisa es fundamental para comprender el potencial de cada Estado en el Sistema Internacional, y que tan lejos realmente podría llegar el ejército de un país.

Palabras clave:

Ejército político, ejército profesional, imperativos geopolíticos, supervivencia, ciclos geopolíticos y propósitos.

Abstract:

Every Army has the purpose of safeguarding the geopolitical imperatives of their respective countries. This implies that their primordial interest is ensuring the survival of the politico-administrative entity they belong to. Due to the immense influence that the dynamics of geopolitical cycles can have over societies, this creates two types of armies: the political and the professional. Each one has its respective purpose and it determines the technical-military capabilities and the results of diverse military operations or geopolitical acts. Understanding this is crucial to comprehend the potential of any State in the International System and how far their military force can take their country.

Keywords:

Political army, professional army, geopolitical imperatives, survival, geopolitical cycles, and purpose.

Una manera de definir al ejército sería como: la institución armada de un país con el propósito de cumplir los objetivos políticos por medio de la fuerza. Esta definición está inspirada en la caracterización de la guerra por von Clausewitz como la “continuación de las relaciones políticas, [o] una realización de las mismas por otros medios” (Carl von Clausewitz, 1832, citado por Miyata, 2021). Es decir, la guerra está intrínsecamente ligada al contexto político y a los objetivos políticos de un Estado o país. En términos geopolíticos, implicaría que las fuerzas armadas están diseñadas para cumplir con los imperativos geopolíticos de su país, es decir, con lo que necesita lograr su Estado para asegurar la supervivencia de su Estado-nación —o país— en un mundo anárquico e inseguro¹.

Cualquier definición que involucre otros elementos no funciona porque, dependiendo del contexto político o geopolítico de un país, sus fuerzas armadas estarán diseñadas para cumplirlo, aunque en muchas ocasiones esto se logre de diferente manera. Todos los ejércitos tienen asignada la tarea de defender la soberanía de su país, es decir, la defensa nacional. Pero aunque el término sea común para

todos los países, lograr dicho objetivo no implica aplicar las mismas técnicas, tácticas o estrategias. Es aquí en donde nos topamos con un dilema de análisis estratégico-militar. Tienden a interpretarse a todos los ejércitos como las mismas instituciones con los mismos propósitos y en ocasiones se tienden a confundir sus papeles. Se les otorgan capacidades con las que no cuentan o se les quitan méritos bajo procesos de estudio erróneos.

La defensa nacional de Estados Unidos no es lo mismo que la defensa nacional de Rusia o de México. Por eso, aunque el ejército de la India sea de gran tamaño y cuente con un arsenal militar impresionante no podrá realizar las mismas tareas que las fuerzas armadas estadounidenses; tampoco el de las francesas o las inglesas, específicamente en cuanto a la capacidad de movilización militar en el extranjero para operaciones de gran escala como la operación estadounidense ‘Libertad Iraquí’ o la operación francesa ‘Barkhane’ en el Sahel. En ocasiones, no reconocer las capacidades de las fuerzas armadas o sus roles geopolíticos en sus países y cómo afectan su operatividad lleva a suposiciones sobre lo que pueden lograr. Se da mayor credibilidad de efectividad y fuerza a varios ejércitos y se les resta crédito a otros.

¹ Anarquía en las Relaciones Internacionales tiene una interpretación diferente a como se usa comúnmente en las Ciencias Políticas: no significa la existencia de un estado de caos y descontrol social o político, sino que se refiere a la ausencia de un orden establecido con un gobierno o una autoridad gubernamental que pueda regular el comportamiento de los Estados a nivel internacional, como una especie de policía internacional. Lo que implica que cada Estado depende de sus propias capacidades y sus propios recursos para su prosperidad, seguridad y supervivencia. Asimismo, la inseguridad no solo implica el estado de sentirse amenazado por un riesgo político-militar evidente, sino por las implicaciones de las diversas posibilidades geopolíticas que se pueden desenvolver, en otras palabras, en este caso hace referencia al miedo a lo desconocido. Por no saber lo que sucederá a futuro se crea la necesidad de que un Estado tenga que percatarse ante diversas posibilidades que hipotéticamente pudieran atentar contra su existencia.



● Pintura realizada en 1842 por Ferdinand Bastin, Julio Michauld y Thomas de la 'Entrada del Ejército Trigarante, Iturbide y los generales del ejército mexicano' a la Ciudad de México en 1821 tras la proclamación de la independencia del Imperio Mexicano. (Fuente: INAH vía Wikimedia Commons)

Es por eso que el objetivo de este artículo es explicar cómo los contextos geopolíticos de un país (determinados por los ciclos sistémicos² en los que se encuentran) pueden influir en las capacidades y estructuras de las fuerzas armadas. Cómo es que, aunque existan ejércitos de carácter político, pueden seguir siendo profesionales. En sí, las etiquetas de ejército político y ejército profesional no tienen que ver con la calidad de entrenamiento, sino con su propósito. Con el objetivo de poder plasmar las bases para diferenciar y realmente criticar a ejércitos que sí carecen de capacidades militares reales.

Para este fin, el presente artículo se divide en tres partes. En la primera parte, Geopolítica y fuerzas militares, se analiza el contexto geopolítico ligado a un ciclo geopolítico de regionalismo y cómo afecta el rendimiento o la estructura de las fuerzas armadas. En la segunda parte, Ejércitos débiles y ejércitos fuertes, se determina qué elementos contribuyen a que los ejércitos

sean exitosos en cumplir sus funciones, con base en los panoramas geopolíticos en los que se encuentran. En la tercera parte, Transformaciones geopolíticas y reconfiguraciones institucionales, se analiza cómo una fuerza militar pasa por el proceso de transformación de ser un ejército político a un ejército profesional, reforzando las características institucionales o políticas de un ejército bajo un ciclo geopolítico de centralismo³.

Geopolítica y fuerzas militares

Existen dos tipos de contextos geopolíticos que determinarán como un ejército está estructurado: el regionalismo y el centralismo. Todos los territorios (se usará el término países o regiones para el análisis) en el mundo pasan por periodos de regionalismo y de centralismo de manera cíclica con periodos de inclinación geopolítica marcada por la centralización del poder estatal

y otra caracterizada por la dispersión del poder entre regiones, lo que fomenta la fragmentación geopolítica. Los dos contextos tienen un profundo impacto no solo en las fuerzas armadas, sino en las estructuras sociales, políticas y culturales de un determinado territorio, región o país. Lo que a su vez influye en los problemas o desafíos que se puedan presentar para los ejércitos, que en sí son un reflejo de la sociedad.

Durante el contexto geopolítico de un ciclo de regionalismo, el poder central que dominó a un territorio durante un ciclo de centralismo se debilita de manera marcada frente al surgimiento de otros poderes regionales. Los grupos de poder también se dispersan y pierden sus nexos con el Estado central. En los casos más extremos la mayoría de los grupos de poder dejan de pertenecer a la infraestructura burocrática o estatal. A causa de este proceso, los intereses, ya sean económicos, sociales o políticos de los centros de poder las regiones⁴ asumen mayor importancia retando a los intereses nacionales o imperiales. Esto lleva a un deterioro de la identidad unitaria, ya sea imperial o nacional. Este fenómeno se refleja políticamente es en la materialización de una fuerte división del poder en el país que contribuye a que surjan diversos grupos con sus propios objetivos políticos que compiten entre sí por el dominio del país.

Un ejemplo sería el México independiente, tanto durante el siglo XIX como en el siglo XX. Antes de que México se independizara ya existía un alza significativa en el regionalismo, con varios centros de poder regionales que buscaban mayor autonomía, no solo de Madrid (capital del Imperio español) sino también de la Ciudad de México (la capital del Virreinato de la Nueva España). Una vez que se consumó la independencia en 1821 el regionalismo se disparó. Un caso de este regionalismo sería la crisis que se dio en México en 1823 cuando el congreso del entonces Imperio mexicano se paralizó. Lucas Alamán caracterizaba esta parálisis política como la lucha entre diversos intereses regionalistas que ignoraban los intereses de México (Quintanilla, 2003). El entonces emperador mexicano, Agustín I de Iturbide respondió al disolver el congreso y crear una Asamblea Constitutiva, sin embargo, este desafío a los poderes regionales durante su creciente apogeo fue respondido con un golpe de Estado en 1824 (Ávila, 2008/2022). A partir de dicho año, México nunca llegaría a recuperarse debido a que las rivalidades entre los diversos grupos de poder tanto nacionales como regionales solo se acentuaron durante el siglo XIX.

El ejército mexicano difícilmente era un ejército nacional. Sus fuerzas estaban divididas entre facciones políticas o grupos de poder geográficos nacionales o regionales. El colapso del Estado central imperial implicó no solo el inicio de un periodo de caos político que inhabilitó a los gobiernos durante prácticamente todo el siglo hasta 1877, sino volvió más volátil el panorama mexicano. Dado el contexto geopolítico de regionalismo, como era de esperarse, no solo se destruyeron las instituciones políticas y económicas del ancien régime virreinal, sino toda la identidad nacional colapsó.

Un caso similar ocurrió en Alemania después de la Guerra de los 30 Años cuando terminó el poder imperial.

Algunos alemanes como Friedrich Carl von Moser (1766) se refirieran al pueblo alemán como “el rompecabezas de una constitución política, presa de nuestros vecinos, objeto de su desdén sobresaliente en la historia del mundo, desunidos entre nosotros, débiles por nuestras divisiones, fuertes lo suficiente para dañarnos a nosotros mismos, impotentes para salvarnos a nosotros mismos...” (citado por Schulze, 1991). Lo mismo sucedió en China durante el siglo XIX, cuando comenzaba su ciclo de regionalismo, por lo que se descartaron por completo las cuatro viejas: viejas ideas, viejas costumbres, viejos hábitos y vieja cultura (Ceceña, 1966; Cornejo, 2022/2010).

También propició un creciente antagonismo hacia las identidades regionales o de las minorías culturales, lo que contribuyó a la adopción de un nacionalismo etnocéntrico enfocado en el mestizaje. En Turquía sucedió lo mismo cuando se desmoronó el Imperio otomano y se adoptó un nacionalismo etnocéntrico turco secular, aunque la identidad políglota otomana ya se había debilitado siglos antes. La crisis de la Primera Guerra Mundial fue un catalizador que empeoró el regionalismo en los dominios otomanos. El regionalismo geopolítico siempre genera diversos choques y rupturas sociales y políticas, que tienden a institucionalizarse.

La Ciudad de México tuvo que luchar contra una gran multitud de movimientos separatistas en diversos estados y regiones, desde Texas hasta Yucatán y Centroamérica. Con el tiempo, el ejército mexicano reflejó esto en la división lingüística. Los oficiales y jefes militares hablaban español y otros idiomas de origen europeo —i.e. inglés o francés— y cantidades significativas de la infantería hablaban náhuatl, zapoteco, mixteco, otomí u otras lenguas indígenas, dificultando la comunicación (Fowler, 2022).

El panorama de regionalismo que dominó a México durante el siglo XIX incluso afectó su capacidad de luchar contra Estados Unidos. Cuando este país invadió México, hubo estados que no aportaron a la defensa del territorio, por lo que de cierta forma, Estados Unidos no se enfrentó al ejército de México, sino al ejército de la Ciudad de México y a las fuerzas militares de los estados en donde se peleó. Esta división fue precisamente una de las vulnerabilidades que los estadounidenses aprovecharon durante la guerra, similar a como los españoles aprovecharon la división geopolítica mesoamericana para conquistar México-Tenochtitlan (Araujo, 2024a).

De igual manera, pese a que el cuerpo de oficiales y jefes militares del ejército mexicano que habían tenido adiestramiento castrense durante el virreinato tenían educación militar francesa, la mejor en aquella época, para mediados de siglo, el ejército mexicano se vio deteriorado por las rivalidades políticas. Estas diferencias hicieron indispensable ascender de rango, al grado de general o de oficial del ejército a militares leales o de similar ideología política, con el objetivo de que los presidentes o líderes en el gobierno pudieran asegurar su supervivencia y estancia en el poder. Esta es una práctica castrense implementada en la mayoría de los Estados con sistemas políticos endebles y crecientes panoramas geopolíticos de

² Un ciclo sistémico es un periodo que, dependiendo del tipo de ciclo, tiene una duración aproximada de algunos años, décadas o siglos. Estos ciclos se caracterizan por tener una etapa de inicio, clímax y declive. Cuando un ciclo está terminando, se desarrolla una etapa —o un ciclo completo— de transición para dar paso al inicio de otro ciclo. Todos los ciclos comparten ciertas características o patrones en las diferentes etapas de su desarrollo.

³ Cabe destacar, que el análisis usará a varias fuerzas militares de ejemplo, pero se centrará en el caso mexicano en particular y puede ser aplicado a otros casos.

⁴ Cabe mencionar que un contexto de regionalismo tiende a desarrollarse en países cuyos sistemas políticos son cambiados bruscamente por procesos como guerras o independencias. El tipo de dificultades geopolíticas y el tipo de impactos que pueden tener los conflictos en un país ayuda a identificar estos ciclos geopolíticos.

regionalismo, como el caso de los regímenes políticos en el mundo árabe o la actual Federación Rusa bajo Vladimir Putin. Cabe destacar que estos alineamientos ideológicos, de consanguinidad, culturales o de compadrazgo, afectan las capacidades operativas de un ejército, por lo menos en términos convencionales.

En el sentido identitario, en ocasiones el regionalismo también implica que los ejércitos se van a estructurar a partir de una identidad étnica o religiosa específica, lo que explica el carácter etno-religioso de los ejércitos en Asia o en África, como los ejércitos árabes o el de la junta militar en Myanmar. Esto se debe a que las identidades de las minorías pueden, por razones culturales, religiosas o étnicas, tienen implicaciones en sus perspectivas del mundo (o su cosmovisión, es decir, la visión o concepción del universo, lo que implica percepciones religiosas, de estilo de vida, culturales, etc.) y por ende en cómo perciben la función o el rol de un Estado o gobierno. Es lo que sucede con el islam en Pakistán: los trasfondos culturales de cada grupo étnico en el país tiene un impacto en como se comprende el Corán, lo que causa cambios y modificaciones regionalistas al islam en en el país (Araujo, 2024b).

Una de las razones por la que el proyecto democratizador de Estados Unidos en Irak fracasó fue porque la administración de George W. Bush Jr. no comprendió el ambiente geopolítico iraquí. Previó a la invasión estadounidense en 2003, los árabes suníes dominaron el Estado y el ejército iraquí por décadas, y durante su dominio aplastaron los intentos de los árabes chiitas y de los kurdos por empoderarse o incluso separarse. Cuando los estadounidenses empoderaron a los chiitas, otorgándoles el poder de la mayoría por las vías democráticas,

los suníes perdieron su estatus, por no tener ellos mismos un lugar en el nuevo Irak. En especial los militares suníes, se alzaron en contra del régimen democrático dominado por chiitas o fuerzas ideológicamente opuestas a sus objetivos políticos. Precisamente de ese grupo de militares desplazados surgió el Estado Islámico, una fuerza paramilitar terrorista de extremistas fundamentalistas suníes.

Este factor identitario surge por rivalidades históricas y por el hecho de que muchas de las fuerzas regionalistas son precisamente de una etnicidad o identidad específica. En ocasiones los grupos de poder pueden fomentar estas identidades para lograr tener algún apoyo popular para cumplir con sus objetivos, mientras que en otras pueden alinearse a los objetivos políticos que provengan de sus regiones. En sí, los conflictos internos entre diversas regiones o entre éstas y el centro de poder nacional (o imperial) que pueden surgir en varios países son el resultado de las oportunidades que se generan como consecuencia de los panoramas de creciente regionalismo.

Es la razón por la que los mayas en Yucatán lucharon durante 60 años por separarse de México, y por la misma razón las olas de migrantes estadounidenses hacia Texas pudieron generar un movimiento separatista.

Régimen, política y fuerza militar

De esta forma, los ejércitos políticos son las fuerzas militares que surgen durante un ciclo de regionalismo y tienen dos objetivos interconectados: mantener la estabilidad nacional y asegurar los intereses del centro de poder nacional (o imperial). Su propósito no es invadir otros países o expandir el territorio, aunque eso pudiera



Un miembro del Cuerpo de la Guardia Revolucionaria Islámica (CGRI) asiste a un ejercicio militar de las fuerzas terrestres del CGRI en el área de Aras, provincia de Azerbaiyán Oriental, Irán, el 19 de octubre de 2022 (crédito CGRI/WANA).

suceder si lo exige el panorama geopolítico y existe un sistema político que pueda organizar los esfuerzos regionales durante un ciclo de regionalismo, como en el caso estadounidense entre 1776 y 1864. Su objetivo primordial es mantener el territorio que se tiene. Por eso:

[Durante el siglo XX, si] el ejército [mexicano] se hubiera comportado estrictamente como un ejército profesional y apolítico que se movilizara sólo en el caso de disturbios domésticos de gran escala, el presidente habría perdido una capacidad considerable para controlar a los gobernadores estatales. Ambos, el presidente y ... [los gobernadores] habrían perdido un control considerable sobre áreas rurales aisladas. Y, en general, las élites gubernamentales y políticas muy probablemente hubieran tenido que incrementar su dependencia de fuerzas policiales o paramilitares [locales], cuya conducta hubiera sido mucho menos profesional y políticamente más manipulable en contraste con el ejército mexicano contemporáneo. (Ronfeldt, 1975, citado por Ronfeldt, 1985)

Por esta razón, Ronfeldt (1985) explica que la masacre estudiantil de 1968 en México se debió al temor por parte del gobierno federal de las posibles consecuencias geopolíticas como más manifestaciones en las capitales de varios estados, además de las que estaban ocurriendo en la capital. Durante las manifestaciones estudiantiles, el ejército tuvo que desplegar tropas adicionales a la Ciudad de México de diversos estados para lidiar con la magnitud de las de la capital, lo que disminuyó la presencia militar en dichos estados, y de haberse iniciado más protestas los gobernadores pudieron haber creado grupos paramilitares para reprimir las manifestaciones (Ronfeldt, 1985). Lo que habría resultado en que el Estado central (es decir, el gobierno mexicano) perdiera su monopolio de la violencia y sobre el poder militar. La misma lógica aplica en el caso de la masacre de la Plaza de Tiananmen en 1989 en China. Claro, esto no justifica las represiones, pero sí ayuda a entender la actuación de los gobiernos y el papel que deben asumir los ejércitos ‘políticos’ durante tiempos de regionalismo geopolítico en sus países.

Esto, sin embargo, no significa que los ejércitos ‘políticos’ siempre busquen mantener vivos a los regímenes. Estos ejércitos podrían estar altamente ideologizados o politizados, pero su objetivo primordial es mantener la estabilidad y defensa nacional (Araujo, 2024c). La estructura de las fuerzas militares dependerá en gran medida de los mismos regímenes. Por ejemplo, en el caso de países como la República Democrática Popular de Corea o la República Islámica de Irán, en donde estos regímenes se lograron entremezclar con la seguridad nacional y estructurar sus fuerzas armadas, se crearon instituciones leales al régimen. En el caso de Corea del Norte es todo el aparato militar, mientras que en Irán serían los Cuerpos de la Guardia Revolucionaria Islámica, creados específicamente para contrarrestar al ejército nacional en caso de alguna crisis sociopolítica nacional que atentará contra el régimen islámico.

Sin embargo, el problema surge cuando un régimen se vuelve una amenaza a la estabilidad nacional y a la defensa nacional, en un caso extremo. Entonces puede darse un cambio en la mentalidad de las fuerzas armadas, las cuales podrían optar por sacrificar al régimen a favor de la

estabilidad y paz del país. Cuando el Shah fue derrocado, en parte por sus políticas represivas y la crisis económica que había impuesto sobre la población civil iraní, rápidamente el país experimentó conflictos separatistas o regionalistas y una invasión por parte de Irak, solo la voluntad del ejército nacional iraní en permitir que el régimen Islámico fuera a gobernar Irán es que se recuperó la estabilidad y paz nacional después de ganar la Guerra de Irán-Irak. A través de la historia hay cuantiosos ejemplos de cómo los regímenes fueron sacrificados: Cuba bajo el dominio de Bautista, el régimen unipartidista del PRI en México y la Unión Soviética.

La esencia del propósito de un ejército político

Los ejércitos políticos deben actuar como fuerzas de seguridad internas. Su labor es vigilar y mantener bajo control a grupos de poder regionales o movimientos sociopolíticos que pudieran alzarse en armas contra el gobierno central. Las crisis que deben evitar los ejércitos políticos son el periodo de caudillismo militar —o de las guerras de los generalísimos— en China; las guerras regionales en Iberoamérica posterior a las independencias, que no terminaron sino hasta el siglo XX; la Revolución mexicana, que se desarrolló más como una guerra civil entre diferentes caudillos; la guerras separatistas chechenas; o las cuantiosas guerras civiles y crisis políticas en España posterior a 1824.

Los contextos geopolíticos de regionalismo simplemente generan riesgos y amenazas internas que atentan contra la integridad o la misma supervivencia del Estado que funge como el remanente de un país o imperio de un ciclo de centralismo geopolítico. Esto crea la necesidad de que los ejércitos esten intrínsecamente envueltos en la política doméstica, como extensiones del Estado central. Esta necesidad abre los ejércitos a corrupción y favoritismo, que se manifiesta ideológicamente, en nepotismo, en tribalismo o en compadrazgos, y a que los ejércitos esten conformados por una identidad específica: religiosa, cultural, étnica, racial o ideológica. Se crean camarillas y alianzas políticas primordiales para el funcionamiento de la infraestructura burocrática y los aparatos de seguridad del Estado.

La vulnerabilidad operacional

Todas estas implicaciones geopolíticas que afectan a los ejércitos políticos también tiene consecuencias en cuanto a su capacidad operativa al exterior. En parte, invadir otro país o irse a la guerra con otro Estado es un mayor riesgo para una nación con un ejército político que uno con un ejército profesional, por lo que reflejan geopolíticamente cada uno. No obstante, esto no significa que un ejército político no pueda tener éxito frente a un ejército profesional. Bulnes (1904/2017), por ejemplo, argumenta que si México hubiera iniciado la guerra contra Estados Unidos en 1830 —año en el cual ya se conocían claramente las intenciones geopolíticas estadounidenses con el norte de México—, México habría ganado la guerra o por lo menos, habría podido mantener más parte de su territorio. Su argumento se basa en dos razones.



Miembros de las fuerzas armadas saudíes durante un desfile militar en Arabia Saudita en 2009. (Crédito: Omar Chatriwala vía Flickr)

Una era que México en 1830 estaba mejor económica, política y militarmente que en 1846 (cuando inició la guerra con Estados Unidos). En ese año el ejército mexicano todavía era más grande que el estadounidense, rondando en los 200,000 (Bulnes, 1904/2017). La segunda era que Estados Unidos no habría podido cubrir los gastos de la movilización de 250,000 hombres, por el gasto que implicaba. Básicamente, México no tenía que ganar sino simplemente quebrar la voluntad estadounidense de seguir luchando y pagando por la guerra (Bulnes, 1904/2017). En prácticamente todos los sentidos, un ejército político tiene todo en su contra.

Existe la posibilidad que un ejército político pueda enfrentarse a uno profesional, pero los obstáculos son más y los costos de perder o sufrir un retroceso son más altos para el primero. Incluso realizar una invasión puede resultar más costosa si se pierde, cuando el imperio o país se encuentra entrando a un ciclo de regionalismo. Cuando la Unión Soviética, con un regionalismo al alza y con un ejército que se estaba convirtiendo en político, con algunos oficiales y generales profesionales, perdió su guerra en Afganistán — Guerra afgano-soviética 1979-1989— terminó sufriendo una humillación político-militar de tal magnitud que perdió la capacidad de mantener unida a la Unión Soviética en medio de una crisis económica y otra sociopolítica, lo que la llevó a su disolución en 1991 (Reuveny & Prakash, 1999). Esto a pesar de ser la segunda superpotencia mundial del siglo XX.

Un caso contrario a lo que experimentó Estados Unidos cuando perdió la guerra en Vietnam. Ambas potencias enfrentaban retos similares: económicos, sociales y militares, pero el contexto de regionalismo y algunos otros problemas estructurales del modelo socioeconómico

soviético, llevaron a resultados totalmente opuestos. Mientras un imperio se recuperó, otro colapsó.

Ejércitos débiles y ejércitos fuertes

Tomando en cuenta cómo es que un contexto geopolítico puede influir en un ejército y el papel que asumirá respecto a la política nacional, es necesario reconocer qué ejércitos realmente pueden considerarse débiles y cuáles fuertes. Normalmente, esto se determina al analizar la manera en la que están compuestos los diferentes niveles de su cúpula militar, su relación con el poder político nacional, su voluntad de acatar órdenes, comando y control, interoperabilidad entre las diferentes unidades, la integración entre doctrina, entrenamiento y sistemas de armamento y los parámetros que se crean para su estructuración castrense —en específico, la forma en la que se aplican para dar forma a la cadena de mando—. Cada uno de estos elementos influye en la efectividad de una fuerza militar.

El problema al momento de comparar ambos tipos de ejército, es que los dos forman parte de distintos mundos. Se podría decir que un ejército profesional siempre estará por encima de un ejército político en la mayoría de las categorías. Pero hay fallas en tal afirmación. Un ejército político debe centrarse en distintos aspectos para asegurar dos objetivos: primero, la seguridad estatal —interna— y luego la defensa nacional. Mientras tanto, un ejército profesional se ocupa simultáneamente de la seguridad nacional —externa— y la defensa nacional. A diferencia del político, el profesional tiene mayor posibilidad de ser una fuerza expedicionaria. Pero el tema se vuelve más complejo al determinar qué necesita un país de acuerdo con sus imperativos geopolíticos, y del ciclo en el que se encuentre.

Basándonos en el concepto de defensa nacional, podríamos llegar a la conclusión de que un ejército como el mexicano —de carácter político, pero en transición hacia profesional— es débil, porque carece de la capacidad armamentística convencional para defender al país de una hipotética invasión. Sin embargo, el ejército mexicano, dado su contexto geopolítico, no necesita ser una fuerza convencional. Han sido bajos los riesgos político-militares y el país ha optado por las vías diplomáticas —ya sea respecto a Estados Unidos, el Caribe o Centroamérica— para evitar escenarios que exigieran una gran inversión en recursos militares. Asimismo, el ejército mexicano de carácter político logró evitar que el país se sumergiera en crisis de inseguridad prolongadas como la Revolución Mexicana por casi 70 años.

Para realmente visualizar la diferencia entre un ejército capaz y uno débil, aplicable a ambas formas de ejército, es necesario analizar las siguientes áreas: Comando y estructura institucional; Logística: Fusión del poder económico y militar; y Disciplina y cohesión castrense. Solo así se podrá crear una adecuada conceptualización de ambos ejércitos.

Comando y estructura institucional

El problema en cuanto a un ejército político es que en muchos casos se crean condiciones y contradicciones que podrían ser problemáticas en un ejército profesional, pero necesarios para uno político. Un ejemplo sería la composición de un cuerpo de oficiales y jefes militares.

En circunstancias normales, se debe tomar en cuenta la educación militar para otorgar un ascenso, con tal de que el oficial o jefe militar pueda cumplir con sus tareas dependiendo de su rango. Ya que, de no hacerlo, se carecería de la capacidad de administrar a las fuerzas y manejar la planeación estratégico-militar, especialmente en tiempos de crisis como guerras o revoluciones armadas.

No obstante, dado el contexto geopolítico, en ocasiones se debe priorizar el ascenso con base en aspectos políticos, ideológicos, culturales, étnicos o aristocráticos. Esto con el propósito de brindar mayor estabilidad al sistema político y dar más control al gobierno central sobre las fuerzas militares. Así se asegura la cohesión institucional y política. Sin embargo, incluso bajo estas circunstancias, debe haber un balance, que dé lugar a la capacitación. De no hacerlo se corre el riesgo de que la priorización ideológica, cultural o política puede ir en detrimento para la seguridad y estabilidad del mismo sistema. Casos como el del ejército saudí es un ejemplo de ello, sacrificando demasiado la educación militar y la capacidad a favor de la aristocracia. Con esto, se crea una institución capaz de mantener control bajo circunstancias geopolíticas, naturales, económicas y sociales favorables, pero ¿qué podría suceder si las circunstancias se vuelven negativas?

Un ejército político que sacrifica demasiado la formación castrense por favoritismo político, cultural o ideológico, se vuelve sumamente vulnerable ante crisis de gran escala. Ese fue el caso del ejército iraquí. Saddam Hussein era

una figura política astuta que podía asegurar el control sociopolítico en su país, pero carecía de formación castrense y no delegaba tareas a los mandos militares (Woods et al., 2006). Por ende, su invasión a Irán fracasó al dispersar al ejército en tres direcciones, al sur, este y noreste. Aunque, su objetivo inicial era sólo tomar la provincia de Juzestán —por los campos petroleros, el acceso al mar y la población árabe— separó sus fuerzas en tres áreas: norte, centro y sur (Bucknam & Esquivel, 2001).

En la Guerra del Golfo y en la invasión estadounidense en 2003 los iraquíes no tomaban la iniciativa, a pesar de que tenían el armamento y el equipo. Eligieron posiciones defensivas sin considerar maniobras del enemigo o posicionaron el ejército en posturas defensivas sin capacidad de sostener el territorio con un gran impacto en el rendimiento militar iraquí. En todos los casos, Hussein fue advertido por sus altos mandos militares. Difícilmente habría ganado la guerra contra Estados Unidos, pero su apuesta por una cadena de mando con mejor formación y sin intervenciones políticas habría evitado una derrota aplastante en las tres guerras: Irán-Irak, del Golfo, y la invasión estadounidense del 2003.

En un sentido político, el ejército iraquí era altamente apto para mantener la seguridad interna, logró destruir todos los levantamientos armados, como el kurdo en el norte y el chiita en el sur. Pero lanzar al ejército iraquí a campañas militares fuera de su alcance perjudicó al ejército, el liderazgo personalista de Saddam Hussein tampoco ayudó. Un cuerpo de oficiales mal conformado por individuos que no son aptos o un mando militar paralizado por el poder político de forma que afecte la toma de decisiones militares en un sentido técnico, táctico o estratégico puede perjudicar a cualquier ejército, más a uno político que es en esencia más vulnerable.

Por último, un aspecto crucial de una fuerza militar es su cadena de mando. En este caso, ejércitos tanto políticos como profesionales pueden variar en cómo se delegan órdenes y que autoridad se otorga a cada nivel de la cadena de mando, las cuales pueden ser descentralizadas o centralizadas. Aunque la estructura centralizada tiende a ser más prominente en ejércitos políticos con el objetivo de aumentar el control sociopolítico del gobierno central sobre las unidades militares y evitar levantamientos armados o motines. Esto puede servir para reforzar la seguridad interna, pero en una guerra puede resultar perjudicial. Es una de las razones por las que el ejército irsaeli ganó todas sus guerras convencionales contra los Estados árabes.

Una cadena de mando descentralizada permite que las fuerzas de combate se puedan adaptar más rápido a los cambios en el campo de batalla, con una mayor libertad de maniobra. Mientras que una cadena de mando centralizada, aunque permite un mayor control de las unidades militares y así ofrece mayor seguridad interna, puede llegar a perjudicar los esfuerzos militares en una guerra al limitar la toma de decisiones a unos pocos, que en ocasiones están desconectados del frente.

Logística: Fusión del poder económico y militar

Otro aspecto importante es el manejo de la logística. En discusiones militares normalmente se tiende a decir que los novatos hablan de combate, mientras los expertos hablan de logística cuando se trata de la guerra. Esto se da porque en esencia ningún ejército puede luchar sin suministros. En la mayoría de los casos de derrotas político-militares aplastantes, el problema de fondo es la logística (Araujo, 2025). Si un ejército no es reabastecido el pánico comienza a apoderarse de las tropas y el combate se vuelve imposible, como dice acertadamente Ryan McBeth (2024).

“La logística es el puente entre la economía de la nación y las operaciones tácticas de sus fuerzas de combate. Obviamente entonces, el sistema logístico debe estar en armonía, tanto con el sistema económico de la nación como los conceptos tácticos y ambientales de las fuerzas de combate” (Eccles, 1959, citado por Wissler 2018). Es por eso que Miyata (2021) afirma que la economía y la guerra están intrínsecamente fusionadas, “la geografía y los caminos que sostienen las líneas de comunicación militares también son las de intercambio económico”.

La mayor parte de las capacidades militares se sostienen a base de logística: la capacidad de dar mantenimiento o mover equipo e instalaciones, y a fuerzas de combate para que puedan operar al máximo de sus capacidades. En sí, la logística es la espina dorsal de cualquier fuerza militar. Los ejércitos políticos, específicamente aquellos encaminados a volverse políticos, son los que más dificultades enfrentan al momento de administrar la logística. Esto no se debe sólo a falta de formación castrense para administrar los recursos y los flujos de los suministros, sino a que los conflictos políticos que comienzan a surgir, ya sea entre facciones políticas o entre mandos aristocráticos y profesionales comienzan a desgastar la cohesión, coordinación y la cooperación.

Asimismo, cuando un Estado entra a un ciclo de regionalismo tiende a perder el acceso a los recursos de diversas regiones, y a limitar lo disponible para cualquier esfuerzo militar. Por ende, si “la guerra y la economía son componentes de la totalidad del estado-nación” como escribe Miyata (2021), entonces cuando este sufre una crisis que fragmenta su geografía política y económica, la logística militar sufre el daño colateral.

Esto no significa que un ejército profesional no enfrente estos problemas. Ciertamente tanto Alemania como Rusia tuvieron problemas logísticos durante las guerras mundiales debido a la carencia de infraestructura para el transporte. No obstante, las dificultades logísticas son más notorias por razones políticas en un país en un ciclo de regionalismo.

Disciplina y cohesión castrense

En última instancia, se encuentran situaciones como el entrenamiento, pero lo más importante la disciplina y la cohesión castrense. Si un ejército cuenta con buena disciplina, que no tiene que ser brutalista, puede haber cohesión y respeto, lo que permite mayor cooperación

y coordinación entre los diferentes rangos dentro de un ejército. En cambio si el soldado raso se enfrenta a humillaciones, maltratos o a un entrenamiento que busca implementar la brutalidad para crear ‘soldados formidables y obedientes’ pueden crearse fricciones entre la infantería y sus mandos, como sucede con Rusia en Ucrania (Wasielewski, 2023; Galeotti, 2024).

En el caso de Rusia en particular, el país carece de un cuerpo de suboficiales, producto de la centralización de su cadena de mando. Wasielewski (2023) refuerza este punto: “una dependencia de la brutalidad para controlar sus propios soldados y asegurar control sobre las poblaciones ocupadas han exacerbado factores en el ejército ruso que son detrimentales para el buen orden, la disciplina, la moral y la cohesión de unidad”. Más aún, el rango de suboficial —o sargento— también tiene graves implicaciones sobre el ejército ruso, similar a lo que sucede con otros ejércitos que se han formado siguiendo el modelo soviético.

El modelo soviético fue en gran medida producto del modelo imperial zarista. Un régimen fuertemente aristocrático y jerarquizado, que nunca impulsó la creación de un cuerpo de suboficiales —no aristocráticos— que sirvieran como conectores entre la tropa y los oficiales. Por eso los rusos han dependido de los oficiales subalternos (Wasielewski, 2023; Galeotti, 2024). Esto delega demasiado trabajo al cuerpo de oficiales subalternos quienes carecen de la capacidad de conectar efectivamente —de forma social y profesional— con sus tropas.

Aunado a esto, también es importante que un ejército cuente con diferentes rangos con diversa experiencia. En Irak, la Guardia Republicana, considerada el baluarte del régimen de Hussein, se vio perjudicada por la política personalista del mismo dictador. En 2001, por ejemplo, Hussein puso al mando de la guardia a su hijo Qusay, quien carecía de cualquier educación o experiencia militar (Woods et al., 2006). Esto evitó que las fuerzas iraquíes pudieran responder eficazmente a la invasión estadounidense en 2003.

Cabe aclarar que en el caso ruso, así como en el iraquí, ambos ejércitos seguían modelos exitosos en cierta medida (Jensen & Klunder, 2001). El ejército soviético, que era profesional durante gran parte del siglo XX, todavía contaba con elementos de un ejército político por el contexto geopolítico y sociocultural del país eurasiático. Pero el modelo militar ruso funcionaba en una época que tecnológica y demográficamente favorecía ejércitos de gran calibre capaces de resistir guerras de desgaste masivas (Galeotti, 2024). El centralismo geopolítico ruso permitía que el país pudiera usar eficazmente el modelo militar centralizado y aristocrático, pero esos mismos elementos se vuelven contraproducentes en un ciclo de regionalismo. En específico por lo que implica para la cohesión y el funcionamiento del aparato estatal.

Más aún, la cohesión en un ejército político es muy diferente a la de un ejército profesional. El profesional, por sus orígenes en el ciclo de centralismo, incorpora varios grupos étnicos. Es decir, son productos de sociedades “inclusivistas”, lo que permite mecanismos para fomentar



Foto de la reunión entre unidades de las Fuerzas Armadas de la Federación Rusa y de la LPR en Novoaidar después del encuentro de sus frentes durante la invasión del territorio de Ucrania. (Crédito: Ministerio de Defensa de la Federación Rusa vía Wikimedia Commons)

una buena cohesión trans-étnica o transcultural, que resulta en ejércitos políglotas funcionales. Por su parte, un ejército político no puede darse semejante lujo sociocultural.

Por ello, los elementos que podrían ser perjudiciales socialmente, como la carencia de un cuerpo de suboficiales con la capacidad para actuar como interlocutores entre “oficiales y hombres enlistados,” se vuelven más problemáticos durante un ciclo de regionalismo geopolítico (Wasielewski, 2023). Las divisiones —incluso lingüísticas y culturales— entre el soldado raso y el oficial son mayores.

Comparación entre el ejército político y el ejército profesional

Un ejército profesional siempre estará por encima de un ejército político en la mayoría de las categorías. Tendrá mayor oportunidad de responder a distintas crisis y puede aprovechar un escenario desfavorable para obtener la victoria sobre un ejército político. Eso no significa que todo ejército político sea necesariamente débil. Entre los dos objetivos primordiales de un ejército político, primero está la seguridad estatal —o interna— y en segundo plano se encuentra la defensa nacional. Un ejército político simplemente por razones culturales, sociales y políticas, empeoradas por los ciclos de regionalismo en su país o territorio, no puede actuar como una fuerza expedicionaria.

Ahí es en donde los ejércitos árabes han fracasado tanto. Muchos de los elementos culturales —como una sociedad igual de jerarquizada que la rusa— que algunos manifiestan como debilidades del modelo militar árabe, no tendrían el mismo impacto si estos países estuvieran en un ciclo de centralismo geopolítico.

En términos geopolíticos, el ejército profesional siempre estará más beneficiado que el político. No obstante, existen ejércitos políticos con buena formación, o por lo menos, con las capacidades militares para cumplir tanto con el primer objetivo como con el segundo. El ejército de la República Popular China, por ejemplo, si bien no podría invadir Taiwán, sí podría defender su soberanía y negar el acceso a territorio a una fuerza invasora, siempre y cuando no surja una crisis geopolítica en China que fragmente el territorio. El ejército mexicano también es un ejemplo de un ejército con buenas capacidades para mantener la seguridad interna. En particular entre 1940 y 2000, pudo evitar otra crisis como las guerras civiles entre 1810 y 1877 o 1910 y 1936.

Consecuencias del error de cálculo

Uno de los mayores errores en la geopolítica internacional respecto al poder militar es confundir a un ejército político con un profesional. Los países con ejércitos más vulnerables estarán más propensos a perder o ser humillados. Serán aquellos cuyos sistemas políticos —aunque puedan fomentar estabilidad al interior— desgasten a las instituciones castrenses y luego las envíen a combatir en el extranjero.

Ese fue el caso de Irak en 1980 y 1991, también fue el de Rusia en 2022 cuando decidió invadir Ucrania. En ambos se dividieron sus fuerzas y ninguno pudo asegurar ni la superioridad aérea o ni la cohesión de sus diversos sistemas de combate y unidades militares para incrementar la maniobrabilidad de sus fuerzas (Jones & McCabe, 2025). Irak no pudo utilizar su fuerza aérea para destruir la fuerza aérea iraní o apoyar a sus tropas invadiendo el país (Kupersmith, 1993).

Rusia tampoco pudo lograrlo. En vez de concentrar sus fuerzas para destruir las ucranianas en el este, específicamente en el área del Donbás, las dividió entre el norte de Ucrania, el sur en las costas cercanas a la península de Crimea y en el este en el Donbás. Por ende, sobre-extendiendo sus líneas de suministro, pero sin contar con toda la infraestructura o los recursos necesarios para poder asegurar una ofensiva continua.

Las consecuencias en ambos casos, el iraquí y el ruso han sido devastadoras. En el caso iraquí el resultado fue el desgaste y la humillación militar, que terminaron sentando las bases para un ejército endeble que colapsó en 2003. En el caso ruso, todavía no se han materializado todas las consecuencias, pero los efectos que ya se han estado produciendo —como la pérdida de poder en el Sistema Internacional, la desmodernización militar y el aumento en el regionalismo en las periferias rusas— ya son preocupantes, y afectarán la futura seguridad y la integridad rusa. Simplemente no se le pueden atribuir tareas o capacidades a los ejércitos políticos que no son suyas por los contextos geopolíticos en los que se forman.

Transformaciones geopolíticas y reconfiguraciones institucionales

Como se mencionó al principio del presente artículo, todos los territorios, ya sean países o regiones —como la península Ibérica— se mantienen entre ciclos de regionalismo y centralismo. A diferencia del regionalismo —caracterizado por la fragmentación—, un ciclo de centralismo está marcado por un Estado —o gobierno— central fuerte que tiene la capacidad de acumular el poder de diversas regiones o áreas para así imponer la unidad a través de iniciativas políticas, económicas, culturales, militares y sociales.

Anteriormente se ha analizado la forma en que una transición hacia el regionalismo puede afectar a un ejército. Ciertos factores sociales y políticos que antes no generaban riesgos, se vuelven debilidades estructurales que amenazan la existencia del Estado y el rendimiento militar. La cohesión interétnica se desvanece y la priorización de la experiencia y formación castrense es reemplazada por la cohesión política, ideológica o intraétnica, es decir, regresa el exclusivismo que dependiendo del contexto geopolítico, cultural y social, se puede manifestar de diversas formas y distintas intensidades. Asimismo, el ejército pierde toda capacidad para proyectar al exterior de forma exitosa y pierde la capacidad de absorber o minimizar el impacto de crisis que resultan de un mal desempeño militar o una derrota. El caso de Rusia en las últimas cuatro décadas es ejemplar de esos problemas.

No obstante, la transición hacia un ciclo de centralismo es totalmente diferente. Debido a que el centro político nacional (o imperial) se fortalece frente a los poderes regionales, influye paralelamente en las fuerzas armadas. Mientras un ejército político funge como una fuerza de seguridad interior (lo que lleva a un deterioro de otras fuerzas de seguridad, como los policías estatales), un ejército profesional funge como una fuerza de seguridad

externa, enfocada exclusivamente en amenazas externas al territorio. Es decir, un ejército político es la fuerza de seguridad del gobierno central, mientras que el ejército político es la fuerza armada de un Estado-nación o un imperio.

Es por eso, que un ejército profesional, a diferencia de uno político, se caracteriza por ser apolítico y solo interviene en crisis internas de alta intensidad, ya que durante los ciclos de centralismo tienden a existir una variedad de instituciones que pueden lidiar con problemas internos de manera eficiente.

Cabe destacar que los ejércitos durante ciclos de centralismo pueden continuar siendo dominados por una etnicidad. La diferencia con un ejército durante un ciclo de regionalismo es que para estos, su composición social y cultural se vuelve prioritaria para determinar el éxito que tendrán al cumplir sus objetivos nacionales o imperiales, específicamente al interior del territorio. En algunos casos de regionalismo, una fuerza militar puede estar compuesta por diversos grupos étnicos y religiosos, pero esto solo funciona si el ejército logra una duradera cohesión y no se enfrenta a crisis que puedan explotar posibles fricciones interétnicas.

Estas diferencias geopolíticas llevan a que un ejército profesional forje una identidad institucionalista, constitucionalista y nacionalista, que reduce el significado de las características culturales, raciales o étnicas de sus miembros, como en el caso de México, Francia, Japón o Estados Unidos. Cada uno de estos casos ha hecho modificaciones a su composición militar. Japón, por ejemplo, eliminó la identidad regionalista de los clanes, para crear una identidad nacional y de esa forma lograr que el ejército imperial fuera leal al Imperio japonés y no a sus clanes de procedencia.

Como es de esperarse, estas transiciones geopolíticas hacia el centralismo siempre generan cambios en los enfoques estratégicos de cada país. La modificación en estos enfoques estratégicos lleva a que se creen diversas instituciones que puedan lidiar con los temas de seguridad interior. Como México se encuentra en una transición de regionalismo a centralismo existe una profunda crisis en la que se busca crear instituciones de seguridad pública que se encarguen de temas de seguridad interior, para que el ejército pase a ser una fuerza expedicionaria y deje de ocuparse de temas de seguridad interna. Esto explica porqué la nueva generación geopolítica de oficiales dentro del ejército se ha caracterizado más por ser tecnócrata y no política; es decir, le deben sus logros a sus méritos y no a sus alianzas o lazos, como la generación geopolítica dominante entre 1936 y 1982 (Ronfeldt, 1985).

De esta forma, el ejército de un país transitando hacia un ciclo de centralismo se vuelve una fuerza que impulsa y respalda, o incluso impone, el proyecto centralista nacional. Se convierte en un instrumento esencial de una creciente cohesión nacional y de eliminación de poderes ajenos al Estado —o gobierno— central. Tiende a ser la primera institución en poner en práctica la unidad nacional o imperial interregional en ascenso.



Miembros de las fuerzas armadas de México durante una ceremonia de graduación del Heroico Colegio Militar. (Crédito: Secretaría de la Defensa Nacional de México)

En conclusión: Ejércitos y geopolítica

Este artículo no tocó a fondo todos los temas que diferencian a los ejércitos políticos de los profesionales. Pero sirve de introducción a un tema crucial para comprender las capacidades y el poder general de un país o una nación. Todo ejército está profundamente marcado por su contexto geopolítico, y sus capacidades no deberían ser medidas solo con base en cómo pueden proyectar poder, lo que muchos consideran cómo el propósito de un ejército.

Asimismo, el análisis de este tema también abre la puerta a una variedad de temas que sirven para los estudios geopolíticos y de Relaciones Internacionales. Miyata (2021), al igual que prácticamente la gran mayoría de los internacionalistas, historiadores y politólogos, comparte la tesis de Clausewitz de que el “Estado-nación [un ente universal y durable] es la base de las relaciones políticas internacionales”, tesis que “ha perdurado hasta la actualidad, ya que el Estado-nación sigue siendo la principal unidad de la política internacional” para muchos. No obstante, la composición y el comportamiento de los ejércitos políticos, es decir, su misma existencia, comprueba que la política internacional sigue siendo altamente compleja.

El Estado-nación surgió como concepto a partir del fortalecimiento del ciclo de centralismo francés y se revitalizó a partir del inicio del ciclo de centralismo alemán. Pero el Estado-nación no es necesariamente el único ente o unidad política en el Sistema Internacional actual. Muchos países como México —y todo el resto de Iberoamérica— sufrieron retrocesos que los regresó a la realidad política de ciudades-Estado o “regiones-Estado”, similar a como sucedió en otras partes del mundo en donde caudillos, caciques y oligarcas tomaron el poder, como en el mundo árabe. En muchos de estos casos, las ciudades-Estado dominantes —como la Ciudad de México o Buenos Aires— crearon prototipos de naciones, para así poder reforzar su control suprarregional, por lo que existen muchos pseudo- o cuasi-Estados-nación.

Clausewitz tenía razón en que la guerra es meramente un medio de comunicación política. El problema que ha emergido en los estudios militares es cómo determinar que esa comunicación o continuidad de la política se materializa. Un ejército profesional es la continuación de la política de un Estado bajo un ciclo de centralismo. Un ejército político es la continuación o manifestación de la comunicación política de un Estado bajo un ciclo de regionalismo geopolítico. Ambos tienen implicaciones drásticamente diferentes. 🌐



Protek Group está enfocado en productos innovadores de alta tecnología, empezando desde cero con el desarrollo de productos de ideas patentadas y usando todos los recursos de nuestras 3 subsidiarias para poder producir nuestros productos en masa.

DISEÑO DE PRODUCTOS

El equipo de diseño de Protek Group se encarga de trabajar los aspectos visuales, funcionales y estructurales del diseño de cualquier producto. Inclusive, Protek se encarga de los diseños 3D de cualquier producto.

DISEÑO DE MOLDES

Los moldes que maneja Protek Group son de plástico, metal y/o de silicon para poder diseñar las diferentes partes de cualquier producto de nuestros clientes. Estos moldes pueden ser producidos en masa en el departamento de moldes de Protek Group.

PRODUCCIÓN DE ELECTRÓNICOS

Protek diseña y produce, en el departamento de producción de electrónica, todos los componentes electrónicos, incluidos los PCB, las baterías, las bombillas, los motores, etc. que requieran los productos de los clientes.

ENSAMBLAJE

Protek se encarga del ensamble final de todos los componentes y de los embalajes del producto del cliente. Dicho proceso se lleva a cabo en nuestra línea de ensamble, donde se llevan a cabo estrictos procedimientos de control de calidad previos al envío.



+86 (15) 079-234-381



sales01@protekgoods.com



Ciudad Fuzhou, Provincia Jiangxi,
China. C.P. 344999



www.protek-tech.com

EL *HALLYU*, COREA DEL NORTE Y LA RECONFIGURACIÓN GEOPOLÍTICA EN ASIA DEL ESTE

UNA REVOLUCIÓN A ESCONDIDAS

PATRICIA MONSERRAT GONZÁLEZ DE LA TORRE

**Resumen:**

El *hallyu* ha penetrado en el sistema norcoreano, debilitando su aparato ideológico mediante el consumo clandestino de contenidos culturales surcoreanos. El fenómeno ha provocado fracturas sociales internas y reconfigurado dinámicas geopolíticas en Asia del Este. Como forma de poder blando, actúa de manera silenciosa, pero con efectos estratégicos significativos que posicionan a Corea del Sur como un actor regional influyente. Más que simple entretenimiento, el *hallyu* se revela como una herramienta de transformación política y simbólica.

Palabras clave:

Hallyu, Corea del Norte, Corea del Sur, Asia del Este y geopolítica.

Abstract:

Hallyu has penetrated the North Korean system, weakening its ideological apparatus through the clandestine consumption of South Korean cultural content. This has triggered internal social fractures and reshaped geopolitical dynamics in East Asia. As a form of soft power, it operates silently but with key strategic effects, positioning South Korea as an influential regional actor. More than mere entertainment, *hallyu* emerges as a tool of political and symbolic transformation.

Keywords:

Hallyu, North Korea, South Korea, East Asia, and Geopolitics.

Es innegable la revolución que ha significado el *hallyu* u ‘ola coreana’ a nivel mundial, al convertirse en el ejemplo de cómo una estrategia de diplomacia pública bien diseñada permitió que un país territorialmente pequeño y con recursos limitados se posicionara como potencia global, con implicaciones geopolíticas tangibles. Sus efectos, como se analizó en *Implicaciones geopolíticas del Hallyu* (González, 2025a), han generado una notable riqueza económica y política para Corea del Sur. Sin embargo, la influencia del fenómeno ha comenzado a abrirse paso en espacios más herméticos y resistentes, como Corea del Norte, donde ya se observan señales de que el *hallyu* empieza a sentar las bases de un profundo cambio geopolítico.

A pesar del riguroso aparato de censura y el constante adoctrinamiento, el régimen norcoreano, en su contacto con el fenómeno del *hallyu*, ha mostrado señales de resquebrajamiento y una creciente incapacidad para mantenerse intacto en su aislamiento ideológico. El continuo ingreso de los productos culturales surcoreanos en la esfera norcoreana ha comenzado a minar la legitimidad simbólica del gobierno, llevando a las nuevas generaciones —que son en su mayoría quienes acceden a estos contenidos, aunque de forma clandestina— a cuestionar, casi siempre de

manera accidental más que confrontativa, los lineamientos ideológicos del país frente a narrativas, estéticas y valores distintos, e incluso opuestos, a los promovidos por el Estado (Lee, 2024).

Con ello en mente, el presente trabajo parte de la hipótesis de concebir el *hallyu* como una herramienta de reconfiguración geopolítica, es decir, un recurso con poder subversivo que, a través del entretenimiento, ha permitido a Corea del Sur debilitar el contrato social del régimen norcoreano, alterando no solo las dinámicas internas de Corea del Norte, sino también las de toda la región de Asia Oriental.

Más allá de la estrategia del *hallyu*

Es importante aclarar que la ola coreana no surgió necesariamente como una herramienta geopolítica, sino como un recurso diplomático y comercial. Con el tiempo, la órbita cultural surcoreana ha adquirido tal fuerza que se ha transformado en un espacio político-cultural de gran magnitud. Así, un fenómeno que en un inicio respondía a propósitos diferentes está comenzando a generar consecuencias geopolíticas para el estatus peninsular, lo que subraya la relevancia de examinar la hipótesis planteada.



Las estatuas de Kim Il Sung (1912-1994), a la izquierda, y Kim Jong-il (1941/42-2011), a la derecha, en la colina Mansu, en Pionyang. (Crédito J.A. de Roo vía Wikimedia Commons)

Concepción original del hallyu

Para los lectores de Código Nexus, los conceptos ‘hallyu’ u ‘ola coreana’ no resultan desconocidos; aun así, conviene hacer algunas precisiones. Este fenómeno es fruto de la diplomacia pública y cultural de Corea del Sur, sustentada en los productos de su industria creativa, en gran medida concebidos para tener proyección internacional. Desde la presidencia de Kim Dae-jung (1998-2003), el país ha convertido al hallyu en un activo estratégico tanto político como económico, que posteriormente fue reforzado durante los gobiernos de Roh Moo-hyun y Lee Myung-bak, otorgándole a la ola coreana un prestigio de alcance mundial.

Las consecuencias de esta estrategia en el escenario global hoy resultan más que evidentes, pues ha consolidado a los íconos musicales como referentes culturales y, por ende, como instrumentos capaces de suavizar las relaciones entre naciones. A ello se suma la creciente presencia de contenidos digitales, mercancía, gastronomía e incluso del idioma coreano en países como México (González, 2025b). Según el *Soft Power Index 2025*, Corea del Sur ocupa la posición número 12, con un ascenso constante desde hace más de una década gracias a sus innovaciones tecnológicas, pero sobre todo al éxito internacional de sus productos de entretenimiento (Brand Finance, 2025; González, 2025b).

La muralla norcoreana vs. el hallyu

Desde la llegada de Kim Il-Sung al poder, el régimen norcoreano se ha sostenido a través de un aparato ideológico basado en el miedo, la censura, el aislamiento y, por encima de todo, la idolatría dinástica. Conocida como ideología *juche* —o de independencia aislada—, se considera la doctrina oficial del país y ha servido para justificar teóricamente el gobierno autocrático del primer líder de Corea del Norte. En paralelo se pone en práctica el *songbun*, un sistema que determina el valor de una persona en función de los méritos y faltas de sus antepasados y familiares, lo que, a ojos del régimen, asegura a todos los ciudadanos igualdad de oportunidades frente al Estado y su ideal socialista (Amerise, 2024).

La muralla ideológica impuesta por el gobierno a través del *songbun* y el *juche* ha logrado, sin duda, penetrar en la conciencia de los ciudadanos desde su instauración; no obstante, como toda fortaleza, con el tiempo ha comenzado a mostrar grietas, especialmente ante el impacto de la ola coreana. En este sentido, la percepción del hallyu trasciende los beneficios políticos, diplomáticos y económicos que ha representado para Corea del Sur, y se convierte en agente de desestabilización social en el vecino del norte, al cuestionar la verdad e identidad del régimen.

Las fisuras del adoctrinamiento norcoreano

En el libro *North Korea's Hidden Revolution* (2016), la autora Jieun Baek describe la ‘revolución a escondidas’ que tiene lugar en Corea del Norte debido al contrabando de memorias USB y discos duros. Estos dispositivos se han convertido en el principal medio para introducir en el mercado norcoreano contenido extranjero, en especial el producido en Corea del Sur.

Según Baek (2016), un acto para nosotros tan cotidiano como ver un capítulo de una serie surcoreana ha provocado, en la realidad del vecino del norte, una disonancia cognitiva. En otras palabras, genera en las personas sensaciones incómodas derivadas del choque entre la ideología con la que han crecido en Corea del Norte y las perspectivas transmitidas por los productos culturales surcoreanos. De este modo, los espectadores confrontan las narrativas estatales del *songbun* y el *juche* con experiencias de amor, libertad, prosperidad y autonomía personal.

La experiencia puede apreciarse con claridad en dramas como *Descendants of the Sun* o *Crash Landing on You*, que retratan a soldados surcoreanos con cualidades como el heroísmo, prosperidad económica y humanidad. Para un espectador norcoreano, acostumbrado a la imagen de Corea del Sur como una nación decadente y subordinada a Estados Unidos, este contraste resulta abrumador y constituye lo que Choi (2021) denomina un ‘despertar ideológico’.

Gracias a este despertar —posible debido a la existencia de los mercados negros en Corea del Norte—, el consumo del hallyu ha comenzado a hacerse visible en ciertos sectores de la población. El North Korea Strategy Center (NKSC), una ONG dirigida por desertores norcoreanos, señala que algunos jóvenes han empezado a replicar modas difundidas en series y videos musicales (NKSC, 2020). Esta misma tendencia es advertida por Lee (2024), quien además observa que el deterioro del control social

del Estado constituye uno de los factores que contribuye al abandono progresivo del régimen. Para quienes somos ajenos a la realidad norcoreana, tales emulaciones pueden parecer triviales y cotidianas; sin embargo, en un entorno marcado por la hipervigilancia representan una ruptura de normas y una búsqueda por comprender nuevas subjetividades.

Por su parte, en términos económicos, el impacto del hallyu también ha sido considerable, pues ha impulsado el crecimiento del mercado negro, donde los productos culturales adquieren cada vez mayor valor comercial. Autores como Smith (2015) y Lankov (2023) exponen que en mercados informales de ciudades como Sinuiju o Hyesan, el precio de las memorias USB con dramas surcoreanos puede equivaler a varios días de salario. Esto ha derivado en el fortalecimiento de redes económicas fuera del control estatal y en el auge tanto de comerciantes informales como de funcionarios corruptos.

La respuesta del régimen, como era de esperarse, ha sido la represión mediante medidas punitivas. Un caso destacado es la promulgación de la Ley para la Eliminación del Pensamiento Reaccionario, impulsada por Kim Jong-un, que contempla desde trabajos forzados hasta la pena de muerte por la posesión de productos culturales provenientes de Corea del Sur (Rashid, 2024). También se han difundido casos a nivel internacional, como el presentado por Son (2021), quien documenta la ejecución pública de un adolescente acusado de ver la serie *El Juego del Calamar*.

Más allá de evidenciar el poder coercitivo del régimen, estas acciones también revelan su temor a no poder contener el fenómeno. En otras palabras, el incremento de la represión política es más un signo de debilitamiento que de fortalecimiento (Lee, 2024). De manera paradójica, esta misma represión ha despertado una mayor curiosidad entre los jóvenes, pues, como señala Lankov (2023), la cultura proveniente de Corea del Sur se ha convertido en un símbolo de estatus.



El centro de Hyesan en septiembre de 2013. (Crédito: Xundaogong/Xue Siyang vía Wikimedia Commons)



Un mercado negro en Corea del Norte. (Fuente: Infobae)

Algunos desertores han explicado que su acceso a productos del *hallyu* antes de escapar del país marcó un parteaguas en su decisión de huir, al darse cuenta de la disonancia entre las afirmaciones del régimen y lo que realmente sucede en el mundo exterior (Baek, 2016). De hecho, la cantidad de desertores que han estado expuestos al *hallyu* —previo a su escape— ha ido en aumento, especialmente después del arribo al poder de Kim Jong-un (Lee, 2024).

De tal modo que el creciente interés de los jóvenes por dichos productos ha derivado en un silencioso cambio generacional. Estudios de *Liberty in North Korea* muestran que los nacidos a partir de 1995 son ahora menos ideológicos, más escépticos del régimen y cada vez más pragmáticos (LiNK, s.f.). Este viraje, como se mencionó previamente, es posible gracias a los mercados informales, la circulación clandestina de información y los contactos con otros países como China. Así, los productos culturales del *hallyu* dejan de ser simples expresiones de entretenimiento para convertirse en herramientas capaces de reconfigurar aspiraciones generacionales.

El ícono de la fractura: la generación Jangmadang

La llamada generación *Jangmadang* alude a los jóvenes nacidos en las décadas de 1990 y 2000, en pleno surgimiento de los mercados informales —tras el colapso económico derivado de la caída de la Unión Soviética—, los cuales a su vez reflejaban la incapacidad del Estado para garantizar los bienes básicos a la sociedad. Lo distintivo de esta generación es que, para asegurar su supervivencia, debieron recurrir al comercio,

especialmente a la importación de productos chinos y surcoreanos que no se limitaban a alimentos, sino que también incluían bienes culturales. Es decir, el quiebre provocado por el derrumbe soviético en el Orden Mundial Bipolar en 1991 contribuyó a un cambio profundo en la dinámica social y política de Corea del Norte.

En este contexto, el contacto y consumo de los productos culturales emanados del *hallyu* no se reducen a un simple entretenimiento, sino que representan una apertura hacia estilos de vida distintos, con valores aspiracionales contrarios a los promovidos por la dictadura y con modelos de éxito que desbordan el discurso oficial del régimen. Todo ello ha contribuido a profundizar las grietas en la muralla ideológica norcoreana.

La reinterpretación cultural derivada de la exposición a nuevas formas de vestir, de interactuar e incluso de conocer otras prácticas de consumo ha permitido a esta generación redefinir sus identidades (Choi, 2021). El acceso a productos como cosméticos o artículos de cuidado de la piel no solo responde a una demanda de mercado, sino que también simboliza, para quienes los adquieren, la pertenencia a un entorno distinto, gesto que puede ser subversivo, pues contradice el discurso oficial de homogeneidad (Baek, 2016). De hecho, cabe mencionar que ese discurso se enfoca en el control del lenguaje con el fin de mantenerlo lo más apegado posible a lo tradicional y libre de influencias extranjeras, tanto lingüísticas como culturales (Lee, 2024).

El acceso a estos flujos de información —en este caso, productos—, según refieren Denney y Ward (2022),



Conversaciones entre el presidente ruso, Vladímir Putin y el presidente de la Comisión de Asuntos Estatales de la República Popular Democrática de Corea, Kim Jong-un, en Rusia, Vladivostok, Isla Russky. (Crédito: Alexei Nikolsky-Oficina de Prensa e Información Presidencial)

ha funcionado como un catalizador para ampliar las expectativas sociales, profundizando la brecha ya existente entre la visión de vida promovida por el régimen y la posibilidad de un estilo más cercano a las aspiraciones juveniles de Corea del Sur. En última instancia, el acto de consumo no resulta del todo inocente, pues representa una forma de resistencia para esta generación que, sin necesidad de promulgar un discurso político explícito de desarticulación del sistema, sí lo desafía al contradecir en la práctica los lineamientos oficialistas.

No obstante, como ya se mencionó, los contrapesos existentes y el propio gobierno norcoreano no dudan en exhibir su capacidad de reacción frente a la constante entrada de estos productos. El control social y la represión sistemática siguen conformando la barrera más sólida del régimen para frenar el avance de las nuevas aspiraciones de una generación en ruptura, evitando a toda costa que se transformen en una movilización colectiva que ponga en riesgo la estabilidad del sistema. En este sentido, la propia fragilidad del régimen podría provocar un golpe por parte de fuerzas que lo consideren obsoleto frente a los retos del nuevo orden mundial (Araujo, 2025b).

La península como zona de ruptura del orden regional

Con todo lo expuesto, ya no podemos limitar el impacto del *hallyu* a un fenómeno meramente cultural, pues sus efectos trascienden el ámbito interno y alcanzan a alterar los equilibrios geopolíticos en Asia. Tal como sostiene González (2025a), la irrupción del poder blando desplegado por Corea del Sur ha redefinido las dinámicas de poder frente a actores como China y Japón. Esta capacidad de influencia ahora se expande al resto del continente, llegando a incomodar a aquellos que aspiran a ejercer un control ideológico, cultural o sociopolítico.

En materia de seguridad, un eventual debilitamiento del régimen norcoreano podría derivar en un dilema geopolítico para actores como

China y Rusia, que conciben la estabilidad de Corea del Norte como un ‘colchón geoestratégico’ frente a la presencia estadounidense en el sur (Skylar Mastro, 2024). Sin embargo, una continua erosión del control ideológico e incluso el colapso del régimen podrían abrir escenarios antes impensables, como la reunificación de las Coreas.

En términos geopolíticos —tanto internacionales como locales— y económicos, la península ya comienza a resentir las presiones derivadas del tránsito hacia un nuevo orden global (Araujo, 2025a). A la par, las fuerzas sociales y culturales que intensificarán la presión sobre el actual estatus geopolítico coreano empiezan a hacerse evidentes. De esta forma, el *hallyu* actúa como una fuerza desestabilizadora eficaz, capaz de promover transformaciones en el régimen no a través de los medios tradicionales de intervención, sino mediante la erosión gradual de un sistema coercitivo.

Por último, otra de las aristas relevantes al evaluar el impacto del *hallyu* es el activismo transnacional impulsado por los desertores norcoreanos. Organizaciones como Liberty in North Korea (LiNK, s.f.) y el North Korea Strategy Center (NKSC) han recurrido a narrativas inspiradas en el *hallyu* para generar conciencia internacional sobre la situación de los derechos humanos en Corea del Norte, al tiempo que crean redes de apoyo y recaudan fondos. Paralelamente, este activismo también se expresa en la promoción del contrabando de productos culturales hacia el país. De forma que lo que en un inicio eran simples bienes de entretenimiento se transforma en una identidad simbólica, configurada para proyectar una imagen que le permita desvincularse de la que el régimen norcoreano ha intentado imponer bajo el estigma estatal.

Un régimen cada vez más hueco

En este punto, el *hallyu* ya no constituye únicamente un fenómeno doméstico o regional de carácter comercial o diplomático, sino que sus efectos han reconfigurado equilibrios tanto dentro como fuera de Asia del Este, socavando lo que muchos consideraban impenetrable: el régimen norcoreano. No obstante, su impacto debe valorarse con cautela, entendiéndolo como un proceso de cambio gradual en el que la cultura se

mueve en un constante estira y afloja entre las nuevas aspiraciones que se configuran y los mecanismos de control que buscan impedir su asentamiento definitivo.

Al analizar los productos emanados de la ola coreana —ya sean los *k-dramas*, el *k-pop*, la *k-food* o el *k-beauty*— resulta necesario preguntarse qué implicaciones existen más allá de su mera circulación en las calles de distintas ciudades del mundo. Lo que en un inicio surgió como una estrategia de exportación cultural se ha transformado en un factor de profunda incidencia en Corea del Norte, donde una estética, una narrativa y un conjunto de ideas han adquirido un carácter subversivo frente al sistema. Las emociones transmitidas por estas imágenes no solo cuestionan la ideología dominante, sino que también configuran nuevas subjetividades, llegando a representar una amenaza para la propia continuidad del régimen.

Ante los cambios derivados del impacto multidimensional del *hallyu*, el fin del Orden Mundial Bipolar y el debilitamiento de China como potencia económica, es imprescindible destacar dos puntos. El primero es el giro de la política exterior surcoreana: tradicionalmente, Corea del Sur se había caracterizado por mantener una postura hostil frente a Corea del Norte, recurriendo a desfiles militares como respuesta a las demostraciones de fuerza del régimen norcoreano; sin embargo, la orientación actual de su política exterior tiende hacia una actitud más cooperativa en el ámbito diplomático.

Lo anterior responde a una lógica geopolítica particular. Si bien durante la Guerra Fría la amenaza militar del norte siempre estuvo latente, la situación en la península coreana permanecía estable. En la actualidad, el régimen norcoreano

muestra una mayor fragilidad en el ámbito militar, además, el fin de Rusia como superpotencia ha volcado por completo el tablero a favor de Corea del Sur.

A ello se suma el deterioro social y político del régimen, lo que abre la posibilidad de una transformación en Corea del Norte sin necesidad de recurrir a la fuerza militar ni a la coerción económica o diplomática. En otras palabras, Corea del Sur solo necesita esperar a que las dinámicas sociales, económicas y geopolíticas configuren el escenario adecuado, de modo que un simple acercamiento diplomático resulte suficiente para propiciar un cambio en el estatus de la geopolítica peninsular.

El segundo punto es el carácter ambivalente del *hallyu*, que actúa como un arma de doble filo. Este fenómeno ha cobrado vida propia y comienza a mostrar signos de escapar al control del gobierno surcoreano, algo evidente en el activismo social. Así, la ola coreana podría generar fuerzas sociales capaces de impulsar transformaciones políticas que escapen al manejo tanto del norte como del sur. Una situación de esta naturaleza resulta especialmente volátil en el contexto geopolítico de Asia del Este, donde problemas sociales y políticos incontrolables ya han obligado a potencias como Japón a intervenir en la dinámica regional (Araujo, 2025a).

Frente a tantos cambios como la decadencia económica de China, el declive de Rusia, el resurgimiento de Japón y el repliegue estratégico de Estados Unidos, el *hallyu* también podría contribuir a generar presiones geopolíticas y nuevos conflictos, en especial por su evidente capacidad de influencia en la región. Después de todo, una Corea unificada representaría una potencia regional de gran peso. 🌐



Kim Jong-un y su hija asisten a un desfile con motivo del 75° aniversario de la fundación de Corea del Norte, el 9 de septiembre de 2023. (Crédito: KCNA)



@devilsscootersmx

Devils Scooters Mx

info@devilsscooters.com

+52 (33) 2543-1618

@devilsscooters

www.devilsscooters.com

Referencias

El reacomodo mundial

- **Araujo, A. A. (2024).** El siglo norteamericano ¿Qué significa? Código Nexus. <https://codigonexus.com/cuarta-edicion/>
- **Araujo, A. A. (2025a, 22 enero).** Plan México, Trump y la economía mundial: Punto de quiebre. Código Nexus. <https://codigonexus.com/plan-mexico-trump-y-la-economia-mundial/>
- **Araujo, A. A. (2025b, 27 enero).** Comprendiendo el fenómeno “libertario” argentino ¿Cambio de rumbo en Argentina? Código Nexus. <https://codigonexus.com/comprendiendo-el-fenomeno-libertario-argentino/>
- **Araujo, A. A. (2025c, 9 junio).** Dos shocks militares, dos realidades geopolíticas: El regionalismo en India y Rusia. Código Nexus. <https://codigonexus.com/dos-shocks-militares-dos-realidades-geopoliticas/>
- **Araujo, A. A. (2025d, 28 julio).** Las fases de la transición global: Un cambio paulatino, pero geohistórico. Código Nexus. <https://codigonexus.com/las-fases-de-la-transicion-global/>
- **Araujo, A. A. (2025e, 25 de agosto).** El cambio de 180° grados en el Cono Sur ¿Cambios ideológicos o geopolíticos?. Código Nexus. <https://codigonexus.com/el-cambio-de-180o-grados-en-el-cono-sur/>
- **Banco Mundial. (2024a).** Trade (% of GDP) - India. World Bank Data. <https://data.worldbank.org/indicator/NE.TRD.GNFS.ZS?locations=IN>
- **Banco Mundial. (2024b).** Exports of goods and services (% of GDP) - India. World Bank Data. <https://data.worldbank.org/indicator/NE.EXP.GNFS.ZS?locations=IN>
- **Bokhari, K. (2025a, 7 junio).** India's Watershed Election. Geopolitical Futures. <https://geopoliticalfutures.com/indias-watershed-election/>
- **Bokhari, K. (2025b, 7 agosto).** Where India fits into new US strategies. Geopolitical Futures. <https://geopoliticalfutures.com/where-india-fits-into-new-us-strategies/>
- **Correa, A. (2024).** Cadenas globales de valor e integración y el desarrollo económico. En Roza, C. A. (Coord.) & Carrillo, G. (Coord.), *Los retos de México ante las tendencias globales y las transformaciones nacionales* (pp. 65-92). Universidad Autónoma Metropolitana.
- **Data México. (2025).** China. Gobierno de México. <https://www.economia.gob.mx/datamexico/es/profile/country/china-chn?foreignYears2=2025>

- **Deloitte. (2025, 29 de agosto).** Brazil economic outlook, August 2025. Deloitte. <https://www.deloitte.com/us/en/insights/topics/economy/americas/brazil-economic-outlook.html>
- **Department of the Prime Minister and Cabinet [DPMC]. (2023).** New Zealand's National Security Strategy: Secure Together Tō Tātou Korowai Manaaki. National Security Group. <https://www.dPMC.govt.nz/publications/aotearoas-national-security-strategy-secure-together-tatou-korowai-manaaki>
- **Ellis, N. (2025).** Russia-Azerbaijan Tensions: How the Caucasus Power Balance is Changing. Atlas Institute for International Affairs. <https://atlasinstitute.org/russia-azerbaijan-tensions-how-the-caucasus-power-balance-is-changing/>
- **Fondo Monetario Internacional. [FMI]. (2024).** World Economic Outlook: Securing growth amid uncertainty. IMF. <https://www.imf.org/en/Publications/WEO>
- **Fondo Monetario Internacional [FMI]. (2025,julio).** World Economic Outlook Update. Global Economy: Tenuous Resilience amid Persistent Uncertainty. FMI. <https://www.imf.org/en/Publications/WEO/Issues/2025/07/29/world-economic-outlook-update-july-2025>
- **Friedman, G. (2009).** The Next 100 Years: A Forecast for the 21st Century. Anchor Books.
- **Friedman, G. (2020).** The Storm before the calm. America's Discord, the Coming Crisis of the 2020s, and the Triumph Beyond. Doubleday.
- **Hedlund, S. (2024).** Azerbaijan extends its influence beyond the South Caucasus. GIS Reports. <https://www.gisreportsonline.com/r/azerbaijan-influence/>
- **Hedlund, S. (2025).** Kazakhstan bypassing Russia in the Caspian Basin. GIS Reports. <https://www.gisreportsonline.com/r/kazakhstan-caspian-exports/>
- **New Zealand Ministry of Defense. (2023).** Future Force Design Principles (FFDP). New Zealand Government. <https://www.defence.govt.nz/assets/publications/23-0195-Future-Force-Design-Principles-WEB.pdf>
- **Oficina de Información Diplomática [OID] (2025).** Ficha País India. Oficina de Información Diplomática del Ministerio de Asuntos Exteriores, Unión Europea y Cooperación. https://www.exteriores.gob.es/documents/fichaspais/india_ficha%20pais.pdf

- **Pande, A. (2025).** India's Multi-Alignment and Rising Geopolitical Profile. Hudson Institute. <https://www.hudson.org/foreign-policy/indias-multi-alignment-rising-geopolitical-profile-aparna-pande>
- **Prasad, E. (2023).** The future of money: How the digital revolution is transforming currencies and finance. Harvard University Press.
- **Presidência da República. (2024).** Brazil launches new industrial policy with development goals and measures up to 2033. Presidência da República. <https://www.gov.br/planalto/en/latest-news/2024/01/brazil-launches-new-industrial-policy-with-development-goals-and-measures-up-to-2033>
- **Quevedo, J. A. (2023, 11 julio).** México realizará operaciones conjuntas con el USNorthcom a partir de 2030. Infodefensa. <https://www.infodefensa.com/texto-diario/mostrar/436511/2030-mexico-realizara-operaciones-conjuntas-usnorthcom>
- **Secretaría de Energía. (2025, 27 agosto).** México y Brasil refrendan su relación estratégica mediante acuerdos de cooperación bilateral. Gobierno de México. Recuperado el 1 de septiembre de 2025 de <https://www.gob.mx/sener/es/articulos/mexico-y-brasil-refrendan-su-relacion-estrategica-mediante-acuerdos-de-cooperacion-bilateral-406697?idiom=es>
- **Shahbazov, F. (2025, 3 julio).** Kazakhstan Aims to Modernize Military Through Multivector Diplomacy. The Jamestown Foundation, 22 (97). <https://jamestown.org/program/kazakhstan-aims-to-modernize-military-through-multivector-diplomacy/>
- **United Nations Conference on Trade and Development. [UNCTAD]. (2023).** Trade and development report 2023. UNCTAD. <https://unctad.org/publication/trade-and-development-report-2023>
- **Van Wyck, J., Phillips, K., Gilbert, M., McAdoo, M., Xue, H., Srivastava, R., Kuhlmann, K. and Xu, G. (2023).** Harnessing the Tectonic Shifts in Global Manufacturing. BCG. <https://www.bcg.com/publications/2023/harnessing-tectonic-global-shift-in-manufacturing>
- **Vinjamuri, L. & Aydin-Duzgit, S. (2025).** Competing visions of international order. Responses to US power in a fracturing world. Chatham House. <https://www.chathamhouse.org/sites/default/files/2025-03/2025-03-27-competing-visions-international-order-vinjamuri-et-al.pdf>
- **World Economic Forum. [WEF]. (2025).** Navigating Global Financial System Fragmentation. World Economic Forum. https://reports.weforum.org/docs/WEF_Navigating_Global_Financial_System_Fragmentation_2025.pdf

- **Yap, K. (2025).** Vietnam as the globe's next major manufacturing hub. Vietnam Investment Review. <https://vir.com.vn/vietnam-as-the-globes-next-major-manufacturing-hub-122971.html>
- Las instituciones internacionales frente al nuevo mundo**
- **Araujo, A. A. (2023, 14 enero).** ¿Qué pasa en el gigante asiático? El milagro chino, COVID-19, protestas, multi-crisis y Xi Jinping. Código Nexus. <https://codigonexus.com/que-pasa-en-el-gigante-asiatico/>
- **Araujo, A. A. (2025a, 12 mayo).** El fin de China como fábrica mundial: Llegando al final del camino. Código Nexus. <https://codigonexus.com/el-fin-de-china-como-fabrica-mundial/>
- **Araujo, A. A. (2025b, julio).** Napoleón y la Unión Europea: Sueños Inalcanzables. Código Nexus. **3(9).** <https://codigonexus.com/novena-edicion/>
- **Araujo, A. A. (2025c, 14 julio).** Transiciones, incertidumbre y crisis sistémicas: Un mundo inquieto ante un cambio tectónico. Código Nexus. <https://codigonexus.com/transiciones-incertidumbre-y-crisis-sistemicas/>
- **Araujo, A. A. (2025d, 24 julio).** Las fases de la transición global: Un cambio paulatino, pero geohistórico. Código Nexus. <https://codigonexus.com/las-fases-de-la-transicion-global/>
- **BBC News. (2021, 12 mayo).** Covid: Serious failures in WHO and global response, report finds. BBC. <https://www.bbc.com/news/world-57085505>
- **Bruun, G. (2018).** La Europa del siglo XIX (1815-1914) (F. González, Trad.). Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica. (Obra original publicada 1959)
- **Committee on Oversight and Government Reform [COGR]. (2023, 14 diciembre).** Hearing Wrap Up: The World Health Organization's Flawed Framework Must Be Reformed. Committee on Oversight and Government Reform - Press Release. <https://oversight.house.gov/release/hearing-wrap-up-the-world-health-organizations-flawed-framework-must-be-reformed/>
- **Foreign Policy Analytics [FP Analytics] & The Open Society Foundations [OSF]. (2022).** Revitalizing Multilateralism in the Face of Compounding Global Crises. Foreign Policy. <https://revitalizingmultilateralism.com/>
- **Friedman, G. (2010).** Los Próximos 100 Años: Un Pronóstico para el Siglo XXI. Estados Unidos: Anchor Books. (Obra original publicada 2009).
- **Friedman, G. (2012).** La próxima década: Imperio, República y un Mundo Cambiando. Nueva York, Estados Unidos: Anchor Books. (Obra original publicada 2011)

● **Nicolson, H. (2018).** *La Diplomacia* (A. Álvarez, Trad.). Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica. (Obra original publicada 1939).

● **Quesada, D. (2019, diciembre).** La guerra anglo-zulú de 1879: The anglo-zulu war of 1879. *Guerra Colonial*, (5). <https://guerracolonial.oa.urjc.es/index.php/gc/article/view/31/106>

● **Straehle, E. (2024, Julio).** 1848, una revolución europea: Sobre «Primavera revolucionaria», de Christopher Clark. *Nueva Sociedad*, (312). <https://huso.org/revista/312/hay-que-temerle-a-la-extrema-derecha/>

● **Goodwin, R. (2016).** *Spain: The centre of the world 1519-1682*. Reino Unido: Bloomsbury (Obra original publicada 2015).

● **Haass, R. (2020).** *The World: A Brief Introduction*. Estados Unidos: Penguin Press.

● **Hernández-Ávila, M., & Alpuche-Aranda, C. M. (2020).** Mexico: Lessons learned from the 2009 pandemic that help us fight COVID-19. *Healthc Manage Forum*, 33(4), 158–163. <https://doi.org/10.1177/0840470420921542>

● **Pi-Suñer, A., Riguzzi, P., & Ruano, P. (2011).** Capítulo 3: La precariedad del Estado y la vecindad con Estados Unidos: preludio a la intervención europea, 1848-1861. En M. Vega (Coord.), *Historia de las relaciones internacionales de México, 1821-2010: Europa* (Vol. 5, pp. 91–126). Ciudad de México: Secretaría de Relaciones Exteriores.

● **Reynoso, P. (2020, 25 marzo).** What Mexico's response to H1N1 can teach us about coronavirus and future pandemics. *Atlantic Council*. <https://www.atlanticcouncil.org/blogs/new-atlanticist/what-mexicos-response-to-h1n1-can-teach-us-about-coronavirus-and-future-pandemics/>

● **Schettino, M. (2023).** *Cien Años de Confusión: La construcción de la narrativa que legitimó al régimen autoritario del siglo XX*. México: Paidós. (Obra original publicada 2016)

● **World Politics Review [WPR]. (2024).** What's Next for Multilateralism and the Liberal International Order?. *World Politics Review*. <https://www.worldpoliticsreview.com/globalization-liberal-international-order-unsc-reform-multilateralism/> (Originalmente publicado en 2019).

Historia, ciclos y la geopolítica interna de Irán

● **Abrahamian, E. (1982).** *Iran Between Two Revolutions*. Estados Unidos: Princeton University Press.

● **Araujo, A. A. (2025, 23 junio).** El cambio sistémico regional por venir en Oriente Próximo: Parte 2: El fin del eje de resistencia iraní. *Código Nexus*. <https://codigonexus.com/el-cambio-sistemico-regional-por-venir-en-oriente-proximo-parte-2/>

● **Benjamin C. (2018).** The Parthian Empire and the Silk Roads. In: *Empires of Ancient Eurasia: The First Silk Roads Era*, 100

BCE – 250 CE. New Approaches to Asian History. Reino Unido: Cambridge University Press.

● **Briant, P. (2002).** *From Cyrus to Alexander. A History of the Persian Empire*. Estados Unidos: Eisenbrauns.

● **Cronin, S. (2006).** *Tribal Politics in Iran: Rural Conflict and the New State, 1921–1941*. Reino Unido: Routledge / Cambridge-related studies.

● **Dandamaev, M.A. (1989).** *A Political History of the Achaemenid Empire*. Países Bajos: Brill.

● **Daryaei, T. (2009).** *Sasanian Persia. The Rise and Fall of an Empire*. Estados Unidos: I.B. TAURIS.

● **Floor, W. (2008).** *Safavid Government Institutions*. Estados Unidos: Mage Publishers.

● **Keddie, N. R. (2006).** *Modern Iran: Roots and Results of Revolution*. Estados Unidos: Yale University Press.

● **Kiani, G. M. (2014).** The Role of Ardalan's dynasty in Iran's Political Structure. *International Letters of Social and Humanistic Sciences*, 18, pp 76–83 doi:10.18052/www.scipress.com/ILSHS.18.76

● **Kuhrt, A. (2010).** *The Persian Empire. A Corpus of Sources from the Achaemenid Period*. Reino Unido: Routledge

● **Matthee, R. (2015).** Relations between the Center and the Periphery in Safavid Iran: The Western Borderlands v. the Eastern Frontier Zone. *The Historian*, 77(3), 431–463. <https://www.jstor.org/stable/26742928>

● **Meredith, C. (1971).** Early Qajar Administration: An Analysis of its Development and Functions. *Iranian Studies*, 4(2–3), 59–84. <https://doi.org/10.1080/00210867108701411>

● **Milani, A. (2012).** *The Shah*. Reino Unido: Palgrave Macmillan.

● **Savory, R. M. (2025, January 23).** ‘Abbās I. *Encyclopedia Britannica*. <https://www.britannica.com/biography/Abbas-I-Safavid-shah-of-Persia>

● **Vatanka, A. (2017).** *The IRGC and Iran's Policy in the Middle East*. Estados Unidos: Middle East Institute.

● **Zandiyeh, H. (2022).** Floor, Willem. Safavid Government Institutions. *Journal of Safavid Studies*, 1(3), 67–68. doi: 10.22108/ssj.2022.26233

Ejércitos políticos y ejércitos profesionales

● **Ávila, A. (2022).** Capítulo 1: El gobierno imperial de Agustín de Iturbide. En Fowler, W. (Coord.), *Gobernantes mexicanos I: 1821-1910* (Vol. 1, pp. 27–49). Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.

● **Araujo, A. A. (2024a).** El Siglo Norteamericano: ¿Qué

significa? *Código Nexus*, 1(4). <https://codigonexus.com/cuarta-edicion/>

● **Araujo, A. A. (2024b, 22 julio).** La crisis sin terminar de Pakistán: ¿Un proyecto nacionalista al borde del colapso? *Código Nexus*. <https://codigonexus.com/la-crisis-sin-terminar-de-pakistan/>

● **Araujo, A. A. (2024c, 4 agosto).** Crisis postelectoral en Venezuela: ¿Cuánto más puede resistir el régimen chavista? *Código Nexus*. <https://codigonexus.com/crisis-postelectoral-en-venezuela/>

● **Araujo, A. A. (2025, 28 julio).** Las fases de la transición global: Un cambio paulatino, pero geohistórico. *Código Nexus*. <https://codigonexus.com/las-fases-de-la-transicion-global/>

● **Bucknam, M., & Esquivel, F. (2001).** Saddam Hussein and the Iran-Iraq War. En *National War College. National War College*. Recuperado 7 de septiembre de 2025, de <https://nwc.ndu.edu/Portals/71/Images/Publications/Saddam%20Hussein%20and%20the%20Iran-Iraq%20War.pdf?ver=hCUEJe601vWKJoVhDmofiA%3D%3D>

● **Bulnes, F. (2017).** *Las grandes mentiras de nuestra historia: La nación y el ejército en las grandes guerras extranjeras*. Ciudad de México: Editorial Porrúa. (Obra original publicada 1904).

● **Ceceña, J. L. (1966).** Aplastar a los 4 viejos, objetivo del chino de hoy. *Revista Siempre!*, 694. 20–21. <https://jcecena.iiec.unam.mx/node/97>

● **Cornejo, R. (2022).** Hacia un mundo contemporáneo. En Beja, F. B. (Coord.), *Historia mínima de China* (pp. 299–353). Ciudad de México: Colegio de México. (Obra original publicada 2010).

● **Galeotti, M. (2024)** *Forged in War: A military history of Russia from its beginnings to today*. Reino Unido: Osprey Publishing.

● **Fowler, W. (2022, abril).** El Ejército mexicano frente a la campaña de Texas. *Desperta Ferro Historia Moderna*, 57, 20–25.

● **Jensen, K., & Klunder, M. (2001).** *SADDAM HUSSEIN'S GRAND STRATEGY DURING THE IRAN-IRAQ WAR*. En *Defense Technical Information Center*. National War College. Recuperado 7 de septiembre de 2025, de <https://apps.dtic.mil/sti/tr/pdf/ADA441658.pdf>

● **Jones, S. G. & McCabe, R. (2025, 3 junio).** Russia's Battlefield Woes in Ukraine. *Center for Strategic and International Studies*. <https://www.csis.org/analysis/russias-battlefield-woes-ukraine>

● **Kupersmith, D. A. (1992).** *The Failure of Third World Air Power: Iraq and the War with Iran* [Tesis de Maestría, School of Advanced Airpower Studies]. https://media.defense.gov/2017/Dec/29/2001861993-1/-1/0/T_KUPERSMITH_THIRD_WORLD_AIR_POWER.PDF

● **Miyata, F. (2021, 26 marzo).** The Grand Strategy of Carl von Clausewitz. *War Room*. <https://warroom.armywarcollege.edu/articles/grand-strategy-clausewitz/#:~:text=For%20Clausewitz%2C%20%E2%80%9Cwar%20is%20not,force%2C%20to%20accomplish%20political%20ends>

● **Quintanilla, L. (2003).** *El nacionalismo de Lucas Alamán*. (2a ed.). Ciudad de México: Ediciones la Rana.

● **Schettino, M. (2023).** *Cien Años de Confusión: La construcción de la narrativa que legitimó al régimen autoritario del siglo XX*. México: Paidós. (Obra original publicada 2016)

● **Schulze, H. (1991).** The rise of a national culture. En S. Hanbury-Tenison (Trad.), *The Course of German Nationalism: From Frederick the Great to Bismarck 1763–1867* (pp. 43–47). Capítulo, Cambridge: Cambridge University Press.

● **Wasielewski, P. (2023, 31 marzo).** The Roots of Russian Military Dysfunction. *Foreign Policy Research Institute*. <https://www.fpri.org/article/2023/03/the-roots-of-russian-military-dysfunction/>

● **Wissler, J. e. (2018, 4 octubre).** Logistics: The Lifeblood of Military Power. *The Heritage Foundation*. <https://www.heritage.org/military-strength-topical-essays/2019-essays/logistics-the-lifeblood-military-power>

● **Woods, K., Lacey, J. & Murray, W. (2006).** Saddam's Delusions: The View From the Inside. *Foreign Affairs*. https://www.foreignaffairs.com/articles/iraq/2006-05-01/saddams-delusions?check_logged_in=1

● **Reuveny, R., & Prakash, A. (1999).** The Afghanistan war and the breakdown of the Soviet Union. *Review of International Studies*, 25(4), 693–708. Recuperado de <https://faculty.washington.edu/aseem/afganwar.pdf>

● **Ronfeldt, D. (1985).** The Modern Mexican Military: Implications for Mexico's Stability and Security. En *Rand*. Rand Corporation. Recuperado 7 de septiembre de 2025, de <https://www.rand.org/pubs/notes/n2288.html>

● **Ryan McBeth (2024, 11 diciembre).** *Governments collapse slowly then fast? [Video]*. YouTube Shorts. Recuperado 17 de julio de 2025, de <https://www.youtube.com/shorts/LjFLODjDNSA>

El hallu, Corea del Norte y la reconfiguración geopolítica en Asia del Este

● **Amerise, A. (2024).** Qué es el songbun, el modelo social en Corea del Norte que determina la vida de los ciudadanos según su “lealtad” al régimen. *BBC NEWS MUNDO*. <https://www.bbc.com/mundo/articles/c6pk17821r9o>

● **Araujo, A. A. (2025a).** Estado geopolítico de la península Coreana en el siglo XXI: Una incógnita geopolítica y una nueva Asia del Este. *Código Nexus*. <https://codigonexus.com/hovena-edicion/>



- **Araujo, A. A. (2025b, 28 julio).** Las fases de la transición global: Un cambio paulatino, pero geohistórico. *Código Nexus*. <https://codigonexus.com/las-fases-de-la-transicion-global/>
- **Baek, J. (2016).** *North Korea's Hidden Revolution: How the Information Underground Is Transforming a Closed Society*. Yale University Press.
- **Brand Finance. (2025).** *Global Soft Power Index 2025*. Brand Finance. https://www.ucg.ac.me/skladiste/blog_45671/objava_195259/fajlovi/Global%20Soft%20Power%20Index%202025.pdf
- **Choi, J. (2021).** The Cultural Underground: Popular Media and Everyday Resistance in North Korea. *Asian Journal of Communication*, 31(3), 251–267.
- **Gonzalez de la Torre, P. M. (2025a, 21 julio).** Implicaciones geopolíticas del Hallyu - Parte 1: Dimensión política. *Código Nexus*. <https://codigonexus.com/implicaciones-geopoliticas-del-hallyu-parte-1/>
- **Gonzalez de la Torre, P. M. (2025b, 4 agosto).** Implicaciones geopolíticas del Hallyu - Parte 2: Dimensión económica. *Código Nexus*. <https://codigonexus.com/implicaciones-geopoliticas-del-hallyu-parte-2/>
- **Lankov, A. (2023).** *North of the DMZ: Essays on Daily Life in North Korea*. McFarland & Company.
- **LiNK. (s.f.).** *Rise of the Jangmadang Generation*. Liberty in North Korea. <https://libertyinnorthkorea.org/learn-a-changing-north-korea>
- **Lee, C.-M. (2024, 29 abril).** The Hollowing Out of Kim Jong Un's North Korea. *Carnegie Endowment for International Peace*. <https://carnegieendowment.org/research/2024/04/the-hollowing-out-of-kim-jong-uns-north-korea?lang=en>
- **Rashid, R. (2024).** North Korea executed man for distributing K-pop, report from defectors shows. *The Guardian*. <https://www.theguardian.com/world/article/2024/jun/28/north-korea-execution-man-k-pop-human-rights-report>
- **Skylar Mastro, O. (2024).** *The Next Tripartite Pact?* Stanford University. <https://aparc.fsi.stanford.edu/news/next-tripartite-pact>
- **Smith, H. (2015).** Markets, Memories, and the Meaning of Home in North Korea. *Critical Asian Studies*, 47(4), 553–572.
- **Son, H. (2021).** Smuggled copies of Squid Game spread inside North Korea. *Radio Free Asia*. <https://www.rfa.org/english/news/korea/squidgame-11162021170422.html>



CÓDIGO NEXUS
REVISTA DIGITAL ESPECIALIZADA

CREANDO UN MÉXICO GLOBALIZADO

Edición Trimestral
Número 10
Año 3
Octubre / Diciembre 2025
Distribución Digital

www.codigonexus.com



Guadalajara, Jalisco, México.